



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

“LOS DEBATES DE LA GLOBALIZACIÓN EN LAS
CIENCIAS SOCIALES LATINOAMERICANAS”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A

RAMÓN ANTONIO LÓPEZ RODRÍGUEZ

TUTOR:

DR. GUILLERMO A. GUAJARDO SOTO

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y
HUMANIDADES (CEIICH-UNAM).

MEXICO, D.F., JUNIO DE 2014.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Agradecimientos... 4

Introducción general... 5

Capítulo 1 - Perspectiva general sobre la interpretaciones de la globalización

1.1 Introducción... 16

1.2. La globalización, el territorio y los mapas... 17

1.3. La noción de “olas” de globalización... 22

1.4. Las “olas” de la teoría de la globalización... 25

1.5. La globalización, *¿explanans o explanandum?*... 31

1.6. Tesis de la globalización: construyendo matrices... 36

1.7. Conclusiones... 40

Capítulo 2 - La ciencia social de la globalización

2.1. Introducción... 42

2.2. La matriz eurocéntrica de las ciencias sociales... 43

2.3. Las ciencias sociales como producto de la ideología liberal... 47

2.4. Las posturas nomotéticas dentro de las ciencias sociales... 53

2.5. La globalización y el imperialismo lingüístico... 56

2.6. La globalización como discurso de poder... 59

2.7. Conclusiones... 61

Capítulo 3 - El tránsito de la modernización a la globalización

3.1. Introducción... 62

3.2. Modernización, globalización e ideología... 63

3.3. Desarrollo, globalización y capitalismo transnacional... 67

3.4. Latinoamérica y el desarrollo como “desarrollismo”... 70

- 3.5. El desarrollo en la doctrina de seguridad nacional... 75
- 3.6. Del modelo desarrollo-seguridad a la sociedad global... 79
- 3.7. Conclusiones... 83

Capítulo 4 - Perspectiva regional sobre la globalización

- 4.1. Introducción... 85
- 4.2. Mapas de la globalización en América Latina... 86
- 4.3. La globalización como ideología... 94
- 4.4. Globalización e identidad... 100
- 4.5. Hacia una globalización sin fetiches... 106
- 4.6. Conclusiones... 109

Capítulo 5- Nuevos horizontes de la teoría de la globalización en América Latina

- 5.1. Introducción... 110
- 5.2. La globalización y los espacios banales... 112
- 5.3. La globalización y los espacios desterritorializados... 117
- 5.4. La globalización y los espacios híbridos... 120
- 5.5. La globalización y los espacios contrahegemónicos... 124
- 5.6. Conclusiones... 128

Conclusiones finales... 129

Bibliografía... 135

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a quienes colaboraron con sus consejos a la realización de este escrito: maestros y compañeros, sin los cuales la investigación y la redacción de la tesis hubieran sido muy tardadas.

Agradezco también a quienes, sin perder el contacto conmigo, me apoyaron desde mi ciudad natal, Aguascalientes y con quienes pude dialogar sobre puntos clave de esta investigación.

Un agradecimiento para mi asesor de tesis, el Dr. Guillermo Guajardo, por dar cabida a un filósofo entre sus filas y, por último, agradezco a mi hermana, por recibirme en su casa cada vez que regresaba al terruño y necesitaba rodearme nuevamente de mis libros.

Gracias a todos ellos.

INTRODUCCIÓN GENERAL

La presente investigación busca revisar los debates adoptados en las ciencias sociales latinoamericanas para entender la globalización, así como los obstáculos internos y externos que se evidenciaron en dicha asimilación, enfatizando las tendencias narrativas, los usos conceptuales y los lugares comunes que se expresaron en sus discursos y sus debates. Nuestro interés reside en analizar las “percepciones subjetivas” de los científicos sociales que intentaron, desde perspectivas ideológicamente comprometidas, mostrar a la globalización como un dato objetivo. Rebasa los límites trazados para esta tesis hacer un mapeo exhaustivo de los alcances y efectos geopolíticos de la globalización, tales como su impacto sobre los estados nacionales, su influencia en la transnacionalización de las élites políticas o su conversión en lo que muy recientemente se ha denominado la “historia global” o “globalización del siglo XXI”. Aquí nos centraremos, más bien, en inspeccionar aquello que se dijo de la globalización en el pensamiento social latinoamericano, cristalizándose en escenarios de debate dentro de las diversas disciplinas sociales y humanísticas, como la economía, la geografía, la sociología, la ciencia política, las relaciones internacionales e, incluso, la filosofía. Todas ellas contaron con un instrumental teórico para llevar a cabo dicha empresa, pero también padecieron los efectos de sus propias limitaciones metodológicas, palpables en los innumerables artículos y libros que se escribieron en un corto periodo de tiempo para circunscribir el fenómeno.

Nuestra investigación considera como su punto de arranque el año de 1989. Diversas razones nos indican que ese año fue una especie de “parte aguas” en la historia del mundo, marcado por el final de la Guerra Fría y por el comienzo de una serie de transformaciones que parecían inéditas e, incluso, revolucionarias. Nuevos tópicos empezaron a circular con amplitud, encontrando eco tanto en los cuerpos disciplinarios más serios como en los medios de comunicación masiva más vistos del mundo. Entre esos temas destacaba, por supuesto, la “globalización”, aparte de otros, como por ejemplo el neoliberalismo. En América Latina, las ciencias sociales intentaron no quedarse al margen de las discusiones sobre el concepto ni de los efectos sobre la integridad de los estados nacionales, pero nos parece que su entrada algo tardía en el debate y un cierto desinterés de sus científicos sociales por insertarse en los principales circuitos de discusión –una buena parte desarrollados en habla inglesa–, se tradujo

en una pérdida de ubicación conceptual y analítica. Para saberlo, se debe realizar un recorrido por las herramientas de análisis y las taxonomías que se utilizaron en la construcción de los discursos de la globalización producidos, no sólo en Latinoamérica, sino fuera de ella, para comparar los alcances y los límites de nuestras ciencias con las de otras regiones, determinando en qué medida fueron realmente las primeras unas interlocutoras válidas en estos debate.

Después de 1990, un hecho innegable en los estudios de la globalización provenientes de las ciencias sociales, independientemente de su procedencia o su tendencia ideológica, era que éstos nunca estuvieron libres de ambigüedad. El teórico social Jan Aart Scholte (2007: 15) señaló en su momento que el conocimiento obtenido sobre la globalización dependía, particularmente, de cómo ésta llegara a ser definida. Dicha aseveración genera suspicacias alrededor de la sobreabundancia y polisemia de las definiciones, dificultando que alguna pudiera ser abrazada con unanimidad. La relación que subsiste entre la manera de conceptualizar un fenómeno y el conocimiento que de él se obtiene, arroja un aspecto fundamental que esta investigación no puede desatender: que la comprensión genuina de la globalización y de sus consecuencias humanas –parafraseando a Zigmunt Bauman–, puede quedar en entredicho si, como Scholte supone, las taxonomías que se usan para estudiarla resultan confusas o inadecuadas. Eso incluye los conceptos que las ciencias sociales usaron en ocasiones como sinónimos de globalización, especialmente, los conceptos de mundialización o internacionalización. Esto convocó a disciplinas humanísticas, como la filosofía, a abordar las implicaciones de habitar en un mundo global, como lo demuestra el monumental proyecto del alemán Peter Sloterdijk llamado “Esferas”, que se antojaría como una incipiente “filosofía de la globalización”. Desde un acercamiento etimológico e histórico, el filósofo Gustavo Bueno (2002) diferenció a la “globalización” de la “mundialización”, lo que lo condujo a conclusiones relevantes: si ambos términos no eran sinónimos y, por lo tanto, no podían usarse de manera intercambiable para referir al mismo fenómeno –a pesar de que, en francés, sólo existe la palabra *mondialisation*, sin haber un término específico para la globalización–, entonces la pertinencia de mantener ambos conceptos radicaría en dos circunstancias: 1) su designación arbitraria, por la que cada uno circunscribiría un fenómeno distinto o, bien, una etapa diferente del mismo fenómeno; o 2) su designación necesaria, por la cual la retracción de ambos conceptos a sus sustantivos originarios, como “globo” y “mundo”, demostraría que no sólo eran conceptos distintos, sino, incluso, opuestos. Por supuesto que abordajes de orden filosófico

fueron en lo general acompañados por otros de carácter lingüístico, semiótico, psicológico o sociológico, que enriquecieron el debate y aumentaron la complejidad y polisemia alrededor de la globalización.

El concepto de globalización

¿A qué se le llamaba globalización después de todo? Responder a esta pregunta nos reclama transitar por los terrenos movedizos de la conceptualización. Diremos, como lo hace Octávio Ianni (2006), que ella era algo que se hacía presente en la realidad y en el pensamiento. Como realidad, la globalización involucraba un proceso de expansión de diversos flujos – materiales y simbólicos– cada vez más complejos en estructura, atravesando las fronteras nacionales y conectando personas, poblaciones y organizaciones a través del mundo. Néstor García Canclini (1995) señaló que la globalización suponía “una interacción funcional de actividades económicas y culturales dispersas, bienes y servicios generados por un sistema con muchos centros, en el que importa más la velocidad para recorrer el mundo que las posiciones geográficas desde las cuales se actúa” (1995: 16). Por su parte, Deepak Nayyar (2006) distinguió dos sentidos de globalización en los estudios de carácter principalmente económico: uno *positivo*, que describía las dinámicas de integración de la economía mundial y, otro, *normativo*, que prescribía estrategias de desarrollo acordes a la magnitud de la integración económica. En una lectura complementaria, el internacionalista Ian Bruff (2001) supuso que la globalización integraba una estructura que era simultáneamente *material* e *ideacional*. La estructura material se articulaba a través del aumento en la riqueza y la movilización de corporaciones multinacionales alrededor del mundo, incluyendo su capacidad para alterar las políticas gubernamentales mediante la intervención de los mercados financieros; por otra parte, la estructura ideacional se observaba en la proliferación de aquellos argumentos que, siguiendo el consenso neoliberal, le imponía a los estados entrar en competencia, unos con otros, por la posesión de aquellos recursos económicos mundiales que estaban todavía disponibles y que les exigía entrar en procesos de desregulación, privatización y de recortes al gasto social. La

interacción entre estas dos estructuras –aseguraba Bruff– caracterizó la magnitud del impacto de la globalización sobre el comportamiento y la operación de los estados nacionales.

La globalización como fenómeno de la realidad

La globalización fue dejando huellas que siguieron los científicos sociales utilizando un arsenal de metodologías cuantitativas y programas informáticos, diseñados para monitorear su expansión. Los datos más recientes que arrojó, por ejemplo, el principal instituto que hace su medición en el mundo desde el año 2002, el KOF *Index of Globalization*, señalan a Bélgica, Irlanda, Holanda y Austria como los países que encabezan la lista de los más globalizados del 2012¹. Como habría de esperarse, países como Somalia, San Marino, Tonga e Islas Vírgenes se encontraron al otro extremo de la tabla. Las diferencias en cuanto a índices de ingreso per cápita, tasas de crecimiento, industrialización, desarrollo económico, salud pública, pobreza, educación o esperanza de vida son abismales entre unos países y otros. Sin embargo, la anterior enumeración involucra sólo diferencias entre países “desarrollados” y “subdesarrollados” sin que de ella se infiera necesariamente el nivel de globalización que tienen. Podríamos preguntar entonces: ¿qué hace a unos países mucho más globalizados que otros? Lejos de lo que pudiera suponerse, este ranking no sitúa a los Estados Unidos de América a la cabeza de la lista –ni siquiera entre los primeros treinta lugares–, mientras que Portugal, con sus crisis monetarias y sus recientes peticiones de rescate económico a la Unión Europea y al Fondo Monetario Internacional, está listado entre los diez primeros. De América Latina y el Caribe, el índice sitúa a Chile en el primer lugar de globalización y a Haití en el último. Pero ¿qué elementos considera decisivos este estudio para establecer el grado de globalización por país?

En la determinación del nivel de globalización se consideran, por lo general, tres aspectos que son contabilizados por el índice KOF: el económico, el político y el social. La globalización económica contemplaría todos los flujos de bienes, capital y servicios de larga distancia, que incluyen también la información y las percepciones que se derivan de los intercambios mercantiles realizados; la globalización política estaría definida por la difusión de políticas gubernamentales o la disponibilidad que tienen los estados para estar en consonancia con las observaciones de organismos internacionales; y, finalmente, la globalización social

¹ Véase la página http://www.kof.ethz.ch/static_media/filer_public/2012/09/16/rankings_2012_1.pdf

involucraría la distribución de ideas, imágenes, información, incluyendo personas, por lo largo y ancho del mundo. Aquí es claro que la cuestión del criterio usado para medir la globalización es un asunto polémico, pues para algunos índices, como es el caso del KOF, es importante en la globalización social la cantidad de McDonalds que alberga un país, aún cuando otros índices considerarían factores distintos para determinar el grado de presencia global de una nación. La elección del criterio es, pues, un asunto fundamental, sobre todo si queremos entender en qué sentido la globalización supone algo inédito, o si ella debilita la soberanía y el poder de los países, o si ésta construye a su alrededor hegemonías de un tipo más complejo.

La globalización como producto del pensamiento

Como pensamiento, la globalización encontró un primer lugar entre los tópicos más estudiados por la ciencia social internacional y regional desde mediados de la década de 1980. En su trayecto, el concepto también ocasionó acalorados debates sobre sus implicaciones para los individuos, las culturas o las naciones, además de la irrupción de una gran cantidad de voces expertas y de un público ávido de escuchar lo que éstas decían. Sólo hasta el inicio del nuevo milenio, el interés por la globalización empezó a declinar o, cuando menos, dejó de ser una palabra turbulenta. Su uso se fue normalizando dentro del vocabulario de la ciencia social hasta llegar a ser una palabra más, aunque curiosamente tanto o más difícil de precisar de lo que fue al principio. No se puede estar más de acuerdo con Scholte acerca del virtuosismo inherente en los estudios sobre la globalización que incluyan “un examen cuidadoso y crítico del término en sí mismo” (Scholte, 2007: 17). Agregamos a esta legítima inquietud otra cuestión que desborda la sola pretensión de acuñar un concepto general de globalización, construir una etimología oficial e irrefutable, producir un listado con el mayor número de definiciones existentes y de libre consulta (Al-Rodhan y Stoudmann, 2006) o consignar la historia del uso del vocablo desde sus aparición hasta nuestros días. Todo esto podría parecer necesario, aunque no es suficiente. Además de todo lo anterior, resulta imprescindible considerar las circunstancias teóricas, históricas e ideológicas que envolvieron a su usufructo literario y que hicieron de la globalización una palabra de uso frecuente –una *buzzword*, dirían los anglosajones– en los discursos económicos, políticos y culturales.

Algunos autores consideraron que hubo un gasto exagerado de recursos lingüísticos en el estudio de la globalización, al utilizarse desproporcionada y erráticamente “diversos léxicos generales o especializados, portador(es) de una fuerte carga política e ideológica” (Kaplan, 2008: 13). La proliferación de académicos y escritores populares que intentaron analizar los procesos multidimensionales de la globalización habrían entorpecido, además, la labor de depuración bibliográfica (Bell, 2003). Así, el incremento en el número de definiciones de la globalización sólo se equiparaba con el aumento de las propiedades y efectos que se le atribuían. Era notoria la facilidad con la que esta literatura se contradecía a sí misma, pues por cada atributo que se incorporaba a la globalización existía un argumento que lo rechazaba. Entre las cosas que se dijeron de la globalización se podían encontrar las siguientes: algunos la veían como un fenómeno viejo –de quinientos años, lo más; de ciento treinta años, lo menos–, mientras otros la consideraban un acontecimiento inédito de finales del siglo XX, sin parangón en la historia y la cultura humanas. Había académicos que la concebían como un producto de la transformación “supraterritorial” de las relaciones humanas, cuando para otros era la transición del imperialismo moderno a un nuevo tipo de “imperio”, sin territorio fijo y con mayores medios de dominación. Frecuentemente, percibían a la globalización como antítesis natural del poder soberano del Estado, al que supuestamente estaba desmantelando y, no obstante, había quien consideraba que la globalización era –pese a sus efectos negativos– la emisaria de la comunidad global y de la conciencia planetaria, aunque muchos la denunciaban como portadora de una nueva fase del capitalismo salvaje, del imperialismo paneuropeo o del neoliberalismo deshumanizante. Mucho se afirmaba que la globalización homogenizaba las culturas, cuando otros concluían que producía lo contrario: hibridación y heterogeneidad. Ya si la identificaban con la etapa superior del internacionalismo o del cosmopolitismo, o ya si estaban seguros de que su función era imponer un “gobierno mundial”, había voces que la pensaban como algo inevitable –una *ananké* o un destino–, al tiempo que otras manifestaban su esperanza de poder cambiarla, domesticarla o –como proponía Milton Santos (2004)– hacerla menos perversa.

Un asunto interesante consistía en descubrir a quién o a quiénes les correspondía estudiar un fenómeno como la globalización. Si lo pensamos en términos de nombres, el filósofo y antropólogo Néstor García Canclini (2007b) nos sugiere recurrir a las autoridades en la materia, si es que la intención es conocer la globalización lo mejor posible. En ese caso, Anthony Giddens, Zigmunt Bauman, Arjun Appadurai, Manuel Castells, Ulrich Beck, Saskia Sassen y Ulf Hannerz serían los autores que –según García Canclini– habrían sabido reconocer la “complejidad multidimensional” del fenómeno (2007b: 25). A esta lista podríamos añadir otros nombres menos conocidos en el entorno latinoamericano –pero igual de importantes– como George Ritzer, David Held, Anthony McGrew, Robert Cox, Linda Weiss, Ronald Robertson, Jan Aart Scholte, Leslie Sklair, Jan Nederveen Pieterse, Ian Bruff, Luke Martell, Justin Rosenberg y William I. Robinson, incluyendo a los sonados premios Nobel de Economía, Joseph Stiglitz y Paul Krugman. Latinoamérica también ha contado con destacados estudiosos de la globalización, como los brasileños Octávio Ianni, Milton Santos y Renato Ortiz; sin desmerecer otros nombres que, directa o indirectamente, contribuyeron con sus experticias a mapear el fenómeno en la región, como Jesús Martín Barbero, Theotonio dos Santos, Aníbal Quijano, Franz Hinkelammert, Ruy Mauro Marini, Atilio Borón, Aldo Ferrer, Arturo Escobar, Walter Mignolo, Alberto Romero, Hugo Fazio Vengoa, Daniel Mato, John Saxe-Fernández, Néstor García Canclini o el ensayista Eduardo Galeano, incluyendo a quienes han hecho de su divulgación y crítica un *modus vivendi*, como el argentino Adrián Salbuchi. Sobre las ideas que estos nombres representan, más que sobre los nombres mismos –empresa que desbordaría sobradamente el objetivo de esta investigación–, se volcará nuestro interés, por ser ellas las generadoras de tendencias y de matrices en los discursos latinoamericanos de la globalización.

Desde distintas latitudes, conocidos científicos sociales como Immanuel Wallerstein, Alberto Melucci, Guy Bajoit, Bruno Latour, Ulrich Beck, Octávio Ianni, Boaventura de Sousa Santos y William I. Robinson dieron explicaciones de interés sobre la razón de los cambios que estaban sufriendo las ciencias sociales en los últimos tiempos, lo que justificaba la inmensa ola reciente de literaturas sobre una gran diversidad de temas, incluyendo la globalización, el globalismo o la sociedad global, cuando menos durante la década de 1990. Ellos también señalaron cuáles serían los enormes desafíos para estas ciencias a finales del siglo XX y comienzos del XXI. Uno de los más importantes, sin duda, consistía en aportar elementos para

el estudio de aquellos fenómenos económicos, políticos, sociales o culturales que parecían eludir las categorías de análisis de las ciencias sociales, poniendo en duda sus sobreprotegidos estatutos epistémicos. Entre estos desafíos estaban la globalización, la cibercultura, los nuevos movimientos sociales y los nuevos movimientos religiosos, que parecían ser cuatro ejemplos paradigmáticos, entremezclándose y dando lugar a categorías nuevas de fenómenos políticos y socio-culturales: pensemos en las llamadas ciberpolíticas, videopolíticas, videoculturas, religiones globales o ciberactivismos.

Las tres dimensiones para el estudio de la globalización

En términos generales, la globalización se analizó sobre la base de tres dimensiones que se escrutaron en ella desde diferentes perspectivas: la dimensión económica, la dimensión política y la dimensión socio-cultural. Sin duda, el análisis de la dimensión económica tuvo como centro nodal el problema de la integración regional y la internacionalización de los capitales y de bienes. El análisis de la dimensión política se concentró, más bien, en la cuestión de la soberanía del Estado-nación y de su probable debilitamiento. Por último, el análisis de la dimensión socio-cultural quedó estacionado en el dilema de la identidad y de los supuestos “choques culturales”, sobre todo en los estudios culturales y poscoloniales. Se aprecia aquí la gran diferencia en cuanto a recepción del tema que hicieron las ciencias sociales eurocéntricas o paneuropeas en comparación con las latinoamericanas. Nosotros buscaremos demostrar que estas últimas se caracterizaron por hacer girar la dimensión social en torno a la cuestión identitaria –desde la cual las otras dos dimensiones fueron valoradas con escepticismo–, principalmente en el pensamiento social latinoamericano de izquierda, como si ésta fuera la forma idónea de resistencia contra los embates del imperialismo, el neoliberalismo y el neocolonialismo.

¿Cuál era el diagnóstico que podríamos hacer sobre la situación de las ciencias sociales en tiempos de globalización? Por la naturaleza del tema, se hará necesario iniciar rodeos que pudieran parecer innecesarios a primera vista, pero que converjan en una aproximación, si no del todo original, cuando menos sí más propositiva de la relación entre la globalización y las ciencias sociales. Emplazaremos, pues, a la integración de diferentes disciplinas y enfoques

teóricos sociales como los de la ciencia política, la historia económica, la geografía económica, la filosofía de la globalización, la epistemología de la ciencia social, los estudios culturales y las relaciones internacionales. Coincidimos totalmente con Immanuel Wallerstein sobre que la “interdisciplinariedad” es un concepto del que se ha abusado, confundiéndose casi siempre con la simple superposición de disciplinas, aunque nosotros preferimos denominar a la presente investigación como “multidisciplinaria”, cuya estructura describiremos a continuación.

La estructura de la tesis

En el capítulo 1, establecemos una “línea base” para los discursos de la globalización, considerando las formas, los temas y los mapas producidos más allá de América Latina y discutidos principalmente en inglés. Esto lo hacemos para comparar cuánto se dijo sobre el tema en nuestra región, lo que sólo será posible teniendo puntos de referencia de un corte más “global”. Nos interesan tres cosas de sobremanera, aparte de demostrar la complejidad misma del fenómeno: a) Entender las diferentes formas de detallar una metáfora usual en estos discursos como son las “olas”, b) reconocer la diferencia epistémica que implica considerar a la globalización como explicación (*explanans*) que como algo por explicar (*explanandum*), y b) distinguir matrices de la globalización que nos permitan evaluar los temas y abordajes de la globalización que pudieron servir de herramienta heurística en las ciencias sociales de América Latina. Se exploran, pues, algunas de esas matrices de la globalización que, a nuestra consideración, escaparon al prejuicio exagerado y moralista sobre el fenómeno.

En el capítulo 2, hacemos un recorrido por las ciencias sociales detrás de los debates de la globalización. Aquí intentamos reconocer en qué sentido estaban en crisis al final de la década de 1990 y cuál era su relación con la globalización, tomando en cuenta que su historia giraba en torno a otro concepto: el Estado-nación. Vemos lo que implica su eurocentrismo o su paneuropeísmo, sus métodos y las tres formas básicas de imposición lingüística, que también prepararon el terreno para que apareciera el concepto que precedió a la globalización como tópico de moda, esto es, el concepto de desarrollo. Con ello, si bien no buscamos una “exculpación” de los excesos metodológicos de las ciencias sociales latinoamericanas, sí queremos acentuar la enorme presión que les impusieron las ciencias sociales eurocéntricas.

En el capítulo 3 presentamos un abordaje mucho más histórico que los anteriores. En éste, emprendemos un seguimiento de la teoría de la modernización y el desarrollo, tal como fueron impuestos por las ciencias sociales norteamericanas, antecedentes de los estudios de la globalización. Aquí se recupera el entorno de Guerra Fría, cuando procesos de industrialización y de reconstrucción nacional forzados fueron liderados por élites militares que asumieron el poder en muchos países de Latinoamérica. Nuestra hipótesis es que la imposición –conceptual y práctica– del concepto de desarrollo, ocasionó la aceptación acrítica de modelos de modernización como fueron los casos del “desarrollismo” latinoamericano y las ideologías del binomio desarrollo-seguridad, éstas últimas, establecidas por las dictaduras militares entre las décadas de 1960 y 1970. Nos detendremos particularmente en el caso brasileño, porque desde ahí se avizora, aún antes que en ningún otro lugar, el arribo de la globalización.

En el capítulo 4, iniciamos la investigación de los discursos de la globalización en América Latina durante el periodo señalado, equiparándolos a los planteamientos sobre el tema evaluados en el capítulo anterior. Las cuestiones a tratar son: a) Establecer los condicionantes teóricos y metodológicos que obstaculizaron la formalización de los estudios de la globalización, b) entender las razones que hicieron pendular los estudios de la globalización entre el paradigma y la ideología, c) destacar la importancia de la pregunta por la identidad para explicar la radicalidad con que se recibió a la globalización en el pensamiento social latinoamericano y d) distinguir los mitos más comunes que se asociaron al pensamiento escéptico en América Latina, así como determinar su posible desfeticización.

Finalmente, en el capítulo 5. Se retomarán las matrices de la globalización previamente conocidas: una para mapear aquellas modificaciones en el espacio que son provocados por la globalización a través de cambios tecnológicos, dislocación de los procesos económicos, dinámicas de desarraigo y nuevas formas de hibridación identitaria y cultural; la otra, de carácter que llamaremos “contrahegemónico”, nos ayudará a explorar las posibles formas de distribución y expansión material que provee la propia globalización para propagar formas de resistencia, usando canales y medios globales de difusión. Además, se intentará desentrañar la cuestión de si fue en Brasil donde surgieron por primera vez los discursos de la globalización más depurados de fetiches, y que exploraría cómo se dio el surgimiento de diversos tipos de espacio económico, político y social en el entorno latinoamericano –como los espacios banales, los espacios desterritorializados, los espacios híbridos y los espacios

contrahegemónicos– que hacían a la globalización un fenómeno más rico y complejo de lo que la generalidad de la investigación social latinoamericana pudo haber reflejado de ella.

Finalmente y como bien puede observarse, además de la teoría de la globalización, esta investigación se ha propuesto hacer a las ciencias sociales latinoamericanas su “otro” objeto de estudio. Así, buscamos entender cómo éstas acogieron el concepto “globalización”, bajo qué circunstancias históricas se dio dicha recepción, con qué tipo de herramental analítico contaron y con cuál posible efecto para su autonomía o su consolidación. La globalización será, pues, el pretexto perfecto para introducirnos en los parámetros operativos de nuestras ciencias sociales y, en cierto sentido, en los rasgos identitarios e ideológico-políticos que desde hace bastante tiempo operan detrás de ellas.

CAPÍTULO 1

PERSPECTIVA GENERAL SOBRE LAS INTERPRETACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

1.1. INTRODUCCIÓN

Un recorrido minucioso por la historia del concepto de “globalización”, condujo a la investigadora Cynthia Stohl (2005) a concluir que ningún científico social utilizó este término o alguna de sus derivaciones, como globalismo o globalidad, en libros, artículos o conferencias antes de 1980, cuando menos no atribuyéndole alguna pertinencia teórica. Es importante destacar que esta palabra, que en inglés hiciera su aparición oficial en la edición de 1961 del *Webster’s Dictionary* –dos años después de que empezara realmente a ser utilizada y, veinte, desde que se tuviera alguna noticia del uso del verbo *globalizar* o del sustantivo *globalismo*–, sólo comenzó a germinar en solitarios estudios hasta después de 1983, como los realizados por el sociólogo Ronald Robertson, quien propuso a la idea de “globalidad” como la condición de un nuevo tipo de relaciones económicas y sociales (Scholte, 2007). Por supuesto que la metáfora de lo “global” ya contaba con una partida de fieles seguidores, seducidos por el encanto de la “aldea global” macluhaniana o, en menor medida, por las referencias al advenimiento de una “sociedad global”, tal como se exploraba en los trabajos pioneros del sociólogo francés Georges Gurvitch, de la década de 1950, o en enfoques posestructuralistas, como el sostenido por Jean Baudrillard, de finales de la década de 1960.

Fueron los años que le siguieron a 1990, los que vieron catapultar la literatura sobre la globalización en estudios de comunicación, de política, de relaciones internacionales, de geografía, de sociología y de economía. También hubo importantes organismos económicos internacionales –como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial de Comercio– o institutos privados que prestaban sus servicios de inteligencia o que elaboraban índices de globalización, presencia global y desarrollo –como StratFor², KOF³,

² *Strategic Forecasting Inc.* Compañía privada de origen norteamericano, especializada en cuestiones de inteligencia global. Llamada en muchas ocasiones “la CIA en la sombra”. Opera desde 1996.

Elcano⁴ o Nordregio⁵–, que estimaron muy necesario incorporar definiciones “básicas” de la globalización dentro de sus informes oficiales. El Banco Mundial, por ejemplo, se refirió constantemente a la globalización como aquel proceso de integración *in crescendo* de todas las sociedades y economías del mundo, que favorecía el incremento del comercio internacional, la inversión extranjera directa y el flujo del mercado de capitales. Con frecuencia, incluso, llegó a hablarse de integración como sinónimo de globalización. (Dollar, 2005; Banco Mundial, 2002). Por su parte, el KOF *Index of Globalization* concibió a la globalización como un proceso capaz de crear redes que conectaban múltiples actores, separados por distancias continentales, a través de flujos incesantes de personas, información, conocimientos, capitales y bienes, circulando organizadamente alrededor del mundo. Ambas formas de entender la globalización reflejaban dos maneras –dentro de muchas– acerca de cómo mapear el mismo territorio. En adelante, seguiremos la imagen que relaciona “mapa” y “territorio” como una forma de precisar la relación entre el discurso y la realidad que expresa.

1.2. LA GLOBALIZACIÓN, EL TERRITORIO Y LOS MAPAS

En los mapas que se hacen de la globalización se le distinguen, por lo general, tres dimensiones: la económica, la política y la social. Si bien las definiciones del Banco Mundial o del índice KOF llegan a reconocer aquellos aspectos políticos y sociales que se le adscriben al fenómeno, es el elemento económico el que prevalece en muchas investigaciones académicas. Aquellas definiciones que tendieron a favorecer esta dimensión, la describieron como “la rápida proliferación de las actividades productivas, de comercio y de inversión a través de las fronteras, encabezada por corporaciones globales e instituciones financieras internacionales, haciendo posible la emergencia de una economía global cada vez más integrada e interdependiente” (Yeung, 2002: 287). Importantes investigadores del fenómeno, como el

³ Organismo privado, vinculado a la Escuela Politécnica Federal de Zúrich (*Eidgenössische Technische Hochschule Zürich* o ETHZ). Elabora estudios sobre globalización desde el 2002.

⁴ *Real Instituto Elcano*: Fundación española de carácter privado, constituida en 2001 y dedicada a la elaboración de estudios sobre presencia global.

⁵ *Nordic Center for Spatial Development*: Instituto privado de investigación regional sobre desarrollo, con sede en la ciudad de Estocolmo, Suecia. Funciona desde 1997.

holandés Jan Aart Scholte, el norteamericano Ronald Robertson o el británico Anthony Giddens, descartaron *a priori* que fuera el factor económico el que daba a la globalización su rasgo distintivo, mientras que en otras latitudes, analistas como Renato Ortiz prefirieron asociar la dimensión socio-cultural al concepto de “mundialización”, delimitando la globalización sólo a los aspectos económicos y tecnológicos (Ortiz, 1998 y 2004b).

Por su parte, el sociólogo Leslie Sklair (1999) sostuvo que si bien la globalización no era una nueva idea en las ciencias sociales, y quienes la investigaban desde la academia la habían estado usando desde tiempo atrás, muchos estudios sobre el tema después de 1990 eran principalmente financiados por corporaciones transnacionales o de negocios internacionales, interesadas en dos fenómenos que igualmente llamaban la atención de organismos públicos, nacionales e internacionales: por un lado, la forma en que las empresas transnacionales habían contribuido a la distribución global del capital y de la producción y, por el otro, el significativo aumento del potencial de tales empresas para globalizarse ellas mismas, en especial, cuando mantenían bajo su control los medios de comunicación masiva o las agencias internacionales de publicidad (Sklair, 1999). Estas dos circunstancias, sobre todo la segunda, condujeron a que la idea de globalización trascendiera rápidamente el espacio académico en que había nacido el concepto, instalándose en escenarios empresariales y/o mediáticos, haciéndolo transitar del universo bibliográfico al universo audio-visual e infiltrándose en discusiones cotidianas, donde frecuentemente se le estigmatizaba como una fuerza impersonal y de carácter esencialmente económico que destrozaba, a su paso, la vida de millones de personas, empobrecidas a causa de su natural complicidad con algunas políticas económicas imperialistas como el neoliberalismo o el poscolonialismo. No era coincidencia –aseguraba Sklair– que la preocupación sobre los potenciales efectos negativos de la globalización haya sido acompañada por un sinnúmero de movimientos sociales o de acciones contenciosas, que se opusieron a su vertiginosa expansión y que se declararon categóricamente movimientos “antiglobalización”.

En el medio académico, dentro del cual habían surgido algunas de las primeras resistencias, el escepticismo y la perplejidad por el enfoque más adecuado para estudiar la globalización puso en crisis algunos de los estatutos epistémicos centrales de las ciencias sociales. El sociólogo William I. Robinson (2007) argumentó que la incertidumbre sobre el tema se debió, entre otras razones, a la “naturaleza conflictiva” del proceso, que orillaba a muchos investigadores a asociar la globalización con “expansión mundial de las desigualdades,

nuevos modos de explotación y dominación, desplazamiento territorial forzado, marginación, holocausto ecológico o, incluso, con anti-globalización” (2007: 128). Otros estudiosos, por contraste, alegaban lo contrario: que había que resaltar las posibilidades de prosperidad, libertad, emancipación y democracia que la globalización traía consigo. Así, las demandas hechas a una incipiente teoría de la globalización, esto a principios de la década de 1990, giraban alrededor de algunas cuestiones dominantes, entre ellas, el origen de la globalización y sus determinaciones causales.

Robinson (2007: 127-128) sintetizó estas cuestiones en dos tópicos que animaron el espíritu de los futuros debates de la globalización:

1) *El tópico del origen*: donde se intentaba dilucidar cuándo comenzó la globalización, precisando, entre otras cosas, si había habido más de una globalización o si ésta se componía de distintas fases, cuáles serían éstas y cuál su temporalidad.

2) *El tópico de las determinantes causales*: donde se interrogaba sobre si la globalización era un proceso económico, político o social, una variación de estas tres dimensiones o un fenómeno que las iba expresando en un orden específico.

En un orden secundario de ideas, Robinson añadió otras consideraciones que también formaron parte de todas esas discusiones:

Discusión 1- ¿La globalización era un proceso o era, más bien, una condición?

Discusión 2- ¿Cuál era la relación entre la globalización, la modernidad y la posmodernidad?

Discusión 3- ¿Qué conexión existía entre la globalización y los estados nacionales?

Discusión 4- ¿Qué nexo había entre la globalización y nuevas formas de estructuración social o de convivencia territorial?

Resulta obvio que esta manera de organizar las preguntas de la investigación era una de muchas posibles, pero que nos ayuda a concentrar los temas medulares que después se reproducirían en muchos otros debates de la globalización. Veamos a continuación algunas otras posibilidades.

Otros mapas de la globalización

Autores, como Mauro Guillén (2001), prefirieron mapear estos discursos haciéndolos partícipes en *cinco* debates, que versaban sobre un proceso que todos los indicadores y estadísticas consultados determinaban como el incremento de los intercambios económicos, financieros, políticos y sociales entre 1980 y 1998, lo que incluía a la propia literatura que discutía el tema. Guillén estructura estos debates del modo siguiente:

Primer debate: ¿Está sucediendo la globalización en realidad?

Segundo debate: ¿La globalización está produciendo homogenización?

Tercer debate: ¿Socava la globalización la autoridad de los estados-nación?

Cuarto debate: ¿Es la globalidad una continuación o una ruptura con la modernidad?

Quinto debate: ¿La globalización está produciendo una “cultura global”? (Guillén, 2001: 242 y ss.)

Con un planteamiento expositivo diferente al de Guillén, Manfred B. Steger (2005) buscó reconstruir la “morfología del globalismo” en base a un conjunto de cuestiones centrales, que subrayan el estatus ideológico y el papel semántico-político que quedaban plasmados en los discursos de la globalización y posibilitaban la perpetuación de “estructuras de poder asimétrico” que benefician, de manera discrecional, sólo a determinadas comunidades y grupos (Steger: 2005: 12). Así, responder a la incertidumbre de si la globalización era un proceso, una condición o una ideología, llevaba –según Steger– a identificar seis cuestiones que aglutinaban estos debates, en especial sobre aquello que se afirmaba, se sostenía o se negaba de la globalización, las primeras cinco cuestiones expresadas de manera muy general y, la última, especialmente después del 11 de septiembre del 2001:

Cuestión 1: La globalización liberaliza e integra globalmente a los mercados.

Cuestión 2: La globalización es inevitable e irreversible.

Cuestión 3: Nadie está a cargo de la globalización.

Cuestión 4: La globalización beneficia a todos (en algún momento)

Cuestión 5: La globalización fomenta la expansión de la democracia en el mundo.

Cuestión 6: La globalización impulsa una “guerra global” contra el terror.

Algunos especialistas (Yeung, 2002) se concentraron en los repertorios de metáforas presentes alrededor del mundo y que servían para precisar, registrar, reconstruir y mapear la “naturaleza económica” de la globalización, principalmente escritos en inglés, subrayando que éstos sobreabundaban en imágenes y referencias socioespaciales, lo que parecía a todas luces una contradicción en los términos. De este modo, tres metáforas se repetían con bastante frecuencia en muchos de los estudios:

1) La metáfora que exhibía a la globalización como una *fuera exterior*, impactando sobre escalas geográficas particulares, como si fuera una entidad substancial;

2) la metáfora que describía a la globalización como un flujo de *naturaleza inevitable*, imposible de contener o de alterar; y

3) la metáfora que mostraba a la globalización como una *tendencia universal*, transhistórica y transcultural, que habría formado parte de la existencia humana desde sus orígenes.

Cada una de estas figuras literarias tenía el defecto de producir una imagen reificada de la globalización (Yeung; 2002; Rosenberg, 2004) y, a partir de la cual, se le describía como si se tratara de una “sustancia” o de una “entelequia” actuando libremente, y siguiendo una lógica que desbordaba la intencionalidad, las instituciones y las prácticas humanas. En el fondo, muchas de estas formas de mapear, taxonomizar o clasificar a la globalización durante la década de 1990 y los primeros años del nuevo siglo, buscaron determinar si éste proceso, que parecía incrementar inusitadamente los intercambios económicos, tecnológicos, sociales y culturales, era “depredador y parasitario” como llegó a describirlo William Robinson (1996) o, al contrario, representaba el surgimiento de una nueva conciencia del mundo como un todo, conformado por un sinfín de espacios glocalizados e híbridos, producto de “la difusión de prácticas, valores y tecnología que influían sobre la vida de las personas en todas partes” (Guillén, 2001: 236). Estos espacios habían sido vislumbrados y descritos profusamente en las obras de teóricos sociales como las de Ronald Robertson, Jan N. Pieterse, J. A. Scholte o Anthony Giddens.

1.3. LA NOCIÓN DE “OLAS” DE GLOBALIZACIÓN

El politólogo británico, Duncan S. Bell (2003), consideró que los análisis sobre la globalización acusaban una notable carencia de sofisticación, sensibilidad y entendimiento por parte de sus teóricos, lo que obstaculizó muchos intentos de investigación y de respuesta al fenómeno. A esto, Bell añadió que algunas de las clasificaciones elaboradas carecían de pretensiones históricas genuinas, pues nunca priorizaron lo suficiente “la relación entre el pasado y el presente, remarcando las distintas maneras de concebir la identidad histórica de la globalización” (Bell, 2003: 803). Para subsanar este olvido, Bell propuso reconstruir los discursos de la globalización en torno a cuatro tesis que exponemos sucintamente:

a) *La tesis de la novedad*: la globalización no es comparable con nada en el pasado. Es un fenómeno nuevo que ha reconfigurado las fronteras económicas, políticas y culturales en las últimas décadas. A favor o en contra, esta tesis ha sido sostenida por neoliberales – como Kenichi Ohmae– o por críticos del sistema –como Antonio Negri y Michael Hardt.

b) *La tesis del retorno*: El mundo contemporáneo es el resurgimiento de formas de orden global ya existentes y que prevalecían aún antes de la Primera Guerra Mundial. El “corto siglo XX” –como lo llamara Eric Hobsbawm– fue un rodeo largo al pasado, por lo que la globalización es la expresión de la lógica del capitalismo reafirmando a sí mismo.

c) *La tesis de la continuidad*: La globalización no representa ni algo nuevo ni tampoco algo viejo retornando a cauces políticos o económicos pasados, sino la consecuencia de ellos. Los partidarios de la continuidad suelen alinearse en alguna de las opiniones siguientes: 1) los que creen que el mundo se está dividiendo en bloques regionales de comercio que se han desarrollado gradualmente durante décadas y 2) los “realistas políticos”, que son reticentes a la retórica sobre las grandes transformaciones de los hiper-globalizadores, argumentando que las características del sistema internacional no ha sufrido variaciones significativas desde hace más de trescientos años.

d) *La tesis de la transformación*: Con la globalización se vive un cambio histórico en la estructura del orden global, aunque no pueda leerse como un fenómeno inédito o largamente constituido ni inevitable. La globalización, en cualquiera de sus manifestaciones, se ha desarrollado por ajustes y reinicios durante toda la era moderna, en la forma de economías que se han conectado a través de nuevas tecnologías, comunicando a las

comunidades en una red global. La globalización es un “momento distinto” en un largo proceso histórico, plagado de contradicciones y modificado por factores de orden económico, político, histórico o social.

Considerando las cualidades explicativas de las tesis de Bell, Guillermo Guajardo (2012) señala que, en el caso de las ciencias sociales latinoamericanas, éstas favorecieron las tesis del retorno y de la continuidad para interpretar la complejidad de la globalización. Al ser éstas tesis “escépticas” sobre la novedad de la lógica del capitalismo, su proliferación sólo obstaculizó las “nuevas lecturas sobre los cambios que se produjeron en las últimas décadas” (2012: 12-13), aunque esta apreciación bien pudiera ampliarse, incluso, a la generalidad de los análisis y debates sobre la globalización del mundo.

Una metáfora singular: las olas

Algunas investigaciones (Szul, 2010) revelaron la presencia de dos opiniones muy extendidas en los debates de la globalización alrededor del mundo: la que sostenía que la globalización era un proceso peculiar en la historia humana que se inició entre los años ochentas y noventas del siglo XX, caracterizado por su capacidad para debilitar las instituciones tradicionales como el Estado-nación, dando paso a nuevas formas de organización social y territorial debido a la expansión de los mercados, influyendo sobre los más diversos órdenes de la vida humana; y la que afirmaba que la globalización era un fenómeno con quinientos años de existencia, que comenzó entre los siglos XV y XVI de nuestra era y que contó con largos periodos de sucesivas colonizaciones europeas y con el establecimiento de enlaces comerciales a una escala global. Sin lugar a dudas, la segunda opinión es la que nos permite pensar en lo que, por lo general, se denominó “olas de la globalización”. Mediante este singular recurso taxonómico era posible considerar todo tipo de aceleraciones y desaceleraciones en un mismo proceso histórico, distribuido en etapas de expansión y de contracción, principalmente de orden económico. Ello también suscitó el interés por la revaloración de todas aquellas teorías económicas o sociológicas que aludieran a largas duraciones, ciclos recurrentes o “grandes transformaciones”, siendo las de Fernand Braudel,

Karl Polanyi y Nikolai Kondratieff, las más utilizadas dentro del medio académico, en especial, el latinoamericano.

Otras interpretaciones sobre olas de la globalización (Johnson, 2008) señalaron que la “primera ola” se habría producido hace quinientos años, trayendo consigo la conexión de los centros europeos con las “cuatro partes del mundo” (Gruzinski, 2010; Ianni, 2010: 34) y la circulación de seres humanos, bienes materiales y objetos culturales –incluyendo enfermedades, como la viruela– particularmente entre Europa y América. El siglo XVIII supuso una etapa de desaceleración de esa primera ola, que entró en crisis a finales de ese siglo debido a los efectos de la Revolución francesa y a las luchas independentistas americanas. La “segunda ola” inició con un reacomodo en los equilibrios del poder europeo con Inglaterra colonizando al mundo, portando como estandartes ideológicos a la civilización y el liberalismo, a mediados del siglo XIX. La crisis de esa segunda ola globalizadora o “angloglobalización” (Ferguson, 2006: 31) se debió al comienzo de la Primera Guerra Mundial, así como a una serie de circunstancias que rompieron los equilibrios económicos y políticos del mundo hasta 1945. Finalmente, la “tercera ola” se produjo en los ochentas, con la caída del comunismo, la expansión del neoliberalismo y de la democracia. Su crisis, sin embargo, sigue siendo motivo de debate en las ciencias sociales de todo el mundo. Aunque por lo general los especialistas concordaban con la identificación de varias oleadas globalizadoras, las interpretaciones disentían en cuanto a las temporalidades que abarcaban, pues había quienes consideraban que la primera ola de globalización –no de mundialización– había iniciado realmente entre los años 1870 y 1914, con la segunda revolución industrial, la consolidación del llamado “capitalismo social” y con Gran Bretaña ostentándose como la gran potencia económica del mundo, aunque otros teóricos sociales retraían su comienzo incluso hasta el expansionismo napoleónico, en las dos primeras décadas del siglo XIX. A su vez, la segunda ola se habría producido entre 1944 y 1971, encumbrando a los Estados Unidos como la gran potencia económica y dividiendo, ideológica y geográficamente, a un mundo polarizado entre el liberalismo norteamericano y el socialismo ruso. Es sobre la tercera ola donde casi todas las opiniones parecen coincidir: su inicio estaría fechado a final de los ochentas, caracterizada por la consolidación de bloques económicos que anticiparían la inminente formación de un mundo “tripolar”, con Estados Unidos, la Unión Europea y China disputándose el poder económico, político y militar (Johnson, 2008: 8-9).

Estas dos interpretaciones expuestas, tanto la que afirma que la globalización es un fenómeno sin precedentes en la historia del mundo como la que sostiene que, en cambio, es un fenómeno recurrente y cíclico, padecen inconsistencias epistemológicas muy importantes. La primera opinión explicaba por qué los estudios de la globalización se propagaron con tanta facilidad a principios de los años noventa, pues finalmente se trataba de un fenómeno distinto *en especie* a todo aquél que pudiera compararse –diferente a mundialización, a colonización o a internacionalización–, volviendo algo prioritario para las ciencias sociales demostrar su novedad. No obstante, esto requería la creación de nuevas categorías de análisis. La segunda opinión, en cambio, enfatizaba una diferencia *de grado* entre la globalización y los ciclos que le precedieron, tanto para hablar de diversas “globalizaciones”, en lugar de una única “globalización” (Fazio Vengoa, 2002: 2), exigiendo que se postulara un motor transhistórico, empíricamente sostenible, a partir del cual las aceleraciones o desaceleraciones cobraban sentido. A su vez, la segunda opinión tenía el gran defecto de no poder explicar la propagación de los discursos de la globalización en tan corto tiempo, puesto que finalmente no se trataba de un fenómeno novedoso o inédito.

1.4. LAS “OLAS” DE LA TEORÍA DE LA GLOBALIZACIÓN

El recurso metafórico de las “olas” guardaba un significado distinto al versar sobre la globalización como realidad que cuando refería a la literatura de la globalización. En este último sentido, David Held, Ian Bruff y Luke Martell calificaron de “olas de la teoría de la globalización” a determinados núcleos temáticos que resolvían, con afinidades teóricas y conceptuales, por lo menos cuatro interrogantes sobre la globalización, las dos primeras expresadas con mucha mayor precisión por William Robinson y Mauro Guillén y que quedaron expuestas en el apartado anterior:

1) ¿Era la globalización algo inédito en la historia humana o se trataba de un fenómeno viejo, pero con una nueva cubierta retórica?

2) ¿Cuál era la relación entre la globalización como realidad material y la globalización como realidad simbólica, es decir, como discurso o ideología?

3) ¿De qué forma alteraba la globalización la configuración de los territorios o su transformación económica, política y social?

4) ¿Cómo afectaba la globalización a la existencia o a la fortaleza de los estados nacionales?

Al ser esta última cuestión una de las más controversiales, Allan Cochrane y Kathy Pain (2000) señalaron que, aun tomando en cuenta las marcadas diferencias entre las maneras de concebir la globalización a propósito del asunto, había un grupo de temáticas que cruzaba toda esta literatura: 1) el estrechamiento de las relaciones sociales a través de las fronteras nacionales, 2) la intensificación de los flujos y redes de interacción e interconexión que trascienden a los estados-nación, 3) el aumento en la interpenetración económica y social que altera la relación entre lo local y lo global y 4) el establecimiento de infraestructuras globales de carácter tecnológico que soportan la expansión de los mercados a una escala global (Cochrane y Pain, 2000: 15-17). La problemática inmersa en estas cuestiones hizo proliferar diferentes taxonomías sobre la literatura de la globalización, como la de David Held, quien distinguió tres distintas “olas” de la *Globalization Theory*: la hiperglobalista, la escéptica y la transformacionista. Como Luke Martell (2010) nos lo anticipa, la frontera que separaba a una ola de las otras nunca fue del todo clara, pues la misma metáfora se acuñó integrando distintos enfoques dentro de la teoría de la globalización, como los de Held, McGrew, Hay, Marsh y Scholte. A continuación describiremos estas tres líneas discursivas.

Primera ola: los hiperglobalistas

Según Ian Bruff (2005), la literatura sobre globalización perteneciente a esta primera ola ofrecía una versión exageradamente globalizada del mundo. En ella se afirmaba que los cambios económicos, políticos y sociales, que habían tenido lugar en tiempos recientes, incorporaban al mundo características inéditas, presentando como *sin precedentes* lo que para muchos era un proceso de internacionalización que se había magnificado con el impulso del neoliberalismo y la apertura comercial, posterior a la caída del Muro de Berlín. Toda esta visión hiperglobalista se sintetizó en dos ideas que se reprodujeron con persistencia en las obras de Philip Cerny, Thomas Lairson, David Skidmore, Kenichi Ohmae o Robert Reich: 1) que la

globalización era una novedad teórica e histórica y 2) que el Estado estaba perdiendo buena parte de su capacidad operativa y de intervención política. A estas ideas contribuyó que la globalización era presentada como algo “independiente de las acciones humanas, ignorando el profundo carácter político y contingente de cualquier desarrollo o cambio social” (Bruff, 2005: 271). Algo más que se repetía con insistencia era que la posición de debilidad económica en la que habían caído los estados nacionales a causa de la liberalización de los mercados mundiales, les estaba empujando a asumir modelos de corte neoliberal. Independientemente de si el Estado mantenía algunas de sus funciones históricas, la tendencia era hacia una pérdida progresiva de su poder y soberanía.

Aunque este supuesto debilitamiento del Estado-nación podría interpretarse como la consecuencia de su propia inoperancia, para los hiperglobalistas era la expresión de una época cualitativamente distinta a las anteriores. La globalización se entendía como un proceso de establecimiento y conexión de mercados y producción globales, impulsado por una explosión del comercio mundial, flujos masivos de capitales internacionales e inversión extranjera directa a través de la operación de empresas multinacionales. Todo esto se inscribía en un entorno de disminución de costos de producción ligado a un constante desarrollo tecnológico, que permitía abaratar e incrementar los flujos del transporte y de las comunicaciones.

Richard Sennett (2007) situaba la “explosión mercantil” –que tanto aclamaron los hiperglobalistas a comienzos de la década de 1970– posterior a la muerte del llamado “capitalismo social” y a la escritura de tres páginas nuevas en la economía mundial: 1) el fin de los acuerdos de Bretton Woods, lo que liberó excedentes masivos de capital para la inversión, posibilitando una libre movilización de la riqueza, antes concentrada en empresas y bancos nacionales; 2) la transferencia del poder en las grandes compañías de los dirigentes a los accionistas, causando que los “inversores potenciales” prefirieran resultados a muy corto plazo –el capital impaciente–, ubicando la ganancia en la compra y venta de acciones en un mercado “abierto y fluido”, y 3) el desarrollo de nuevas tecnologías de la comunicación e información, que permitió mantener un control estricto sobre las transacciones y monitorear el comportamiento de los diversos agentes económicos: proyectos, personal y ventas (Sennett, 2007: 41)

Segunda ola: los escépticos

Los autores alineados con la segunda ola reconocían que los cambios económicos, políticos y sociales recientes sí habían impactado en la constitución del mundo contemporáneo, aunque éstos no habían sido tan abrumadores como los describieron los partidarios de la primera ola. Tampoco coincidían en el diagnóstico de que los estados estaban siendo sometidos a condiciones “sin precedentes”, sugiriendo que las fuerzas imparables del mercado habían comenzado a minar la estructura interna de los estados nacionales, afirmación que muchos estudiosos de la política internacional se inclinaron en catalogar como un mito insustentable (Weiss, 1998). El Estado, al contrario de lo que se decía, conservaba una capacidad considerable de organización para adaptarse a los cambios impuestos por un mundo globalizado, y aunque los efectos de la operación global de los mercados no podían ser desestimados, la operación de redes internacionales de comercio estaba en todo su apogeo mucho antes del advenimiento de la Primera Guerra Mundial. Los grandes desafíos económico-políticos que enfrentaban los estados al final del siglo XX debido, entre otras causas, a la circulación de flujos masivos de mercancías, la implementación de nuevas tecnologías o la migración de trabajadores, podían palearse mediante acciones oportunas, como la de contrabalancear políticas económicas de apertura del mercado interno con otras de protección social y redistribución equitativa de la riqueza (Bruff, 2005: 265). Era la ineficiencia estructural en las instituciones domésticas de los estados pequeños y/o periféricos la que los orillaba a aplicar políticas extremas de apertura y desregulación, acordes al discurso del neoliberalismo.

Algunos teóricos afines a esta ola como Paul Hirst, Grahame Thompson, Robert Wade o Linda Weiss asumieron que aquello que los hiperglobalistas aceptaban como dogmas eran tan sólo falacias: ni el mundo se estaba globalizando al ritmo que se decía, ni el Estado era una bestia moribunda. Los estados constantemente ganaban y perdían poder dependiendo de su fortaleza institucional. La literatura de la segunda ola tendía a resaltar la capacidad de innovación de los estados, su solidez para formar bloques regionales o su eficiencia para impulsar políticas de democratización, capaces de resistir a las presiones del neoliberalismo. Ante la propagación acelerada en la economía internacional, era obvio que ningún análisis se podía sustraer a la posibilidad de que nuevos poderes internacionales surgieran, ni a la emergencia de “choques civilizacionales” como lo descritos por Samuel Huntington. Sin

embargo, Luke Martell (2010) señala que la literatura proveniente de la segunda ola minimizó al punto del escepticismo la importancia de los cambios que realmente estaban aconteciendo en el mundo, tanto como para reducir a la globalización a un mero discurso, sin peso histórico ni sustento empírico.

Tercera ola: los transformacionistas

No se puede entender el surgimiento de la tercera ola sino como respuesta a las dos que le precedieron. Aunque posiblemente ésta involucró a los teóricos más importantes sobre el tema, en lo general todos sostuvieron que tras de la globalización se encontraba una dinámica compuesta no sólo de flujos de diversa índole, sino también de las percepciones que las personas tenían sobre esos flujos, y que les llevaba a establecer determinados cursos de acción dentro de su vida cotidiana. Dichas reacciones movilizaban, a su vez, nuevos recursos y estrategias de circulación material que terminaban formando parte del proceso de la “globalización”. Aquí lo que parece fundamental es entender “cómo una apreciación de la acción humana ayuda a explicar los procesos que la gente frecuentemente atribuye a la globalización” (Bruff, 2005: 268). Bruff y Martell destacaron que esta postura sobre la globalización se ajustaba perfectamente a la matriz posestructuralista que formaba parte del corazón teórico de la tercera ola.

A modo de contexto, recordemos que ya en la década de 1960 la semiología posestructuralista de Roland Barthes comenzaba a teorizar sobre las propiedades del lenguaje para producir “ilusiones referenciales”, principalmente en los discursos históricos y literarios. Según Barthes (1987), estos discursos podían producir en los receptores “efectos de realidad” por la supresión del significado dentro de los signos lingüísticos que los conformaban, dando la impresión de que dichos signos recreaban una realidad extralingüística. El posestructuralismo puso de manifiesto la relevancia de los discursos en la construcción material del mundo social, incluidos, por supuesto, los de la globalización.

Al extender las reflexiones sobre la función de los discursos, podemos argumentar que la ola de los hiperglobalistas habían quedado atrapada en el “efecto de realidad” que describía a la globalización como un proceso objetivo, contemporáneo e inédito, capaz de reemplazar a las naciones como centros de la economía mundial, y que la montaba sobre una teleología

generadora de una interpretación en extremo reificada de ella. Los partidarios de la segunda ola, en cambio, habrían devuelto a la globalización su naturaleza discursiva, para dudar, incluso, de su novedad empírica, lo que les llevó a declararla como algo inexistente. Aunque la tercera ola habría heredado parte del escepticismo de la segunda, intentó avanzar más allá: la globalización debería considerarse, a la vez, como una idea y como una realidad material, enfrascándose en una dialéctica de transformación mutua, por lo que los procesos multidimensionales y claramente desiguales atribuidos a la globalización, disminuyen o aumentan según la percepción que se tenga de ella (Bruff, 2005: 262). De esta manera, el proceso de la globalización se encuentra en el umbral de lo objetivo y lo subjetivo, entre lo material y lo simbólico, manifestándose simultánea e inseparablemente, según señalan los defensores de esta ola.

Por otra parte, podemos afirmar que el principal interés económico-político de la tercera ola buscaba demostrar que, si bien la economía y la política estaban siendo transformadas globalmente, una entidad como el Estado-nación no parecía seguir un camino que le condujera a su homogenización o a su desaparición, sino que su papel dentro del orden mundial estaba transformándose, debido a las condiciones impuestas por un mercado y una sociedad globales. Esto ocasionaba la flexibilización de su autoridad soberana. Además, aunque la globalización podría pensarse como un proceso viejo, para los autores transformacionistas como David Held, Anthony McGrew, Colin Hay, David Marsh, Anthony Giddens, Ulrich Beck o Jan Aart Scholte, ella presentaba formaciones inéditas, por no decir revolucionarias, que retaban a las ciencias sociales a crear nuevas categorías capaces de hacer coexistir los nacionalismos o los regionalismos con variedades de cosmopolitismo en pleno surgimiento.

Luke Martell (2010) e Ian Bruff (2005) sostuvieron que la tercera ola no se alejó realmente del escepticismo de la segunda, dada la excesiva importancia que le concedieron a los discursos de la globalización, tal que hacía olvidar con frecuencia a sus seguidores que, detrás de la dialéctica inobjetable entre las realidades materiales y simbólicas de la globalización, se encontraba un elemento primitivo, presumido pero no especificado: la operación del sistema capitalista. Martell describió el advenimiento de una “cuarta ola” de la teoría de la globalización, compuesta de propuestas que estaban mucho más cerca de las relaciones internacionales que de la teoría social, encabezada por autores como Robert Cox, Stephen Gill y, posiblemente, el propio Ian Bruff, quien intentaba mapear una nueva fase de la

globalización a través de un revisionismo de corte neogramsciano. Nosotros podemos complementar esta cuarta vertiente de la teoría de la globalización con aquellas interpretaciones que buscaron explicar el surgimiento de nuevas variedades de capitalismo a principios del siglo XXI; con las que se empeñaron en revalorar el concepto de lo “internacional”, cuestión que para muchos ya era un problema superado y, por último, con las que se interesaron por el tránsito de la globalización a una historia global.

1.5. LA GLOBALIZACIÓN, ¿EXPLANANS O EXPLANANDUM?

En toda investigación social rigurosa se debe tener cuidado con los usos lingüísticos, al distinguir entre aquellas palabras que se emplean para describir objetos reales y las que se destinan a denotar meras ideas (Hacking, 2001). Entre ambas, habría un tercer tipo de palabras, cuya función es tender lazos entre los objetos y las ideas, es decir, aquellas palabras que se usan para referir algo que “decimos o pensamos acerca del mundo” (2001: 50 y ss.). Como lo vimos anteriormente, muchos autores escépticos de la globalización acusaron que ésta era una palabra más, una que se volvió excesivamente ambigua dentro del vocabulario de las ciencias sociales y que, a raíz de esta ambigüedad, adquirió una gran popularidad a finales del siglo XX. Otros teóricos de un corte más transformacionista, como Ian Bruff (2010) o Jan Nederveen Pieterse (2012), han comenzado recientemente a hablar de una evolución del término: la “globalización del siglo XXI”. Ésta sería de un tipo marcadamente distinto a la globalización del siglo precedente, por lo que el concepto de moda de los estudios socio-económicos de los noventa, y objeto favorito de los panegíricos y las diatribas más intensas junto al neoliberalismo y la democracia, pudiera estar adquiriendo en el nuevo siglo atributos o características originales, debido a dos circunstancias, por lo menos: en primer lugar, el liderazgo dentro del sistema-mundo de nuevos países industrializados pertenecientes al “sur global” (Pieterse, 2012) y, en segundo lugar, a la manifestación de distintas variedades de capitalismo en Europa que parecen superar la tensión entre lo nacional y lo internacional (Bruff, 2010). Por los límites trazados

debido al tema de nuestro estudio, sólo nos podemos conformar con apuntar hacia estas rutas de análisis para futuras investigaciones.

Por su parte, William Robinson (2003) consideró que la comprensión de aquello que la palabra “globalización” quería circunscribir originalmente en las ciencias sociales resultó muy inadecuada, pues fue incapaz de producir teorizaciones creíbles de su significado histórico y, menos aún, de producir avances significativos e incontrovertibles en la teoría social de la globalización. En lo que toca al internacionalista Justin Rosenberg (2004), éste afirmó que la generalidad de los textos sobre globalización de la década de 1990 se solazaba en difundir la imagen de un mundo cruzado por “grandes transformaciones”, principalmente por el tránsito de la modernidad a la era global. Se había propagado, además, un rumor sobre que los conceptos centrales utilizados por las ciencias sociales para analizar la realidad social se encontraban en franco declive, entre ellos, el concepto mismo de “Estado-nación”, asunto que precisaremos en el segundo capítulo de esta investigación. El crítico diagnóstico de Justin Rosenberg no niega la existencia de fuertes transformaciones durante la época reciente, pero tampoco es su cometido explicarlas. Su objetivo principal recaía en denunciar el abuso de determinantes espacio-temporales dentro de la literatura de la globalización, mismas que distorsionaron el impacto real de la globalización sobre las sociedades humanas, y que suponían el inminente surgimiento de un mundo “desfronterizado”, “desnacionalizado” o “desterritorializado”. Según Scholte, dos ejemplos de este abuso pueden encontrarse en las teorías sociales de Jan Aart Scholte y Anthony Giddens sobre la globalización. Ambos los expondremos a continuación.

La crítica a J.A. Scholte

Rosenberg identifica en las teorías de la globalización una tendencia general a negarse como “teorías” y a ofrecer realidades explicadas en lugar de conceptos explicativos, mismos que frecuentemente conducen a la reificación, la simplificación o la caricaturización del fenómeno. Un ejemplo de una teoría fallida de la globalización –un “adefesio”, según explica Rosenberg– es la que habría desarrollado el teórico social Jan Aart Scholte. En su libro *Globalization: a critical introduction*, Scholte (2000) conceptualiza a la globalización como un fenómeno complejo, cuya interpretación sobrepasa la ortodoxia analítica que distingue con

claridad los elementos económicos, políticos y sociales. Esto se explica porque la globalización envuelve características nuevas y no siempre de consecuencias negativas, que precisan también de enfoques novedosos de investigación. Scholte argumenta que dicha novedad está en la idea de “supraterritorialidad”, característica inmersa en muchas de las transacciones humanas actuales, gestándose en inéditos espacios desfronterizados y cristalizando una idea de que el mundo es un espacio en proceso de unificación, *in sensu stricto*, una unidad. Scholte llama “globalidad” a esta experiencia de interconexión de los espacios y el consabido derrumbamiento de las fronteras territoriales. En cierto sentido, el concepto de Scholte parece tener el mérito de proponer a la globalización como un fenómeno que, si bien puede ser definible en base a una cuantificación de los intercambios comerciales o culturales atribuibles a ella, anticipa la entrada a una nueva etapa de la conciencia humana (Weaver, 2003: 1). La postura de Scholte expresa una total oposición a toda lectura sobre el espacio de la interacción humana que refleje “las condiciones sociales de una época particular cuando las unidades territoriales franqueadas por fronteras, separadas por distancias territoriales, se formaban lejos de la estructura prioritaria para la geografía macro social” (Scholte 2007: 37). Según considera Scholte, el “territorialismo metodológico” –concepto que está hermanado al “nacionalismo metodológico” que tanto criticara el sociólogo Ulrich Beck– dirigió por callejones sin salida los intentos de comprender la globalización, que fue por lo regular confundida con conceptos como internacionalización, liberalización, universalización u occidentalización, que al final de cuentas remitían a determinadas relaciones sociales lastradas a un espacio geográficamente situado: un pueblo, un país, una región, etcétera.

Sin embargo, Justin Rosenberg (2005; 2004) juzga que en los argumentos de Scholte hay una evidente “fetichización” de las categorías espaciales, que los hace degenerar en una pseudoteoría del espacio –la teoría de la “supraterritorialidad”–, mediante la cual se alude a un gran contenedor de todas las relaciones humanas globalizadas. Aunque hay interpretaciones que disienten de las críticas expresadas por Rosenberg (Weaver, 2003), también reconocen la necesidad de un fuerte revisionismo al concepto acuñado por Scholte, la “supraterritorialidad”, pues éste no designaría, en todo caso, una mutación espacial de las relaciones capitalistas, resultado de los cambios económicos, tecnológicos, políticos y sociales durante la recta final del siglo XXI –como Scholte supone–, sino algo que ya es intrínseco a ellas (Rosenberg, 2004: 48), es decir, un proceso natural de sobreacumulación de capital que redistribuye el espacio y

que permite una mejor circulación de las mercancías alrededor del globo, tal como lo describe el geógrafo británico David Harvey (2007). Conclusión: o la supraterritorialidad es un concepto vacío o, bien, ella describe una propiedad del capital que ya ha sido profundamente estudiada por pensadores alineados sobre todo al marxismo, pero nunca un fenómeno nuevo.

La crítica a A. Giddens

Rosenberg encuentra un problema epistemológico de la misma clase que el sufrido por Scholte, pero ahora enturbiando la teoría social de la globalización de Anthony Giddens. Muy conocida y citada es la definición de la globalización de Giddens caracterizándola como una “intensificación de las relaciones” a escala mundial (1999). Giddens agrega a esto que la globalización tendría que considerarse, además, como un acontecimiento más revolucionario que nuevo, conformado por una “serie compleja de procesos y no por uno sólo” (2000: 25). Aceptar sin cortapisas lo que Giddens propone exige explicar la globalización en sus propios términos y, al mismo tiempo, desatender una serie de inconsistencias que llegan a ser relevantes. Y es que si suponemos que la globalización es la intensificación de las relaciones sociales, afirmar su condición revolucionaria dependería del conocimiento apropiado de las causas que produjeron dicha intensificación. Luego serían éstas, y no la globalización propiamente dicha, las que requerirían una teoría bien constituida. Si, en cambio, la globalización es asumida más como la *causa* de la intensificación de todas las relaciones humanas –sobrepasando así la definición del propio Giddens–, se abriría una brecha para que el concepto pudiera derivar en una teoría de gran envergadura, si es que con ella se pretendiera explicar en qué sentido, con qué orden y en qué forma se intensifican las relaciones en los tiempos recientes. Así, cosa muy diferente es la globalización pensada como explicación de un fenómeno a la globalización vista como el fenómeno que debe ser explicado.

Justin Rosenberg aseguró que la mayoría de las retóricas de la globalización cayeron en un error metodológico, pues pretendían explicar la globalización como fenómeno empírico, esto es, como intensificación de las relaciones en el mundo, pero haciendo de ella, al mismo tiempo, la causa teórica, es decir, que

... lo que al principio se presenta como el *explanandum* –la globalización como el resultado de un proceso histórico– se transforma poco a poco en el *explanans*: es ahora la globalización la que explica el carácter cambiante del mundo moderno (Rosenberg, 2004: 15).

La crítica de Rosenberg apuntaba hacia dos diferentes direcciones. Por un lado, buscaba evidenciar la pobreza de los análisis históricos sobre la globalización que partían de categorías vacías de espacio y tiempo, olvidando que estas categorías eran productos históricos y, como tales, dependían de procesos sociales a los cuales se intentaba dar justo una explicación. Si bien estas retóricas pusieron en el centro del debate la cuestión sobre cuánto de la teoría social clásica –representada por Marx y Weber, principalmente– tenía que abandonarse o preservarse, su clamor generalizado pidiendo superar el “paradigma westfaliano”, afluente histórico de la categoría de Estado-nación, hizo desaparecer de la escena una categoría que Rosenberg consideraba de gran importancia para los estudios de la globalización, es decir, la categoría de “lo internacional”. A este respecto, Leslie Sklair (1999) sostuvo que la idea de globalización que muchos defendían les hizo suponer erróneamente que los problemas en las economías y las sociedades contemporáneas podrían palearse trascendiendo el nivel de los estados nacionales o de sus relaciones, al punto que de que incluso algunos reconocidos pro-globalistas, como Kenichi Ohmae, manifestaron que las fuerzas globales, representadas por corporaciones transnacionales y otras instituciones económicas de orden mundial, se habían vuelto tan poderosas e influyentes que ponían en riesgo la continuidad del Estado-nación, tal y como el mundo contemporáneo lo había conocido.

A modo de conclusión de esta sección, podríamos decir que la crítica de Justin Rosenberg buscaba denunciar la cautela –o quizá, la incapacidad– de los teóricos sociales para definir adecuadamente la globalización, pues en cada nuevo intento de definición sólo se había logrado sumir el concepto en una especie de limbo categorial, principalmente por la incertidumbre de saber si la globalización se trataba de un *explanans* o de un *explanandum*. Si la intención era producir una teoría de la globalización que resultara omnicomprendiva, la necesidad de consolidar a la globalización como un legítimo *explanans* requería el cumplimiento de dos condiciones básicas que Rosenberg establece: 1) que se evitaran, a toda

costa, las definiciones circulares de la globalización y 2) que se impidiera que el *explanans* deviniera falazmente en un *explanandum*. Para satisfacer ambas condiciones, tendría que haberse supuesto que “el fenómeno que pretende reflejar(se) debe ser una característica del mundo real que no haya sido ya explicada por otros conceptos” (Rosenberg, 2004: 34). Para William Robinson (2003), el llamado de Rosenberg a revisar las flaquezas argumentales de la teoría de la globalización por la inversión ilegal del *explanandum* –lo explicado– y del *explanans* –la explicación–, resulta ser una valiosa precisión metodológica. Robinson nos alerta además sobre cómo este tipo de críticas puede caer en excesos tan graves como los que ellas denuncian. Esto le habría sucedido al propio Rosenberg, quien generalizó la inversión *explanans-explanandum* a todos los enfoques de la teoría de la globalización existentes, aún cuando la mayoría no se adscribieran al mismo paradigma espacio temporal que Rosenberg criticaba en las teorías de Jan Aart Scholte o de Anthony Giddens.

1.6. TESIS DE LA GLOBALIZACIÓN: CONSTRUYENDO MATRICES

Una vez precisadas algunas causas que volvieron productos polimorfos y polisémicos a los debates de la globalización, pasamos a ensayar matrices o ideas regulativas de la globalización con las que podamos comparar y, posteriormente, de ponderar parámetros del fenómeno alejados de toda forma de extremismo en su favor o en su contra. En este sentido, la extensa literatura anglófona sobre la globalización de la década de 1990 nos presenta algunas “tesis de la globalización” a las que reconocemos una encomiable pretensión explicativa. Dos ejemplos que aquí elegiremos, y de los que incluiremos también su crítica, los encontramos en el libro *Globalization, a critical introduction* de Jan Aart Scholte y en el ensayo *Globalisation: nine theses on our epoch* de William I. Robinson, en los que se desarrollan dos interpretaciones sobre el origen, las características y los efectos de la globalización que cumplen con una sólida base argumental. Si bien los ejemplos son tan divergentes que dan la impresión de que Scholte y Robinson se refieren a fenómenos distintos⁶, los hemos elegido porque sintetizan las ideas

⁶ Hacemos la advertencia de que las propuestas no han sido transcritas tal cual aparecen en sus fuentes originales, pues han sido sintetizadas o modificadas dada su extensión, preservándose por obvias razones las ideas centrales y la proporción relativa que guardan en sus respectivos textos. Como no se

con las que la ciencia social más mesurada discutió la globalización e hizo inteligible un fenómeno que desafió las concepciones de soberanía, Estado, relaciones internacionales y, en general, de la misma política (Bruff, 2001).

Tesis de Jan Aart Scholte (2000)⁷

Tesis de William I. Robinson (1996)⁸

<p>Primera: La globalización es una transformación de la geografía social catapultada por el incremento de espacios “supraterritoriales”, que para nada supone el fin de la geografía territorial, pues territorialidad y supraterritorialidad pueden convivir en interrelaciones complejas; N</p>	<p>Primera: La globalización implanta el capitalismo en el mundo. Sus efectos son: 1) la internacionalización del capital y de la tecnología mediante una nueva división internacional del trabajo, 2) la gestación de procesos masivos de integración económica, y 3) el debilitamiento de los estados nacionales y de las “esferas públicas”;</p>
<p>Segunda: La globalización hizo su aparición tempranamente en la historia, pero su tendencia se ha acelerado a un ritmo vertiginoso después de 1960;</p>	<p>Segunda: La globalización sustituye las estructuras de acumulación nacionales por estructuras de acumulación de capital transnacionales, constituidas por una red global de agencias y corporaciones de planeación;</p>
<p>Tercera: La globalización aparece como una fuerza incontrolable, pero su actual crecimiento puede revertirse (aunque por ahora esa posibilidad sea más bien remota);</p>	<p>Tercera: La globalización impone una agenda transnacional liderada por pequeñas fracciones hegemónicas de burguesías nacionales transnacionalizadas o desnacionalizadas;</p>

ha cambiado su orden expositivo, tampoco debe esperarse algún tipo de correspondencia temática. Por último, hemos dejado fuera la “novena tesis” de William Robinson, al considerar innecesario incluirla por ahora. Ésta será discutida *in extenso* en el último capítulo de esta investigación.

⁷ Extraídas de la obra *Globalization, a critical introduction*, p. 6.

⁸ Extraídas del artículo *Globalisation: nine theses on our epoch*, pp. 14-26.

<p>Cuarta: La globalización afecta a casi todas las personas en el mundo de manera desigual, impactando más a propietarios, clases profesionales y generaciones más jóvenes, principalmente en las ciudades;</p>	<p>Cuarta: La globalización instauro una hegemonía global de bloques económicos europeos, americanos y asiáticos –un “mundo tripolar”–, donde la burguesía transnacional ejerce su poder por medio de: 1) la creación de una red de instituciones y relaciones transnacionales y 2) el uso de los estados para la imponer agendas transnacionales en territorios soberanos;</p>
<p>Quinta: La globalización ha tenido una dinámica causal multidimensional, impulsada por el conocimiento racionalista, la producción capitalista e innovaciones tecnológicas;</p>	<p>Quinta: La globalización ayuda a consolidar un mundo antidemocrático, en control de empresas transnacionales, usando a las élites poliárquicas⁹ como su instrumento de legitimación;</p>
<p>Sexta: La globalización no ha desplazado, como se insinúa, estructuras sociales profundas en relación con la producción, la gobernabilidad, la comunidad y el conocimiento. Más bien, ha ocasionado cambios en sus atributos, animando incluso el desarrollo de formas alternativas de estructuración social;</p>	<p>Sexta: La globalización incrementa las desigualdades socioeconómicas y la miseria humana por la causa de la acumulación del capitalismo transnacional en unas cuantas manos;</p>
<p>Séptima: La globalización también acarrea consecuencias positivas a las sociedades, como regeneración cultural, expansión de las comunicaciones, descentralización del poder, mayor eficiencia económica y una diversa gama de productos disponibles; aunque de ninguna manera deben desestimarse los efectos negativos de las políticas neoliberales globalizadas, como incremento de la degradación ecológica, pobreza extrema, deterioro de las condiciones de trabajo, nuevos tipos de violencia cultural, expansión de desigualdades,</p>	<p>Séptima: La globalización favorece la exclusión de grupos históricamente marginados, al profundizar las diferencias raciales, étnicas y de género;</p>

⁹ Para la ampliación del concepto de *poliarquía* como equilibrio y transparencia en el ejercicio del poder político, véase los desarrollos teóricos que hicieron al respecto Robert Dahl (1992) y Guillermo O'Donnell (1994).

así como profundos déficits democráticos;	
Octava: La globalización no es, inherentemente, ni buena ni mala: sus resultados son consecuencia de decisiones humanas que pueden ser debatidas y cambiadas, aminorando los efectos nocivos mediante la implantación de políticas alternativas, sin subestimar el gran desafío político que involucra alcanzar reformas a gran escala.	Octava: La globalización magnifica los conflictos regionales, incrementa el gasto militar del mundo y pone en peligro la integridad y supervivencia de la especie humana.

Las tesis y sus horizontes de interpretación

En las propuestas anteriores, la desigualdad y los efectos adversos que produce un mundo globalizado no está obviado, aunque sí matizado al grado de la divergencia. En las tesis de Robinson se expresan una serie de juicios que los partidarios de la llamada “antiglobalización” –como Theotonio Dos Santos– asumirían como innegables: la voracidad del nuevo capitalismo, la transnacionalización de las burguesías, la guerra global de la riqueza contra la pobreza, el desmantelamiento de los estados nacionales, etcétera.

A pesar del tenaz ejercicio argumental que realiza Robinson, es claro que algunas de sus conclusiones pudieran considerarse cuestionables. Ian Bruff (2001) rebatiría que, en contra de la opinión generalizada que acusó a la globalización de derrumbar las fronteras, erosionar la soberanía nacional y conducir a la homogeneización de las políticas económicas, especialmente de los estados pequeños, fueron justamente éstos los que contaron con una mayor capacidad de adaptación a las presiones económicas externas (Bruff, 2001: 1). En clara contraposición a lo señalado por Robinson, los estados pequeños tuvieron una mayor capacidad para ajustarse a las crisis económicas, instrumentar medidas que flexibilizaran sus políticas, consensándolas entre los ciudadanos por la vía de pactos civiles, para aminorar el surgimiento de graves conflictos sociales. Por otro lado, la tesis que afirma que el capital transnacional en manos de burguesías desnacionalizadas, legitimó condiciones ventajosas de sobreacumulación, utilizando para ello a

las élites poliárquicas como instrumento para socavar a las instituciones de la auténtica democracia, encontraría una réplica en el politólogo argentino Guillermo O'Donnell (1994), quien no vería en la poliarquía un foco de perversidad, sino un rasgo fundamental de la fortaleza democrática de un país. O'Donnell sostiene que es en las jóvenes “democracias delegativas” –tan características de algunos países latinoamericanos después de sus periodos de dictadura militar– donde la poliarquía fue tan débil e incapaz de transparentar el ejercicio del poder por parte de las élites, que “el lugar de las instituciones que funcionan adecuadamente lo ocupan otras prácticas no formalizadas, pero fuertemente operativas, a saber: el clientelismo, el patrimonialismo y la corrupción” (O'Donnell, 1994: 59). El problema no es, pues, la poliarquía como tal, sino la solidez de la estructura poliárquica que se consolida dentro de las instituciones democráticas de un país.

Con respecto a las tesis de Scholte, apreciamos que éstas se fundan sobre el poder explicativo de una idea que, dentro del esquema planteado por Robinson, simplemente no tiene cabida: la supraterritorialidad. Una consecuencia directa de esta noción sería la renuncia a todo tipo de “territorialismo metodológico”, capaz de desestimular la constitución de nuevas tipologías espaciales a escala global. Ulrich Beck supuso, en un sentido similar al de Scholte, que la superación del llamado “nacionalismo metodológico” cristalizaría, tarde o temprano, en relaciones económicas, políticas y sociales de tipo cosmopolita. Era de esperarse que las ciencias sociales de corte más nacionalista y conservador realizaran fuertes objeciones a las propuestas de Scholte o de Beck, por el hecho mismo de que predecían el advenimiento de un mundo “sin fronteras”. Faltaría conocer la razón por la cual estos enfoques teóricos, que en todo el mundo se asociaron con la tercera ola de la teoría de la globalización, es decir, la denominada ola “transformacionalista”, en América Latina fueran interpretados, en cambio, como parte de la retórica “hiperglobalista”, una cuestión que abordaremos en el capítulo cuatro de esta investigación.

1.7. CONCLUSIONES

A lo largo de este primer capítulo exploramos algunos de los abordajes más comunes que se hicieron de la globalización a finales de la década de 1990, enfatizando los recursos

teóricos y analíticos con los que las ciencias sociales, en general, intentaron mapear el fenómeno, siendo una cuestión relevante el uso extendido de la metáfora de las “olas” de la globalización para tal fin. Constatamos, además, que la búsqueda por la unanimidad, tanto conceptual como analítica, presentó serios obstáculos, que giraron en torno al carácter inédito de la globalización, a su naturaleza simbólico-ideológica, a sus formas de reconfigurar económica, política y socialmente los territorios y, finalmente, al tipo de consecuencias y afectaciones que su operación le suponía a los estados nacionales. Pudimos extender la falta de unanimidad no sólo a la globalización como proceso real, sino a los discursos sobre este proceso, reconociendo las marcadas diferencias entre las olas hiperglobalista, escéptica y transformacionalista de la teoría de la globalización, y perfilando nuevas olas, centradas en un tipo de globalización del siglo XXI. Atestiguamos que, dentro de los debates anglófonos de la globalización, frecuentemente hubo duras recriminaciones entre los teóricos sociales, debido a inconsistencias metodológicas y categoriales sobre el tema, ya por su inoperancia conceptual o por su falta de claridad al momento de tratar la globalización como un *explanans* o como un *explanandum*. Por último, extrajimos dos grupos de tesis de la globalización –las de Jan A. Scholte y las de William Robinson– para bosquejar dos matrices diferentes de la globalización, que nos ayuden a demarcar los parámetros discursivos de los debates sobre ella, especialmente, en América Latina.

CAPÍTULO 2

LA CIENCIA SOCIAL DE LA GLOBALIZACIÓN

2.1. INTRODUCCIÓN

El éxito o el fracaso de las ciencias sociales para explicar la globalización nunca dependió totalmente de las metodologías que éstas utilizaban, ni de los recursos económicos o institucionales con los que contaban y, mucho menos, de la calidad de los investigadores que integraban las diversas disciplinas sociales. Dependía también de las condiciones históricas en que estas ciencias sociales habían sido concebidas, así como de los objetivos ideológico-políticos que delimitaban cuál debían ser sus objetos de estudio y con qué categorías analíticas debían abordar un determinado problema. Por supuesto, la globalización no podía ser una excepción. En el año 2009, la UNESCO solicitó al “International Social Science Council” que preparara la segunda edición del reporte de ciencias sociales, una década después de que apareciera la primera edición. El reporte, cuyo título oficial fue *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo: las brechas del conocimiento*, enfatizaba los cambios en las condiciones de producción del conocimiento social, debido a la globalización, a la reorganización disciplinaria en los centros de estudio e investigación y a la proliferación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. El informe señalaba, además, que el número de lugares en que se estaban enseñando las ciencias sociales se había incrementado, aunque esto hubiera reducido significativamente la desigualdad en la generación y difusión del conocimiento social entre distintos países. En las últimas décadas, las ciencias sociales habían atravesado graves periodos de crisis, en por la reticencia de los mismos científicos sociales a participar activamente en la planeación de políticas públicas –de carácter económico, científico, social o cultural. Este desinterés habría tenido dos efectos adversos: 1) una sobre-especialización teórica, que demandaba mayores presupuestos a las instituciones educativas y 2) un distanciamiento entre los centros académicos y los sectores gubernamentales, encargados de la toma de decisiones sobre el futuro de la investigación científica y social.

En lo que respecta a América Latina, a juicio del investigador argentino Alberto D. Cimadamore de CLACSO, la investigación social en la región habría generado, desde 1950, “productos originales”, que habrían aprovechado un entorno de creciente institucionalización, a pesar de los condicionamientos políticos y las restricciones económicas que imponían trabas al desarrollo de la ciencia social latinoamericana. Pero aún así, lo realizado no habría sido suficiente para “consolidar la producción de investigaciones de alta calidad y socialmente relevantes, que se conecten y difundan en el sistema educativo como en el proceso de toma de decisiones” (UNESCO, 2010: 42). Cimadamore añade que el escaso financiamiento a la investigación social por parte de los sistemas nacionales, habría orillado a la búsqueda del apoyo en organismos y fundaciones internacionales con sus propias agendas, comprometiendo la continuidad y autonomía de las investigaciones. Si bien algunos recursos provenían de las habilidades de los científicos sociales para internacionalizarse o de la cooperación horizontal y el trabajo en red entre centros y universidades latinoamericanos, aún faltaban recursos que aminoraran el atraso en la distribución de los conocimientos, para así poder enfrentar exitosamente una larga lista de problemas globales.

2.2. LA MATRIZ EUROCÉNTRICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Por lo general, las ciencias sociales operan reconstrucciones históricas mediante estrategias narrativas que pueden denominarse “mitos organizativos” (Wallerstein, 2010). Un mito organizativo es “una proposición que no se puede comprobar; es un cuento, una metahistoria que intenta proporcionar un marco de referencia dentro del cual se interpretan las estructuras, los patrones cíclicos y los sucesos de un sistema sociohistórico determinado” (Wallerstein, 2010: 57). Este tipo de reconstrucciones discursivas funciona como herramienta heurística, capaz de abonar coherencia y sentido a hechos, datos e interpretaciones acerca de un fenómeno social. En su momento, Justin Rosenberg (2004) alertó sobre la existencia de algunos de estos mitos, que promovieron confusión y complejidad al interior de algunas disciplinas científico-sociales. En el caso específico de las relaciones internacionales, Rosenberg menciona el mito construido alrededor de la “Paz de Westfalia” de 1648. Con el mito westfaliano, se

entronizó un concepto que nunca gozó de sustento empírico o histórico sólido, pero que tenía el apoyo de toda la maquinaria analítica de las ciencias sociales del siglo XIX. Se refiere, por supuesto, al concepto de Estado-nación. Su sola mención nos remite a una de las formas de organización humana más persistentes que acuñó la modernidad occidental. Las referencias al Estado-nación llegaban a ser inevitables en los discursos de la globalización, pues reiteradamente se le presentaba a éste como transitando por una profunda crisis, en parte por culpa de la aparición de un mundo globalizado.

Sabemos que la historia institucionalizada de las ciencias sociales comenzó siendo “eurocéntrica” o “paneuropea”, entendiéndose por ello que su función se centraba en cubrir las necesidades epistémicas de Europa occidental, incluyendo a Norteamérica. Este grupo de ciencias fue probablemente uno de los productos geo-culturales y medios de expansión más importantes con que contó el sistema-mundo moderno (Wallerstein, 2007 y 2008). Nacidas y primeramente cultivadas en Gran Bretaña, Italia, Francia, Alemania y Estados Unidos, las ciencias sociales empezaron a sufrir cambios radicales sólo después de 1945, a causa, por un lado, de los procesos de descolonización africana y asiática y, por el otro, a la aparición de una ciencia social cada vez más profesionalizada que provenía de las periferias, en especial, las provenientes de Latinoamérica. Según Wallerstein (2007: 192 y ss.), las acusaciones de eurocentrismo de las ciencias sociales se dirigieron en lo general contra cinco marcadas tendencias en su interior: 1) la *historiografía*, que explicaba el “predominio europeo en el mundo moderno en virtud de realizaciones específicamente europeas” (2007: 192); 2) el *universalismo*, que hacía coincidir supuestos valores universales con los valores particularistas de la sociedad europea, 3) la *civilización*, que justificaba la colonización y la implantación de un modo de vida europeo como misión histórica; 4) el *orientalismo*, que construía una imagen de lo no-europeo como lo otro, dispuesto para ser dominado; y 5) el *progreso*, como explicación de la supremacía y la rendición inevitable al modelo europeo como destino de la humanidad.

La crisis de las ciencias sociales

Si la globalización era un proceso que alteraba todos los equilibrios económicos, políticos y sociales, acelerando los flujos y modificando la composición y la estructura del

mundo, resultaba improbable que las ciencias sociales pudieran sustraerse a esta parafernalia. Reconocidos especialistas al interior de los sistemas universitarios investigaron el impacto causado por la globalización sobre las categorías de análisis vigentes concebidas para entender la política, la economía, la sociedad y la cultura del mundo moderno. Las ciencias sociales nacieron “del” y “con” el paradigma del Estado-nación, que también parecía caer en la obsolescencia en su forma de concepto explicativo. Muchas voces críticas cuestionaron el sostenimiento de este paradigma, multiplicándose las apelaciones a su abandono o su reemplazo, lo que de paso serviría como punto de renovación epistémica. En este sentido, Immanuel Wallerstein (2005) instaba a que esta categoría estándar de análisis fuera sustituida por otra de mayor alcance explicativo, como el “sistema-mundo”, que justo fue uno de los enfoques más utilizados para interpretar la globalización en países periféricos y, como es de esperar, teniendo críticas importantes (Sklair, 1999; Robinson, 2007: 128 y ss.).

Pero no sólo era Immanuel Wallerstein quien anticipaba una crisis en las ciencias sociales al terminar el siglo. En distintas partes del mundo, teóricos sociales como Boaventura de Sousa Santos (en Portugal), Alberto Melucci (en Italia) o Guy Bajoit (en Francia), vislumbraban crisis severas de las ciencias sociales debidas, entre otras causas, a los efectos de la globalización. Sus diagnósticos compartían dos elementos comunes: 1) la impugnación al paradigma moderno, cuyas taxonomías se habían convertido en un lastre para aprehender realidades, objetos y problemas que parecían requerir un “pensamiento fronterizo”; y 2) el llamado a crear, inventar o producir –Wallerstein agregaría, “impensar”– nuevas categorías para escrutar la realidad social cambiante del nuevo milenio, que situaba a la globalización en la cúspide de nuevos tópicos a explorar.

A su manera, cada uno de estos autores denunciaba la fatiga de las categorías usadas por las ciencias sociales para estudiar un paradigma que se encontraba, según decían, en su ocaso, llámese del Estado-nación, de la modernidad o de la economía-mundo capitalista. Wallerstein (2010, 2007, 2006a) hacía un llamado a trascender la distinción entre lo económico, lo político y lo socio-cultural. Boaventura de Sousa (2009, 1995) creía firmemente en la disolución entre lo objetivo y lo subjetivo como un punto de reconstrucción epistemológica. Melucci (2001) apostaba por la superación de la dicotomía teoría-praxis o conocimiento-acción. Y Bajoit (2008) quería franquear, al igual que Marx, la delgada y difusa línea que separaba lo individual de lo social. En estos cuatro ejes temáticos parecían hallarse los cimientos de una genuina

reconstrucción de las ciencias sociales. Lo que no estaba muy claro era cómo dicha reconstrucción permitiría elaborar un andamiaje adecuado para el estudio de la globalización.

Primeras aproximaciones sociales desde Brasil

Un latinoamericano, el sociólogo brasileño Octávio Ianni (1994; 1996), quien fuera uno de los primeros analistas en pensar la globalización como un nuevo paradigma de las ciencias sociales, anticipaba una serie de transformaciones a finales de la década de 1980, cuyos efectos se dejarían sentir a escala planetaria. Esta le depararía nuevos desafíos a las instituciones sociales y a sus disciplinas científicas: entender una sociedad que se volvía cada vez más descentralizada, un Estado que estaba quedándose desconectado y un mundo que se tornaba periférico (Ianni, 1996). Parecía que el paradigma clásico del Estado-nación estaba siendo reemplazado paulatinamente por el de la “sociedad global”, aunque algunos críticos del nuevo optimismo por la globalización, como Leslie Sklair (1999), aseguraron que la exacerbada admiración que manifestaron muchos escritores y académicos ante las posibilidades ilimitadas que ofrecía la idea de una “sociedad global”, respondía más a una necesidad psicológica que a una evaluación rigurosa del fenómeno. La razón –suponía Sklair– estribaba en que la capacidad de la humanidad para autodestruirse hacía parecer la utopía de una sociedad justa y democrática a nivel mundial como la mejor garantía de sobrevivencia humana (1999: 156).

Ianni (1994) insistió a principios de los noventa que la falta de dinamismo de las ciencias sociales para entender la emergencia de una sociedad global tenía a la constitución misma de estas ciencias como una de sus causas principales, pues en lo general ninguna de ellas contaba con la experticia para leer la lengua de la desterritorialización: su génesis las confinó, desde un principio, al estudio de las sociedades nacionales (Ianni, 1994). Si bien en buena parte de su obra, Ianni califica a la globalización como un “nuevo ciclo” de la expansión del sistema capitalista en su doble vertiente, tanto como modo de producción y como proceso civilizatorio (Ianni, 2004: 11), también destaca la capacidad de esta nueva realidad totalizadora para autoimponerse, y mostrarse incluyente, compleja y contradictoria, aventurando cambios profundos en el tejido social, lo que habría de incidir en la manea de hacer ciencia social. En este sentido, Ianni escaparía a las críticas que se le hicieron como un defensor a ultranza del

hiperglobalismo, pues en base a la clasificación acuñada por David Held, Ian Bruff y Luke Martell, la propuesta de Ianni resultaría ser, en muchos sentidos, más congruente con la ola transformacionista que con la hiperglobalista, pues no habría en su esquema teórico un rechazo absoluto por el pensamiento de lo nacional, sino por el “discurso nacionalista” que había sido impulsado dentro de los modelos de desarrollo entre las décadas de 1950 a 1970.

Para Ianni, los trabajos del antropólogo brasileño Renato Ortiz, sobre el rápido abandono del concepto nacional-popular –siguiendo la terminología gramsciana–, operado por las ciencias sociales brasileñas a finales de la década de 1970, resultaban ser clarificadores, debido a que este concepto les impedía imaginar la cultura nacional más allá de los elementos locales, muchas veces incomunicados entre sí y encerrados dentro de sus propios horizontes de comprensión (Ortiz, 1998: 31). El concepto nacional-popular –apuntaba Ianni (2010: 44)– representaba una gran limitación para describir a una sociedad brasileña, ávida de nuevas experiencias sensibles, visuales y mediáticas que iban proyectando y generalizando una cultura internacional-popular en ciernes y montada en la inercia de procesos de occidentalización del mundo.

2.3. LAS CIENCIAS SOCIALES COMO PRODUCTO DE LA IDEOLOGÍA LIBERAL

Los sociólogos Ulrich Beck y Nathan Sznaider (2006) sostuvieron que los retos de las ciencias sociales, para precisar el impacto de la globalización sobre la estructura de los estados nacionales, podrían resumirse principalmente en dos: 1) el abandono inminente de la organización nacional como principio de estructuración socio-política y punto de referencia para la observación de los fenómenos sociales, con la subsecuente superación de toda forma de “nacionalismo metodológico”, mismo que tendía a equiparar “sociedad a secas” con sociedad nacional (2006: 4); y 2) la consolidación de ciencias sociales cosmopolitas, capaces de romper con el tamiz de lo nacional como principio explicativo, de uso tan común en investigaciones de la ciencia política, la sociología, la historia o el derecho (2006: 5). La cuestión sobre qué tan capaces eran las ciencias sociales para romper con el “nacionalismo metodológico” y enfrentar

el cosmopolitismo, podía ser respondida atendiendo a la génesis de estas ciencias. Cuando menos, así lo intentaron hacer Immanuel Wallerstein y Boaventura de Sousa Santos, planteando sendos mitos organizativos que a continuación exploraremos.

El mito organizativo de I. Wallerstein

Según Immanuel Wallerstein (2010; 2006a; 2005), la genealogía constrictiva de las ciencias sociales, centrada en el concepto de Estado nacional, dio inicio poco después de la Revolución Francesa, cuando las burguesías mundiales tomaron conciencia de dos circunstancias que se volvieron problemáticas: 1) Que los cambios sociales a corto plazo no eran la excepción, sino la regla en la estructura del mundo social, es decir, que el cambio era un aspecto connatural al desenvolvimiento de la sociedad capitalista; y 2) que la soberanía, que desde Jean Bodin se creía residiendo en las élites gobernantes, descansaba exclusivamente en el pueblo. Para minimizar los impactos inminentes y negativos contra el sistema-mundo hegemónico a raíz de estos dos “trastornos post-revolucionarios”, se constituyeron tres instituciones cuyo propósito era contribuir a la perpetuación del sistema en una época de crisis estructural e institucional: aparecen las ideologías, las ciencias sociales y los movimientos sociales. Las ideologías, dice Wallerstein, eran “programas políticos para manejar el cambio” (Wallerstein: 2007) y su formulación estaba orientada por el fin político de sostener la economía-mundo capitalista del siglo XIX. Las tres grandes ideologías nacientes –el conservadurismo, el liberalismo y el marxismo– tuvieron el efecto positivo de dinamizar el pensamiento y la acción, exaltar nuevos valores –o reinterpretar los tradicionales– y reorganizar la vida social, a costo de socavar las posibilidades de rebelión espontánea de los movimientos antisistémicos –obreros o nacionalistas– que empezaban a emerger y que paulatinamente fueron fagocitados por las lógicas estatales. De las tres ideologías, el liberalismo aparentaba ser la ideología natural del cambio normal, y en el centro de la gran “empresa liberal” decimonónica, se encontraban las ciencias sociales, forzadas desde su nacimiento a cumplir con dos fines políticos claros: 1) la acumulación del conocimiento sobre la realidad cambiante al interior de los estados-nación que estaban formándose y 2) la transformación del conocimiento adquirido en técnicas, cada vez más eficaces, de control económico, político y socio-cultural. Esto implicaba el reconocimiento del *mercado*, el *Estado* y la *sociedad civil* como realidades

distintas a lo anteriormente conocido por el sistema-mundo, precisándose de cuerpos epistémicos organizados, especializados y aparentemente autónomos para su estudio.

La ciencia económica, la ciencia política y la sociología irrumpieron en el escenario del sistema-mundo moderno a mediados del siglo XIX, escritas y habladas en tan solo un puñado de lenguas paneuropeas. También la historia, anterior miembro de las ciencias humanas o ciencias del espíritu, se constituyó como una ciencia social autónoma, al tiempo que aparecían otras dos nuevas ciencias dedicadas al estudio del mundo *no* paneuropeo: la antropología y el orientalismo. La antropología estudiaba comunidades lejanas carentes de organización social compleja (tribus, etnias, etcétera). El orientalismo, en cambio, se especializaba en sociedades con una organización compleja e historia milenaria, que bien podrían entenderse como imperios-mundo, siendo los casos de China o India los más estudiados. La creación de las nuevas ciencias sociales precipitó, además, la renovación de una institución moribunda: la universidad. Ésta adquirió un nuevo rostro secularizado, compuesto por centros autónomos productores de conocimiento científico y humanístico. En su interior quedaba institucionalizada la distinción entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre –las “dos culturas”, según la expresión del físico Charles P. Snow–, situando a las ciencias sociales en un peculiar punto “intermedio”, más cercanas a las primeras que a las segundas. Wallerstein (2005, 2006a) describe ampliamente cómo se reconfiguraron las divisiones al interior de la universidad moderna. El esquema escolástico-medieval que estaba compuesto por cuatro viejas facultades –medicina, filosofía, leyes y teología– se sustituyó por otro con facultades, departamentos o cátedras, que cultivaban unas disciplinas con fundamentos epistemológicamente diferenciados y muy específicos.

La interpretación wallersteiniana destaca algunas características de las ciencias sociales que pueden sintetizarse de la forma siguiente: 1) que las ciencias sociales fueron una creación del mundo paneuropeo para sobrellevar el cambio social como normalidad histórica; 2) que ellas, a su vez, crearon los moldes conceptuales para la representación ideológica de los centros del sistema-mundo en detrimento de las periferias; 3) que dentro de las ciencias sociales decimonónicas quedó formalizada la distinción liberal entre lo económico, lo político y lo social como esferas independientes y autónomas de lo real; 4) que ellas elevaron la producción del conocimiento a factor vital, tanto económico como político, para el ejercicio del poder de

los estados nacionales; 5) que ellas propagaron formas de percibir la realidad exaltando la superioridad de un pequeño grupo de lenguas: el inglés, el alemán, el francés y el italiano; y 6) que su misión y su futuro estaban condicionados a la supervivencia del sistema-mundo capitalista que les dio origen.

El mito organizativo de Boaventura De Sousa

Una lectura complementaria a la de Immanuel Wallerstein la encontramos en el jurista y sociólogo portugués, Boaventura de Sousa Santos. De Sousa (1995, 2009) afirma que la raíz del pensamiento hegemónico de Occidente está en la consolidación de la ciencia moderna entre los siglos XVI y XVII. La aspiración totalitaria de la racionalidad moderna emplazaba a la negación de todo aquello que no se pudiera explicar o legislar racionalmente. Su fuerza se depositó en el sincretismo del racionalismo cartesiano –que instituyó la escisión entre mundo (*res extensa*) y pensamiento (*res cogitans*)– y el empirismo baconiano –que convirtió la realidad material en un campo de experimentación científica y de usufructo económico. Esta tendencia transitó hasta el siglo XVIII infiltrándose en el corazón mismo del pensamiento ilustrado. Es justo en la Ilustración y el enciclopedismo donde quedaron sentadas las bases para la creación –y en esto coinciden De Sousa y Wallerstein– de las ciencias sociales decimonónicas, que habrían de seguir uno de dos caminos: 1) o trasplantar el ideal racionalista-objetivista de las ciencias naturales a los nuevos *corpus* epistémicos o 2) encontrar un estatuto epistémico propio que legitimara una diferencia ontológica entre los reinos de la necesidad –el mundo natural– y de la libertad –el mundo social. El primero de estos caminos puso a las ciencias sociales en graves aprietos para lograr su legitimación científica, obteniendo el añorado estatus sólo al transfigurarse en “ciencias nomotéticas”, esto es, ciencias no naturales que pretendían establecer relaciones cuantitativas, relativamente constantes, sobre hechos generales, que se expresaban en un lenguaje matemático o lógicamente formalizado, usando métodos de experimentación estricta acompañados de unidades de medición, todo dentro de un sistema de variables bien delimitado (Piaget: 1973).

Una muestra de este “afán nomotético”, como le llamaremos, lo encontramos en las pretensiones científicas de la economía o de la psicología. El segundo camino exaltaba la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas, abriendo tempranos debates sobre la inconmensurabilidad entre unas y otras, incluyendo los que se produjeron entre monistas y pluralistas metodológicos en el campo de la historia o la confrontación entre las escuelas nomotética e idiográfica a finales del siglo XIX. Sin embargo, la fuerza que adquirió el positivismo lógico en las décadas siguientes, favoreció la reestructuración de algunas “ciencias del hombre” bajo parámetros de la lógica estricta y el modelo lingüístico de las ciencias naturales.

Por su parte, Boaventura de Sousa (2009) considera que la vocación científicista y nomotética del pensamiento occidental moderno –que tenía en el neopositivismo a uno de sus más fieles representantes– pudiera ser descrita como “abismal”. Se entiende por pensamiento abismal a todo aquel ejercicio racional capaz de producir distinciones y taxonomías inexistentes –abismos– en nuestra percepción sobre el mundo. De Sousa reconoce dos tipos de distinciones: las visibles y las invisibles. Las distinciones invisibles diseccionan artificialmente la realidad en una dicotomía expresada en forma de un *adentro* –lo occidental, el *nosotros*– que es radicalmente distinto del *afuera* –lo no occidental, *los otros*–. Las distinciones invisibles abren paso a las visibles, es decir, dicotomías que rigen la teoría y la praxis científica de las ciencias sociales: verdadero/falso, racional/irracional, idéntico/diferente, superior/inferior, avanzado/atrasado, civilizado/bárbaro, desarrollado/subdesarrollado, etcétera. Todas estas dicotomías representan los universos de *este y del otro lado de la línea* (Boaventura, 2009: 160), identificando a la ciencia y al derecho como las disciplinas que, por antonomasia, fueron gestoras de este tipo de pensamiento, imprimiéndole una forma universal y necesaria a las percepciones y valoraciones humanas. Otros autores han designado lo que De Sousa llamó el “pensamiento abismal” con conceptos diferentes, pero siempre aludiendo a la misma lógica de racionalización, por ejemplo el “universalismo europeo” (Wallerstein, 2007) o la “geografía mental” (Said, 2008). En el meollo de la cuestión se encontraba la acusación a las ciencias sociales de ser eurocéntricas y de generar categorías rígidas, dicotomías inexistentes o distinciones esencialistas.

El declive del “pensamiento abismal”

Boaventura de Sousa (2009) considera que el derrumbamiento del paradigma cartesiano-newtoniano que dio cimiento a las ciencias de la naturaleza, ya habría iniciado con la aparición de las teorías de la relatividad y de la mecánica cuántica. La teoría de la relatividad socavó la posibilidad de sistemas de referencia absolutos, mientras que la mecánica cuántica impuso el *principio de incertidumbre* dentro de cualquier sistema de observación, donde “no es posible observar un objeto sin interferir en él, sin alterarlo, y a tal punto que el objeto que sale de un proceso de medición no es el mismo que entró en ella” (De Sousa, 2009: 32). Por su parte, Wallerstein alude al resquebrajamiento del paradigma liberal entre los años 1945 y 1968, a consecuencia de diversos procesos de descolonización en Asia y África, de la polarización por la Guerra Fría, al crecimiento inusitado de las periferias y, finalmente, a la incapacidad del propio sistema-mundo para sostener niveles óptimos de acumulación de capital por el aumento creciente de los costos de producción, tanto de personal, de insumos, como de impuestos (Wallerstein, 2008: 73). Esto impactó la configuración de las ciencias sociales del sistema-mundo debido a, por lo menos, cinco razones: 1) la expansión del sistema universitario norteamericano y del idioma inglés como la lengua “dominante” para el intercambio académico; 2) la multiplicación de los científicos sociales en el resto del mundo y de sus posiciones divergentes con respecto a las provenientes de los centros; 3) la inversión de las prioridades científicas –economistas, politólogos y sociólogos, que estudiaban realidades nacionales, debieron encarar el estudio de las economías, estados y sociedades del mundo no paneuropeo, al tiempo que los antropólogos retornaban a los centros para estudiar realidades urbanas y étnicas¹⁰; 4) una hibridación de las disciplinas con el fin de abarcar territorios epistémicos supuestamente “originales”; y 5) la aceptación de la incertidumbre y el desorden como características inherentes a los sistemas naturales y, por extensión, a los sistemas sociales.

El revisionismo sobre la génesis de las ciencias sociales, realizado por Immanuel Wallerstein y por Boaventura de Sousa, involucra a nuestro parecer un triple propósito: 1) amalgamar el origen y servilismo de las ciencias sociales a la empresa liberal-positivista del

¹⁰ A este respecto, escribe Boaventura de Sousa: “Y de repente los salvajes fueron vistos dentro de nosotros, en nuestras sociedades” (De Sousa, 2009: 51)

siglo XIX, a la que ambos autores supusieron en franca decadencia; 2) evidenciar la función cumplida por las disciplinas sociales decimonónicas (sociología, politología, economía, historia y antropología), flanqueadas por las ciencias fácticas y las ciencias jurídicas, en la normalización y legitimación de múltiples maneras de explotación humana y material, separando, en el imaginario paneuropeo, a las naciones centrales de las naciones periféricas y 3) proporcionar una justificación a lo que Wallerstein y De Sousa consideran la crisis de las ciencias sociales actuales, como expresión del agotamiento del paradigma de la economía-mundo capitalista a finales del siglo XX, así como la necesidad de una reestructuración integral de las mismas.

2.4. LAS POSTURAS NOMOTÉTICAS DENTRO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Como hemos mencionado, en los albores del siglo XX algunas de las ciencias sociales más influyentes abrazaron el modelo nomotético que había reelaborado el neopositivismo del Círculo de Viena. Esta variante de positivismo se había desarrollado entre los años 20's y 30's en torno a la figura del filósofo vienés Moritz Schlick, que convocó a científicos, matemáticos y filósofos como Rudolf Carnap, Otto Neurath, Herbert Feigl, Edgar Zilsel, Friedrich Weissmann, Victor Kraft, Karl Menger, Hans Hahn y Kurt Gödel. En lo general, los integrantes de este grupo impulsaban formas de “unificación de la ciencia” mediante la creación de un lenguaje lógico perfecto, liberado de toda ambigüedad y contradicción. Ellos conjeturaban que un lenguaje depurado de toda retórica innecesaria así como de otros elementos considerados “metafísicos” (Ayer, 1981: 16) conseguiría: 1) combatir la incorregibilidad de los enunciados científicos, causada por los usos lingüísticos privados; 2) procurar la “fiscalización” de las ciencias naturales y sociales, esto es, su reestructuración teórica siguiendo el modelo explicativo desarrollado por la física, como lo hicieron Rudolf Carnap en la psicología y Otto Neurath en la sociología; 3) sostener controles rigurosos de verificación de los enunciados observacionales y empíricos; y 4) clarificar los conceptos usados, saneando el lenguaje científico de todo recurso literario y discursivo que condujera a la ambigüedad y a la polisemia.

En este sentido, las ciencias sociales fraguaron muchas de las representaciones y taxonomías del mundo que propagó la modernidad europea en los últimos ciento cincuenta años. Con la aparición de un fenómeno como la globalización, que no se circunscribía ni a sus conceptos ni a sus formas científicas de clasificación o análisis, y que además alentaba el uso de recursos literarios más que de categorías depuradas, daba la impresión de que estas ciencias llegaban a su límite explicativo, más allá del cual sus teorías comenzaban a perder validez. Uno de sus retos más urgentes consistía en transformar la globalización en una categoría de análisis de amplio espectro, con un significado lo suficientemente preciso para fungir de sustento empírico a otras investigaciones, pero lo suficientemente abstracto como para extenderse a gran variedad de experiencias históricas (Fazio Vengoa, 2002: x). Lo más importante era no recurrir a más metáforas dentro de los estudios de la globalización para determinar sus características y sus consecuencias.

Sabemos que el saneamiento lingüístico o la clarificación conceptual, con el fin de dotar de mayor precisión científica a las investigaciones sociales, no era una pretensión nueva. En su momento, el filósofo Rudolf Carnap (1969) consideró indispensable distinguir entre dos modos de concebir el lenguaje dentro de las proposiciones científicas, sin importar si se trataba de disciplinas naturales o sociales: un modo material y un modo formal. El modo material hacía referencia a los usos ordinarios del lenguaje, donde las palabras evocaban entidades materiales no observables, correspondientes a cosas en el mundo real. En este sentido, la palabra “globalización” evocaría un fenómeno económico, social o político que acontece alrededor del mundo, provocando la circulación de las materias y el flujo incesante de las comunicaciones. Carnap consideraba que este modo de hablar catapultaba la imaginación al encuentro con entidades extralingüísticas que hacían circular metáforas y otros recursos acientíficos en los vocabularios teóricos. Para evitar esta ambigüedad, Carnap proponía un modo científicamente correcto de hablar, el formal, en el que toda palabra dentro de una proposición tendría que ver únicamente con los signos lingüísticos a los que ella se relacionaba sintáctica y semánticamente. Concebida de este modo, la “globalización” sólo sería un término presente en determinadas oraciones que, a su vez, se interconectarían a un sistema de enunciados más amplio, lógicamente estructurado, formando los corpus epistémicos que hoy denominamos “Economía”, “Política”, “Antropología”, “Derecho”, “Geografía”, “Historia”, “Sociología” o “Relaciones Internacionales”. Antes de continuar, reparemos en el hecho de que los

anteriormente mencionados son los principales corpus a los que incansablemente se acusó de propagar el eurocentrismo o el *universalismo europeo* (Wallerstein, 2008).

Los lenguajes negativos y la aspiración científica

La búsqueda de la claridad epistémica y metodológica con el pretexto de alcanzar la objetividad y el rigor científico, bien podría pensarse como una estrategia de la misma racionalidad abismal paneuropea que operó, desde el nacimiento mismo de las ciencias sociales, formas cada vez más rígidas de lo que podríamos llamar “imposiciones lingüísticas”. Por ejemplo, algunos críticos del neopositivismo, como el físico Gastón Bachelard o el filósofo Karl R. Popper, reaccionaron contra la postura científicista del “verificacionismo” y la formalización lingüística del Círculo de Viena, que desdeñaba los contextos históricos, trayectorias de vida o preferencias ideológicas de quienes generaban el conocimiento científico, pasando por alto que la producción de la ciencia también se veía influenciada por diversos factores al interior de las instituciones sociales y no siempre de índole científica (Melucci 2001:41). Sin embargo, la objetividad con que se investía al neopositivismo funcionaba como un poderoso “argumento para obligar” (Maturana, 1997: 22) a la aceptación y el trasplante de los modelos científicos de Occidente, que hacían pasar prescripciones como si fueran descripciones, e imposición epistémica como racionalidad. En franca oposición al positivismo de su época, Nietzsche (2006) escribió que los hechos no existían en realidad, sino sólo interpretaciones sobre ellos. Así, la diversidad de interpretaciones sobre la globalización parecía seguir este precepto y rechazar el ideal de univocidad lingüística del neopositivismo, llevando la literatura de la globalización a una marcada polisemia.

La irrupción de lenguajes metafóricos o negativos como los denominaba el filósofo Luis Villoro (1960), más allá del campo literario al que naturalmente se circunscribían, evidenciaba la incapacidad del pensamiento racional para captar realidades complejas, por ejemplo, aquellas que querían expresarse con imágenes como “aldea global”, “sociedad-red”, “mercado global”, “la galaxia internet”, “sociedad civil mundial” o “ciudadanía global”. Si bien la proliferación de metáforas sembraba dudas sobre el tipo de conocimiento que éstas generaban, su uso no recibió la reprobación de todas las disciplinas sociales por igual. El sociólogo de la religión Leonildo

Silveira (2000: 22) sugiere que las metáforas sobreabundaron ante la carencia de conceptos, y terminaron imponiéndose por la falta de teorías capaces de describir “hechos nuevos”, así como otras anomalías del mundo social.

No eran pocos los intelectuales que habían sugerido que la naturaleza misma del lenguaje científico era la causante de la sobreproducción de metáforas (Camus, 1997), ante su incapacidad intrínseca para lidiar con lo que Octávio Ianni (2006) llamaba la “opacidad de lo real”. Dicha opacidad parecía estar constituida por universos simbólicos y humanos que no tenían expresión nomotética clara, es decir, que no se podían estudiar desde el mero dato cuantitativo. Néstor García Canclini (2005: 11) señaló que la naturaleza de la globalización por lo general se perfilaba en base a diversos datos que arrojaban los cambios socioeconómicos que se presentaban a escala mundial, a pesar de que el fenómeno requería también de una mayor comprensión desde la perspectiva socio-antropológica, a veces mucho más que de la económico-política, lo que hacía a veces indispensable –para bien o para mal– el uso de metáforas y otros recursos del lenguaje.

2.5. LA GLOBALIZACIÓN Y EL IMPERIALISMO LINGÜÍSTICO

Independientemente de si era posible limpiar el lenguaje de la ciencia social de todos los usos metafóricos, el antropólogo Renato Ortiz (2009) nos provee de elementos para reconstruir otros controles sobre el lenguaje de la globalización que siguieron un curso distinto al de la normatividad lógica, es decir, un camino de carácter más idiomático que axiomático, que podemos reconocer como “imperialismo lingüístico”. El concepto de imperialismo lingüístico, acuñado por Robert Phillipson a principios de la década de 1990, describía el posicionamiento del inglés como lengua global a final de siglo, favoreciendo intercambios desiguales entre las lenguas y provocar, incluso, la “glotofagia” de algunas de ellas. Se entiende que el predominio geográfico de una lengua natural sobre otras se debe a muy diversos factores que irían desde su simplicidad sintáctico-gramatical hasta su imposición forzada. El mundo occidental, por ejemplo, había hecho portadoras a algunas sus lenguas de los más altos valores de la cultura: el griego, el latín, el francés y el alemán se fueron sucediendo como lenguas predilectas de la

ciencia, la medicina y la filosofía. La cristalización de un lenguaje para los intercambios estandarizados de la época actual llevó a pensar que ese lugar habría sido ocupado ya por la lengua inglesa (Crystal, 2006; Phillipson, 2011), y que fenómenos como la globalización se declinaban preponderantemente en inglés (Ortiz, 2009: 11).

Por mucho tiempo, la supremacía del inglés sobre otros idiomas estuvo asociada al colonialismo. El historiador económico, Niall Ferguson (2006), sostiene que “cuando los británicos gobernaban un país –incluso cuando sólo ejercían su influencia sobre el gobierno mostrando su poderío financiero y militar–, había ciertos rasgos distintivos de su propia sociedad que tendían a difundir” (2006: 30). En la lista presentada Ferguson se encuentran citados, por supuesto, el Estado, el protestantismo, la banca, el derecho y los deportes, así como otros elementos de la cultura nacional británica. Sin embargo, llama la atención que el primer rasgo que Ferguson cita es la lengua inglesa. Consideraciones como la anterior dieron pie a interminables debates sobre: 1) el papel que jugaba un lenguaje predominante, como el inglés, en la desaparición de lenguas originarias o con un número relativamente pequeño de hablantes; 2) las consecuencias de la irrupción del inglés en una gran cantidad de campos del conocimiento y de la actividad humana que no podían pensarse como originalmente anglófonos, tales como la informática, el tráfico aéreo o el intercambio entre empresas multinacionales; 3) la defensa contra la destrucción de simbolismos albergados en las lenguas nacionales por la incorporación de “anglicismos” y de modelajes provenientes de la industria cultural de los países anglosajones, principalmente, de los Estados Unidos; y 4) la exclusión de los circuitos de la actividad científica mundiales de aquellas ciencias sociales que se resistían a aceptar el inglés como la lengua predominante.

El inglés, lengua global

Desde principios del siglo XX, lingüistas como Charles K. Ogden propusieron versiones básicas del inglés –*Basic English*–, depurando este idioma de reglas gramaticales y palabras redundantes, lo que entrañaba la aspiración a convertirla en lengua mundial. Pero fue el final de la Segunda Guerra Mundial lo que marcó el ascenso del inglés –y, en menor medida, del francés– como la lengua predominante en el concierto de las ciencias sociales internacionales

(Wallerstein 1999; Ammon, 2010). Otros idiomas, como el alemán y el italiano, las lenguas de los países que habían sido derrotados en la guerra, sufrieron el veto y la marginación, mientras que el inglés y el francés encontraron amplia difusión para la transmisión de modos de vida a la “americana” o a la “europea”, lo que permitió que la lengua inglesa se pensara como la lengua de la dominación y del poder, sobre todo, por el acceso a recursos y a conocimientos que abría para sus hablantes. Ulrich Ammon (2010) estima que el empoderamiento del inglés como “idioma hegemónico” se vio beneficiado por una serie de factores combinados, entre los que se encontraban

... mayores recursos para la investigación y para el desarrollo de bases de datos bibliográficos e índices de citas; la abolición de los requerimientos de lenguas extranjeras en las universidades de Estados Unidos (...) y los efectos de halo como el crecimiento del prestigio académico del idioma inglés (2010: 159).

En relativamente poco tiempo, el inglés se convirtió en la lengua de las transacciones económicas, políticas, científicas, sociales o culturales, es decir, en la *vulgata* de la globalización (Ianni, 2006). Otros especialistas (Phillipson, 2011: 114) consideraron al inglés como un campo minado, producido por constantes y desordenadas reinveniones de los lingüistas, pero que en el fondo sólo disfrazaban la imposición ideológica y la instauración de un “neo-imperialismo” a través de él. Las causas de su hegemonía siguieron multiplicándose y fueron desde “la existencia de Inglaterra como potencia colonizadora, el papel económico de los Estados Unidos en el siglo XX, la presencia de las corporaciones multinacionales, las transformaciones tecnológicas (...), el peso de una industria cultural marcada por su origen norteamericano” (Ortiz, 2004b: 36). La difusión del inglés –que algunos lingüistas comparaban con la del latín de hace dos mil años (Crystal, 2005)– podía considerarse como una expresión más de las relaciones de fuerza entre un pueblo que domina y otro que es dominado. No se trataba únicamente del inglés como hecho lingüístico, sino del inglés como espacio lingüístico virgen, una *terra nullius* (Phillipson: 2011) que condenaba a la incomunicación al hablante no anglófono y, en el terreno de la ciencia, obstaculizaba su avance “al no tomar en cuenta el potencial cognitivo de otros idiomas” (Ammon, 2010:160). Esta rápida expansión del inglés en el mundo académico, particularmente en las ciencias sociales, tenía sentido si se le interpretaba como imposición lingüística, del mismo modo que, en su momento, lo fue la formalización del

lenguaje científico que propugnaba el neopositivismo, ambas, las manifestaciones de un poder hegemónico ejercido sobre y a través del lenguaje.

2.6. LA GLOBALIZACIÓN COMO DISCURSO DE PODER

Entre las múltiples maneras de estudiar la globalización, la económica habría predominado sobre el resto por su sistematicidad y, aparentemente, por su irrefutabilidad científica (Yeung, 2002; Pieterse, 2006). Resulta interesante destacar que muchos discursos que pretendieron definirla como “totalidad” habían provenído, más bien, de la teoría social o de los estudios culturales. Además, el tipo de meticulosidad de informes como los del Banco Mundial o del índice *KOF* respondía sobre todo a la necesidad de conocer el funcionamiento estructural y cuantitativo de la globalización, viéndose incapaces de determinar las consecuencias humanas que suscitaba su operación. Por más que la transnacionalización económica se manifestara como una reorganización de las fronteras nacionales, teóricos como Anthony Giddens (2000) o Daniel Mato, dudaron que la complejidad de la globalización pudiera estudiarse atendiendo sólo a su dimensión económica. La contundencia de las cifras y los cálculos económicos no era suficiente para desterrar otras dimensiones de la globalización, tales como la política y la socio-cultural, a pesar de que cada una de ellas tendía a concebir la globalización desde criterios particulares e inconexos. A esto se agregaron las múltiples maneras de imaginar la globalización, capaces de pulverizar los intereses de los investigadores. Néstor García Canclini (2005) sugería considerar en los análisis globalizaciones “circulares” y “tangenciales”. Las circulares eran aquéllas concebidas por los expertos para aprehender el fenómeno en su totalidad. La mayoría de la gente, en cambio, sólo era capaz de imaginar la globalización “tangencialmente”, es decir, sólo desde aquel segmento de sus vidas que era trastocado por la globalización.

Bajo ninguna circunstancia, las globalizaciones circulares estuvieron promovidas por un afán descriptivista desinteresado. Los sociólogos Alfred Schutz y Thomas Luckmann (2003) señalaron con precisión cómo las distribuciones de conocimiento socialmente útil eran un factor de concentración de poder alrededor de unas élites, donde los grupos de expertos –

científicos naturales y sociales, por supuesto–, fungían como los “catalizadores institucionales” que posibilitaban la monopolización de dicho poder (Schutz y Luckmann, 2003: 299). Por su parte, el sociólogo Manuel Castells (2009: 23) reconoció que el sostenimiento del poder en la sociedad contemporánea o “sociedad-red”, como él la denominó, estaba vinculado al dominio que las instituciones sociales mantenían sobre la comunicación y la información que se producía. Como la información generada excedía las capacidades de control y de planificación humanas –hecho del que fue muy consciente el economista austríaco Friedrich Hayek (2007)–, para fines de depuración del creciente universo epistémico, y particularmente desde la Modernidad, se formaron:

...especialistas dedicados a esta función en todas las sociedades, excepto en las más simples. Expertos particularmente entrenados asumen la función censora, de canonización, de sistematización y pedagógica (Berger y Luckmann, 1997: 37).

El filósofo empirista inglés, Francis Bacon, expresaría la relación entre las élites político-económicas y aquellas otras que producían conocimiento científico de una forma simple: *scientia potentia est* (“conocimiento es poder”). La creencia generalizada acerca de que la globalización desbordaba los análisis de las ciencias sociales contemporáneas tuvo dos consecuencias directas sobre sus procedimientos que debemos mencionar: primera, pensar la globalización como un hecho distinto a la mera expansión del eurocentrismo alrededor del mundo, ya que si, como se decía, ésta franqueaba las fronteras nacionales, resultaba inevitable la confrontación entre el pensamiento global y los valores particularistas que habían cimentado la cultura occidental y que fueron propagados por las ciencias sociales; y la segunda, evidenciar el carácter más ideológico que científico de la matriz eurocéntrica de estas ciencias, que les conducía a prácticas comunes de imposición de sus itinerarios, sus discursos y sus objetivos. En otras palabras, estamos frente a un tipo de imposición lingüística distinto a la formalización científica o al encumbramiento del inglés: la imposición político-ideológica de conceptos.

Atendamos a lo siguiente: una gran cantidad de estudios socioeconómicos, que mencionaban la “globalización” explícitamente, aparecieron a principios de la década de 1990. Más allá de los acontecimientos históricos que habrían contribuido a este aumento literario –la caída del Muro de Berlín, el derrumbe de la Unión Soviética y de las economías de los países miembros del Pacto de Varsovia, las reacciones a favor y en contra del neoliberalismo, la

transnacionalización de actividades comerciales o culturales, la innovación tecnológica aplicada a la información, a la comunicación y al militarismo, etcétera–, enfoques sociológicos, como los de Immanuel Wallerstein o William I. Robinson, atribuían el ascenso de los escritos sobre globalización al agotamiento del paradigma orquestado por la teoría de la modernización de los años cuarentas y cincuentas, así como de su eje rector, el concepto de desarrollo. La transición entre la teoría del desarrollo y la teoría de la globalización, así como de las consecuencias económicas, políticas y sociales en América Latina de la primera, nos ayudará a entender la forma que adquiere la segunda en los discursos económicos, políticos y sociales recientes.

2.7. CONCLUSIONES

Las ciencias sociales nacieron eurocéntricas y su itinerario siempre demostró la exigencia de salvaguardar la integridad de los estados nacionales, pues ellos eran parte de su propia génesis. Hablar de la globalización implicaba considerar cómo las ciencias sociales coadyuvaron a fortalecer su pasado liberal con una vocación nomotética, es decir, como una forma de rigor científico y como un “argumento para obligar” a su aceptación irrestricta. El perfeccionamiento del pensamiento abismal por la consolidación de la ciencia económica, la ciencia política y la sociología, flanqueadas por las ciencias naturales y el derecho como disciplinas justificadoras de órdenes universales, conllevaron diversos modos de imposición lingüística, que fueron claros en la gestación y en la maduración de las ciencias sociales paneuropeas: 1) la exigencia de cierta estructura lógico-científica para los discursos como garantía de objetividad; y 2) la imposición del idioma inglés como “lengua franca” para estudiar la globalización y reglamentar los procesos de transferencia de conocimientos entre las ciencias sociales mundiales. Hay una tercera forma de imposición, que llegó a cobrar matices más dramáticos que las anteriores, pues ésta siguió un largo trayecto a través de teorización de un concepto que antecedió al de la globalización como prioridad analítica, el desarrollo.

CAPÍTULO 3

EL TRÁNSITO DE LA MODERNIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN

3.1. INTRODUCCIÓN

Sabemos que la globalización se encumbró como gran tópico de las ciencias sociales mundiales luego del aparente ocaso del “desarrollo” como categoría de análisis económico. No sólo Wallerstein y Robinson se percataron de los cambios que sufría el concepto de desarrollo en su tránsito a la globalización. Diversos teóricos sociales, como George Ritzer (2002), también certificaron que el surgimiento de las teorías de la globalización se habría debido a una serie de reacciones al interior de la teoría social contra el arcaísmo de la teoría de la modernización, impulsada principalmente desde los Estados Unidos (Ritzer y Ryan, 2002: 54).

Las teorías del desarrollo prosperaron así en un mundo que se estaba recuperando de profundas crisis económicas, políticas y sociales, como fueron los casos de la Gran Depresión de 1929 o la Segunda Guerra Mundial, que terminaron marcando el ascenso de los Estados Unidos como la nación que se erigía como la potencia hegemónica del planeta, en reemplazo de la Gran Bretaña. No hay duda de que las medidas financieras, impuestas por el gobierno norteamericano a las naciones europeas al finalizar la Segunda Guerra Mundial, giraban en torno al préstamo de ayuda económica para reconstrucción de sus devastadas economías, sobre todo a través del tipo de acuerdos globales de control monetario como los suscritos en el Plan Marshall de 1947. Años antes, con la puesta en marcha del experimental proyecto del *New Deal* a mediados de los años treinta –con sus medidas contracíclicas para contener los efectos de la crisis de 1929– y, posteriormente, con la firma de los acuerdos de Bretton Woods en 1944, ya se había iniciado el proceso de reestructuración económica mundial, que tuvo como uno de sus momentos significativos la creación de dos organismos económicos internacionales que, entre 1944 y 1945, fueron los encargados de implantar políticas económicas desde la perspectiva de desarrollo mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM).

Tanto el Banco Mundial como el Fondo Monetario Internacional habían sido concebidos como mecanismos para asistir y vigilar el establecimiento de un orden económico, financiero y comercial estable, mediante la cooperación monetaria y la asistencia técnica, con el fin de revertir la desigualdad y la pobreza que aquejaba a diversas regiones del globo. Otro de los propósitos de estos organismos era operar la transición de las endeblas y sobreprotegidas economías locales a economías liberales, abiertas a una mentalidad capitalista. Andreu Viola (2000) subraya cómo la evidencia histórica demuestra que los proyectos para responder a los dos objetivos centrales del desarrollo simultáneamente, derivaron en sonoros fracasos, debido a que los procesos de modernización, puestos en marcha en regiones periféricas durante el último medio siglo, habían extendido la pobreza y la marginación en lugar de contenerlas (2000: 11). De esta manera, la incapacidad para reproducir las experiencias europeas y norteamericana de progreso, recrudeció las suspicacias que los investigadores sociales de esas zonas marginales ya tenían sobre el concepto de desarrollo.

3. 2. MODERNIZACIÓN, GLOBALIZACIÓN E IDEOLOGÍA

Al igual que el concepto de globalización, el concepto de desarrollo ponía de manifiesto una fuerte carga semántica e ideológica, que resultaba adecuada para hacer pasar la experiencia histórica de un continente como si ésta constituyera el centro del mundo e imponer así un mito organizativo sobre la concepción “unilineal” de la evolución humana, a través de la cual –y de manera natural– deberían transitar los pueblos destinados a no quedar al margen de la historia (Wolf, 1993). El problema consistía en que la historia que servía de modelo –tal como lo denunciarán connotados críticos del eurocentrismo como Aníbal Quijano, Pablo González Casanova, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Samir Amín o Eric Wolf– no era otra que la historia de Occidente. El reconocimiento histórico dependía, pues, de un criterio estrictamente paneuropeo desde el cual se validaba arbitrariamente la continuidad sociocultural de un pueblo con respecto al proyecto hegemónico de la modernidad europea.

En muchos sentidos, la teoría del desarrollo de mediados del siglo XX, propuesta por la contemporánea teoría de la modernización, guardaba gran correspondencia con el relato sobre

el progreso racional de la humanidad en que se habrían inspirado las filosofías de la historia desde la Ilustración hasta el romanticismo, un relato que versaba sobre la “virtud moral” de los pueblos vencedores y de sus potencias racionales para conducir a la especie humana hacia un camino de “progreso” y “orden”. Eric R. Wolf (1993) deja entrever que la imposición de esta narrativa de *éxito moral* habría equiparado, engañosamente, el poderío europeo con la portación legítima de determinados valores universales, como los de verdad o de justicia, tanto que podríamos decir que “si la historia no es más que el efecto de un propósito moral en el tiempo, entonces aquellos que se convierten en defensores de ese propósito se vuelven automáticamente agentes predilectos de la historia” (Wolf, 1993: 18). Esto abrió la puerta para los estudios sobre el “carácter moral” del concepto de desarrollo, que estaba en el centro de la teoría de la modernización de la segunda posguerra.

Immanuel Wallerstein insistía que los conceptos de las ciencias sociales eran modas pasajeras, que duraban una o dos décadas cuanto mucho. Como excepción que confirma la regla, el concepto de “desarrollo” habría tenido una vida mucho más larga que eso, pues muy pronto se volvió la moneda corriente en los análisis económicos paneuropeos después de 1945, para seguir utilizándose aún en nuestros días. Con su aparición, se pretendía denunciar la debilidad estructural y la ineficacia de las instituciones políticas, económicas y sociales de los países del “tercer mundo” –según la taxonomía de Alfred Sauvy–, incluyendo a todas aquellas regiones consideradas periféricas dentro de la economía-mundo capitalista. Para Wallerstein (2006), la teoría de la modernización, de la que provenía el concepto de desarrollo, había resuelto de una manera extrañamente positiva a la cuestión sobre si los pueblos “no occidentales” podían tener historia. Sin embargo, dicha historicidad sólo demostraba el estancamiento de estos pueblos en fases del progreso que Occidente ya había superado con éxito y, dado este atraso, podía afirmarse categóricamente que los occidentales y los no occidentales no eran del todo semejantes (Wallerstein, 2006a: 44). Esta desigualdad se deslizó hasta entreverarse al concepto contemporáneo de desarrollo, cuyas primeras formulaciones sólo referían al fortalecimiento de las estructuras económicas y políticas de los estados.

La anterior definición de desarrollo no permaneció incólume. A comienzos de La década de 1980, el Banco Mundial modificó el concepto que utilizaba en sus informes y que, desde entonces, dejaría de aludir tan sólo al crecimiento económico nacional para incorporar la idea de una participación activa en el mercado mundial (Robinson, 2002: 1057). Piensa

Robinson que una década bastó para que la redefinición del desarrollo se integrara a las políticas de liberalización hacia el exterior y que muchos países realizarán en los años noventas— y para que los efectos de esta nueva “teoría transnacional del desarrollo” fueran por todos conocidos: 1) Articulación de los mercados mundiales ante el florecimiento de actividades económicas ligadas a la acumulación global, 2) la contracción de los mercados domésticos, 3) el abaratamiento del trabajo a causa de la reducción del gasto social y, por último, 4) una mezcla de programas de austeridad con privatizaciones de empresas públicas no estratégicas consideradas improductivas.

El concepto de desarrollo

En el contexto de adopción forzada o sugerida de políticas económicas, más de setenta países del mundo implementaron programas de ajuste aconsejados por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en un número que superó los 560 programas entre 1978 y 1992, según afirma Robinson. Dicha implementación exigía, en su primera fase, que los gobiernos introdujeran paquetes fiscales, monetarios y de intercambio comercial dentro de sus economías, bajo la solemne promesa de que alcanzarían con ello estabilidad macroeconómica. La segunda fase contenía los elementos de ajuste estructural característicos del pensamiento económico propuesto por la Escuela de Chicago, es decir, la “santísima trinidad” del neoliberalismo, según la expresión de Naomi Klein (2007): privatización de empresas públicas y de rubros improductivos en control del Estado; desregulación del comercio y las finanzas con amplia apertura hacia los mercados externos, y disminución del gasto social con la desaparición escalonada de programas de subsidio.

La implantación exitosa de ambas fases parecía incluir —según algunos expertos provenientes de la economía política, como Robert Reich, o de las escuelas de negocios como Kenichi Ohmae— el debilitamiento de los estados como “intermediarios” en la atracción de flujos de capital hacia los territorios, así como su pronta desaparición debido al desgarramiento masivo de sus fronteras, por la mecánica misma de los mercados globales (Ohmae, 1997: 19). ¿Era la limitación de las lecturas basadas en el paradigma del Estado-nación lo que hizo entrar en crisis a la teoría de la modernización? ¿Sucumbió el concepto de desarrollo ante las discontinuidades intrínsecas a su propia definición? ¿Y por qué, si la crisis parecía tan

acentuada, se seguía hablando insistentemente de “desarrollo” y de “teorías del desarrollo” en libros especializados o en informes de organismos internacionales durante los años siguientes?

El Informe de Desarrollo Mundial, que anualmente presenta el Banco Mundial, puede ser un ejemplo de sumo interés por la manera en que conceptualiza el desarrollo en tiempos recientes. En su edición de 2009, titulado *Una nueva geografía económica*, se plantea el desarrollo a partir de la identificación de “tres escalas geográficas” que deben ser atendidas diferenciadamente: la zona, el país y la región (Banco Mundial, 2009: 3-6). El informe proporciona una solución para cada escala geográfica que habrá de contribuir como incentivo a su desarrollo. Así, la posibilidad de que una *zona* –por ejemplo, una ciudad– se desarrolle dependerá de su capacidad para urbanizarse. En lo que respecta a un *país*, el desarrollo territorial estará ligado a la transformación de sus zonas rurales en zonas urbanas prósperas o en la incorporación de las primeras a las segundas. Por último, el desarrollo de una *región* se concretará cuando los países se integren, esto es, cuando los menos desarrollados de una región “se acerquen” a los más desarrollados. Desde distintas latitudes, el informe recibió un caudal críticas. Algunas de las más airadas reclamaban que el informe confundía el concepto de desarrollo con el de crecimiento (Montory, 2009: 15-16). Sin embargo, la idea general era congruente con la inercia que transformó el concepto en los ochentas, donde “desarrollarse” era equivalente a “integrarse”. Ya a finales de la década de 1990, el concepto de desarrollo, como sinónimo de liberalización e integración económica, empezó a cobrar nuevos matices. La edición del *Informe de Desarrollo Mundial 1999-2000* enfatizaba la importancia que tenían las estructuras nacionales y subnacionales en la implantación de nuevas directrices de desarrollo para consolidar una “estrategia global”, capaz de asociar los distintos órdenes de gobierno, la sociedad civil y el sector privado, tanto nacional como internacional (Banco Mundial, 2003: 3). ¿Era la idea de desarrollo propuesta por el Banco Mundial una reformulación de la vieja actitud asimilacionista de los centros hegemónicos sobre las periferias subdesarrolladas? El sociólogo Immanuel Wallerstein descubre la contradicción en los debates de la modernización dirigidos a las periferias por parte de estos organismos económicos internacionales, al revelarnos sobre el concepto de desarrollo que: 1) la idea fue articulada en el siglo XIX dentro de la agenda política de las ciencias sociales, en especial de las que coadyuvaban a consolidar la categoría madre de las teorías del desarrollo –el Estado-nación– en los últimos ciento cincuenta años y 2)

que esa idea entrañaba la imposición de un cierto tipo de modelo económico que resultaba muy conveniente al impulso histórico de los pueblos europeos a expandirse.

Este impulso no era nuevo en la historia de Occidente, ni comenzó sólo después de la Revolución francesa. Según Wallerstein, ya subyacía una idea de desarrollo de esta naturaleza en la racionalidad instrumental que sostuvo buena parte de la empresa evangelizadora de la monarquía española en América, entre los siglos XVI y XVII. Además, esta racionalidad poseía características similares a las de las empresas colonialistas europeas en África y Asia durante el siglo XIX, o a la que encabezó Estados Unidos después de 1945, impulsando la idea del desarrollo, la democracia y los derechos humanos (Wallerstein, 2007: 44). La imposición de la experiencia histórica norteamericana como modelo de desarrollo fraguó lo que, a todas luces, parecía un error monumental: considerar que una misma receta de modernización se podría aplicar a experiencias históricas tan disímbolas, como aquellas que había en la ex Unión Soviética o en aquellos países de África recién independizados en la década de 1960 (Fazio Vengoa, 2002: xii).

3.3. DESARROLLO, GLOBALIZACIÓN Y CAPITALISMO TRANSNACIONAL

Robinson (2002) sugirió que en el trasfondo de la teoría de la modernización yacía oculto un proyecto hegemónico para erradicar brotes de “precapitalismo” que obstaculizaban la expansión del sistema capitalista a nivel mundial. Sin embargo, la fuerza que impulsaba a la teoría de la modernización entre los años cincuenta –después de los acuerdos de Bretton Woods, la creación del Banco Mundial en 1944, la creación del Fondo Monetario Internacional en 1945 o la firma del Plan Marshall para la reconstrucción europea en 1947– decayó a lo largo de las tres décadas siguientes, para entrar en un *impasse* conceptual y teórico durante los años ochentas del siglo XX. Esto se debió, principalmente, a su incapacidad para anticipar el tipo de cambios sociales que se estaban gestando en esas décadas. Robinson (2002: 1048) argumenta que el estancamiento se agravó cuando la globalización, como nuevo objeto de las ciencias sociales contemporáneas, desbordó los marcos conceptuales usados habitualmente para los análisis macrosociales acerca de un mundo pre-globalizado. En sus etapas iniciales durante los

cincuentas, las teorías de la modernización surgidas en los núcleos académicos de Europa y, particularmente, los Estados Unidos, mantuvieron una agenda simultáneamente académica y política.

Al igual que Wallerstein, también Robinson llegó a la conclusión de que aquello que las teorías de la modernización llamaban “desarrollo” no era más que un modelaje occidental basado en la consolidación de una economía y una sociedad capitalistas. Robinson supone, además, que el cambio en el clima político de los países “subdesarrollados” –debido a conflictos civiles, procesos de descolonización, la expansión del pensamiento socialista, dictaduras burocrático-militares, etcétera– terminó por sepultar a esas primeras teorías de la modernización, pues quedaron expuestas las relaciones de poder que habían entre los grandes capitales europeos y norteamericano con las élites políticas corruptas de los países periféricos (Robinson, 2002: 1048). Así, durante las décadas de 1960 y 1970, diversos enfoques teóricos apostaron por un revisionismo de las teorías del desarrollo que se habían impuesto desde el mundo paneuropeo. Bajo este contexto, nació la “teoría de la dependencia” en Latinoamérica – como prolongación teórica del desarrollismo impulsado por Raúl Prebisch y la CEPAL– y la teoría de “sistemas-mundo” de Immanuel Wallerstein –con la influencia teórica de Karl Marx y Fernand Braudel–, ambas situándose en una posición crítica contra la teoría de la modernización. A su manera, cada una de estas teorías denunciaba que el subdesarrollo de las periferias era consecuencia directa del desarrollo de los centros. Ambos enfoques se volvieron referencia obligada para leer la teoría del desarrollo entre las décadas de 1970 y 1980, a pesar de las críticas a sus limitaciones teórico-metodológicas o a su tendencia a ofrecer explicaciones teleológicas de un “rígido estructuralismo” (Robinson, 2002: 1049). Posteriormente, otras propuestas sobre el desarrollo aparecieron con suertes muy dispares como, por ejemplo, la teoría de la “Nueva división internacional del trabajo” de Folker Fröbel, a finales de los setentas; la teoría “Bringing the state back in” (BSBI) con Theda Skocpol como principal exponente, entrada la década de 1980, y la “Teoría sobre cadenas de bienes globales” (Global commodity chains theory), de la década de 1990.

Siguiendo la argumentación de Robinson, el próximo paso habría de consistir en el surgimiento de un discurso capaz de reconocer que “la globalización, como proceso histórico, representaba cualitativamente una nueva etapa en la evolución del sistema mundo capitalista” (2002: 1060). El núcleo de la globalización se encontraba en dos circunstancias históricas que

habían confluído y que se integraron casi por completo al final del siglo XX (Robinson, 1998). Por una parte, la culminación de un largo proceso de expansión del modo de producción capitalista alrededor del mundo, reemplazando formas de producción precapitalistas mediante programas de modernización. Por la otra, la conversión de los múltiples tratados internacionales de intercambio –de capital y de bienes– en un solo mercado transnacionalmente integrado, donde la globalización no era más que el capitalismo superando su etapa nacional y convirtiéndose en capitalismo transnacional. (Robinson, 1998: 563).

La idea de capitalismo transnacional

William Robinson (1996) rechazó la posibilidad de domesticar o democratizar la fase transnacional del capitalismo de finales del siglo XX, dado que la dinámica histórica que condujo hasta ella implicó una cierta idea de “guerra mundial”, una guerra de la riqueza global en manos de una minoría poderosa contra las mayorías desposeídas y marginadas en el mundo. Esta “empresa bélica” se fue fortaleciendo durante las cuatro décadas posteriores a 1945 y quedó disimulada por la guerra fría y el conflicto Oriente-Occidente. Asegura Robinson, que durante esos cuarenta años, un grupo de actores hegemónicos llevaron a cabo un plan que consistía en: 1) el desarrollo de nuevas tecnologías militares y civiles, 2) la reconfiguración de la división internacional del trabajo en el mundo capitalista y 3) la construcción de una maquinaria financiera capaz de sostener el flujo de capital transnacional desde los centros hacia las periferias.

Robinson sostiene que estos cambios apuntalaron la segunda “gran transformación” del capitalismo. Si la consolidación del capitalismo de los mercados nacionales en el siglo XIX fue la “gran transformación” descrita por Karl Polanyi, la segunda transformación consolidaba la fase transnacional de éste a finales del siglo XX. Igual que la primera transformación, también la segunda estaba generando incontables críticas sobre los daños colaterales del capitalismo salvaje, provocando el fortalecimiento de las diferencias domésticas, que tendían a convertirse en diferencias globales (Pieterse, 2002: 1024). Si la omnipresencia de la globalización, que se decía estaba orientada hacia la extrapolación de la política más allá del marco categorial del Estado nacional, y que desafiaba sus mecanismos de control político, económico y social, condujo finalmente a la era del globalismo, donde el mercado podía reducir a las demás esferas

de la vida social a su dimensión económica (Beck, 2008), resulta natural pensar que el discurso de la globalidad y del neoliberalismo habrían de encontrar formas de coexistencia en torno a un cierto “imperialismo económico”, en el que las empresas transnacionales impondrían sus condiciones de operación para incrementar sus beneficios (Beck, 2008: 32). Sin embargo, Beck sobrepasa las expectativas de Robinson al proponer que el globalismo tendría que devenir inevitablemente en lo que él denomina “globalidad”, es decir, la conciencia de que se está arribando a una sociedad mundial, originada por procesos que entremezclan con éxito formas económicas, políticas y culturales que van desfronterizando el mundo, y que dan fin a la ilusión de vivir en espacios cerrados.

Como era de esperarse, hubo reacciones entre aquellos que buscaban regresar al Estado a la palestra de los grandes intereses académicos, como Theda Skocpol (2002) y su “Bringing the State Back In” (BSBI). Estas posturas sometieron a fuertes críticas a todas aquellas teorías sociales o sociológicas que, como las de Giddens o Beck, anticipaban la reproducción global de formas de cosmopolitismo o supranacionalismo.

3.4. LATINOAMÉRICA Y EL DESARROLLO COMO “DESARROLLISMO”

La discusión generada en los países periféricos en torno a formas o modelos alternativos de desarrollo de aquellos que difundían las teorías de la modernización desde los Estados Unidos, tuvo en sus inicios un alcance más bien local o regional. Fue en el tránsito de la década de los cincuentas a los sesentas cuando estas reflexiones se consolidaron como un pensamiento de vanguardia encabezado por Latinoamérica, donde se formularon las primeras tesis contestatarias al “pensamiento social” norteamericano y a la hegemonía de su sistema de valores culturales, reacción que fue emulada en otras regiones de la periferia, como lo consigna el sociólogo brasileño Theotonio Dos Santos (2002). Las voces latinoamericanas denunciaban, además, que la narrativa decimonónica sobre la existencia de pueblos civilizados y pueblos bárbaros se habría trasplantado de manera casi íntegra en el siglo XX, al discurso de la distinción imaginaria entre un Occidente avanzado y un Oriente atrasado. Además, esas voces eran cada vez más críticas de la identificación que las élites criollas latinoamericanas habían

hecho de sí mismas con la condición desventajosa de Oriente. Theotonio Dos Santos señala que “esta percepción derrotista asume también la forma de localizar a América Latina en un polo negativo de la dicotomía entre moderno y arcaico, urbano y rural, entre progreso y atraso” (2002: 61). La dicotomía civilizado/bárbaro, que estaba en la base de la noción positivista de “progreso” de finales del siglo XIX –y de la que también se abrevó en América Latina, particularmente en México y en Brasil–, comenzó a ser revisada hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando la industrialización empezaba a volverse el nuevo paradigma del desarrollo regional.

Si nos amparamos en la lógica del “pensamiento abismal” esbozado por Boaventura de Sousa, inferiríamos que la sola posibilidad del desarrollo tendría que crear una nueva dicotomía: desarrollo/subdesarrollo. Dos Santos supone que la noción de subdesarrollo no sólo describió, sino que ayudó a perpetuar condiciones económicas, sociales, políticas y culturales desventajosas, mezclándose de manera negativa, envueltas en dilemas raciales y poscoloniales no resueltos (Dos Santos, 2002: 63). De ese modo, el discurso del subdesarrollo se encadenó con el discurso del desarrollo en la forma de una aceptación acrítica de los modelos de industrialización, como los iniciados en los años veinte y treinta del siglo pasado. El politólogo francés, Alain Rouquié, aseguró que esta etapa de industrialización progresó de manera gradual, transitando de lo simple a lo complejo, comenzando con los bienes de consumo y continuando con los bienes intermedios para, finalmente, impulsar la industria pesada por iniciativa “voluntarista” del Estado (Rouquié, 1994: 306). Así fue como América Latina se embarcó en una aventura industrialista, patrocinada una parte por capitales extranjeros y otra por los “bancos de desarrollo” –como Nafinsa, en México, o el BNDES, en Brasil–, creados por el Estado para precipitar el crecimiento interno (Arès, 2007; Hermann, 2010). Independientemente de las intenciones que movieron a los estados a la industrialización y de sus mecanismos de financiamiento, no había razones de peso para suponer que las economías superarían su vulnerabilidad a los cambios políticos, económicos o militares del mundo desarrollado en un corto plazo. Algunos teóricos de la dependencia, como Ruy Mauro Marini (1974: 56), insistieron en que los proyectos de industrialización latinoamericanos nunca llegaron a consolidar unas economías industriales fuertes que, a la larga, logran producir cambios significativos en los índices de desarrollo nacional de los países de la región.

La industrialización trunca latinoamericana

Sabemos que la industrialización, como política de desarrollo, comenzó a proliferar en el mundo después de 1945. Al término de la Segunda Guerra Mundial, no sólo en Europa habían arrancado reformas estructurales para combatir las crisis de posguerra, posibilitar la reconstrucción de infraestructuras de comunicación y transporte, fomentar el empleo, reducir la pobreza y generar crecimiento interno. También en las economías vinculadas con las europeas y la estadounidense –caso de las economías sudamericanas– se hizo urgente la instauración de políticas económicas radicales durante las tres décadas posteriores a la guerra. En ese periodo llamado de “desarrollismo” se produjo, como una de sus estrategias más persuasivas para generar crecimiento regional, un proceso acelerado de industrialización dirigida por el Estado, mejor conocido como industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Esta estrategia se caracterizó por promover transformaciones sociales y económicas que habrían de conducir a una mayor integración de los mercados nacionales, implementándose, para ello, mecanismos de incentivación fiscal y laboral por parte de los gobiernos, principalmente de las economías grandes y medianas, que se industrializarían internamente, pero sin desalentar las exportaciones del sector primario, derivando, en muchos casos, en modelos mixtos de desarrollo (Cárdenas, Ocampo y Thorp, 2003). Sin embargo, las consecuencias de la industrialización resultaban ser visiblemente negativas al mediano y largo plazo: superinflación, endeudamiento externo y un sector industrial poco competitivo.

Fernando Fajnzylber (1988) señaló que, a diferencia de países como Japón, que se industrializaron en una atmósfera de proteccionismo medido –encabezado por élites nacionales que mantenían una estrecha participación en las políticas económicas del Estado y bajo las cuales se operó la reestructuración de su sector industrial, girando alrededor de áreas que prometían gran expansión futura (del acero, del refinamiento de petróleo, petroquímica, electrónica, etcétera)–, el tipo de proteccionismo que se adoptó en América Latina intentaba reproducir, en cambio, el tipo de industrialización de los países desarrollados en Occidente “a pequeña escala” y sin contar con la infraestructura material ni con la visión empresarial que pudieran arrancar proyectos a futuro, lo que incluía una inadecuada lectura de su propia situación local. Además, dos hechos importantes antecedieron al proceso de “industrialización trunca” de América Latina, como lo denomina Fajnzylber, que vale la pena recordar. En primer

lugar, la creación de organismos de apoyo y consejería en materia de políticas públicas para el desarrollo económico con una tendencia estructuralista y proteccionista: la *Comisión Económica para América Latina* (CEPAL) y el *Centro de Estudios Monetarios para América Latina* (CEMLA). La CEPAL, fundada en 1948 bajo el auspicio de la ONU, tuvo su sede en Chile. El CEMLA, en cambio, se asentó en México en 1952 como parte de un proyecto iniciado en la Segunda Reunión de Técnicos de la Banca Central del Continente Americano. El CEMLA ofrecía una alternativa a la idea de desarrollo que impulsaba la CEPAL, y que era más acorde a la realidad histórica de México, que mostraba “tempranos perfiles nacionalistas y estatales con una mejor aceptación de los enfoques liberales y monetaristas” (Gujardo, 2007a: 167-168). Ambos organismos recomendaban, con acentos distintos, el fortalecimiento del mercado interno, en base a un determinado nivel de proteccionismo económico, condición necesaria para inaugurar el proceso de industrialización de los países latinoamericanos.

Por otra parte, hubo en un corto periodo de tiempo –de 1920 a 1950– la fundación de la mayoría de los bancos centrales en Latinoamérica, ya creados *ex profeso* para funcionar como tales o como producto de la reestructuración operativa de bancos nacionales, existentes desde la segunda mitad del siglo XIX, y que terminaron asumiendo las funciones de una banca central. La escalada de fundaciones se dio de la manera siguiente: Perú (1922), Colombia (1923), Uruguay (1924), México (1925), Chile (1926), Guatemala (1926), Ecuador (1927), Bolivia (1928), El Salvador (1934), Argentina (1935), Paraguay (1936), Costa Rica (1937), Venezuela (1940), Nicaragua (1941), República Dominicana (1947), Cuba (1948) y Honduras (1950). Las excepciones son Brasil, que instituyó su banco central durante la dictadura militar (1965), y Panamá, que hasta la fecha sigue careciendo de banco central, aunque su Banco Nacional ha adquirido algunas funciones propias de los bancos centrales. La creación de este tipo de instituciones tendía a ser ampliamente recompensada, al garantizar la recepción de créditos accesibles e inversión extranjera, pagando el precio de permitir la injerencia externa en la adopción de modelos de desarrollo regional. Tanto el proteccionismo, defendido por la CEPAL, como la tendencia a asumir el modelaje paneuropeo de la banca central, parecieron reafirmar las dos características que consideramos *sui generis* de la identidad latinoamericana, que se transmitían también a su endeble estructura institucional política, social y económica: una extraña mezcla de entreguismo acrítico a lo extranjero, compensado con brotes desmesurados de nacionalismo y proteccionismo contra toda influencia del exterior. Esto

parecía una reminiscencia de un pensamiento “tropicalista” que analizaremos con mayor detenimiento en el cuarto capítulo de nuestra investigación.

Hacia un desarrollo condicionado

Los principales teóricos de la dependencia, como Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos o Vania Bambirra, emitieron críticas agudas a la extrema susceptibilidad de la política económica latinoamericana a albergar y reproducir modelos de modernización estadounidenses, a veces sugeridos por organismos de gran arraigo latinoamericano como la CEPAL, o avalados por instituciones económicas de influencia global, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo o el Eximbank, incluyendo instituciones privadas de carácter altruista, como la Rockefeller Foundation o la Ford Foundation. Como lo señala Guillermo Guajardo (2007a), estas críticas constantemente perdieron de vista el contexto en que se estaban produciendo los cambios económicos globales que servían de marco a la industrialización latinoamericana, es decir, un mundo polarizado por la Guerra Fría. Agregamos a lo anterior, una creciente “paranoia” en la política de Estado norteamericana, ocasionada por el avance –real o imaginario– del comunismo en la región, sobre todo con posterioridad a la Revolución Cubana de 1959.

El politólogo argentino Daniel Kerner (2003) sugiere que el entorno de cooperación entre Estados Unidos y Latinoamérica se fortaleció con la implementación de un gran proyecto auspiciado por la presidencia de John F. Kennedy en 1961, y “en cuyo marco se debían enviar a la región 20 000 millones de dólares en ayuda extranjera en un plazo de 10 años, de los cuales la mayor parte provenía del Gobierno de los Estados Unidos” (Kerner, 2003: 90). Algunos leyeron esto como el preludio de una época más próspera para el diálogo y la asistencia técnica regional. Apenas tres años antes, un proyecto parecido –la “Operación Pan-América”–, propuesto por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek a su similar norteamericano, Dwight D. Eisenhower, había sido olímpicamente despreciado por el gobierno de Washington (Parker, 1993: 15). Las noticias de la Revolución Cubana y el recrudecimiento de la Guerra Fría a finales de la década de 1950 y principio de la de 1960, lograron sumar el apoyo suficiente para poner en marcha la iniciativa de Kennedy para América Latina, denominada “Alianza para el

Progreso”. Sin embargo, la muerte de John F. Kennedy en 1963, se conjugó con la caótica y voluble política de Estado norteamericana, para engendrar reacciones más bien hostiles de la “gran potencia” hacia el exterior, impulsando una agenda más militar que comercial sobre Latinoamérica. A ello le siguió el abandono de la política de apoyo a los gobiernos reformistas latinoamericanos (Rivas, 2010: 120). Como respuesta, también el discurso de organismos como la CEPAL contra el intervencionismo norteamericano empezó a radicalizarse en la década de 1960, en especial, con la aparición de la “teoría de la dependencia”, que interpretaba el subdesarrollo de las periferias como un efecto del desarrollo de los centros y acusaba, al final de esa década conflictiva, que la industrialización sustitutiva había provocado indeseables procesos de desnacionalización y “sucursalización” de la industria latinoamericana (Kerner, 2003: 92).

Es durante esa atmósfera de polarización ideológica cuando comienzan a manifestarse los efectos negativos del cruce entre el discurso del desarrollo con otro aún más radical: el discurso de la seguridad nacional. A este respecto, el caso de la dictadura militar brasileña fue seguramente el más paradigmático que se observó en América Latina.

3.5. EL DESARROLLO EN LA DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL

La doctrina de la seguridad nacional es uno de los más claros ejemplos de “pensamiento abismal” paneuropeo de la segunda mitad del siglo XX. El sociólogo francés Armand Matterlart afirma que

...desde Corea del Sur a Indonesia, de Pakistán a Filipinas, pasando por el Irán de Sha, Guatemala, El Salvador o los países del Cono Sur de Latinoamérica, todos estos regímenes bajo la férula de las fuerzas armadas, han bebido, durante la guerra fría, en las fuentes de la doctrina de la seguridad nacional para legitimarse (2009: 87).

Orquestada desde la presidencia del norteamericano Harry S. Truman, la ideología de seguridad nacional nació y evolucionó rápidamente casi al terminar la Segunda Guerra

Mundial. Ya desde finales de la década de los cuarentas, esta ideología se presentaba como un discurso de supremacía moral –norteamericano primero; británico y francés, después– que pretendía cumplir tres objetivos básicos. En primer lugar, la difusión de una diferencia geopolítica irreconciliable entre “amigos” y “enemigos” del mundo libre, aparte de la exaltación de una forma de vida que, supuestamente, logró prevalecer ante la amenaza del totalitarismo alemán e italiano. A la exacerbación de la postura anticomunista y antisoviética habían coadyuvado las obras de connotados liberales, como Friedrich Hayek, Ludwig von Mises, Karl Popper, Ludwig Erhard, Bertrand de Jouvenel o Milton Friedman, quienes abonaron suficientes elementos de prueba para establecer la proximidad genealógica entre el nacionalsocialismo –y, por supuesto, el fascismo– con otras formas de pensamiento colectivista, como el socialismo o el comunismo (Hayek, 2007). Se entendía que estas últimas eran formas contrarias a una “sociedad abierta”, racional y autorregulada (Popper: 1989).

El segundo objetivo se dirigía a condicionar la cooperación norteamericana a la implementación forzada a los “países amigos” de estrictos controles gubernamentales, que les permitiera palear aquellos “grandes desequilibrios socioeconómicos que se perciben como factores susceptibles de abrirle paso al ‘comunismo mundial’” (Mattelart, 2009: 84). De este modo, el tema de la seguridad nacional derivó inevitablemente en el discurso sobre el desarrollo regional. Ya durante la década de los cuarentas y cincuentas, los Estados Unidos habían utilizado sistemáticamente cuantiosos recursos económicos y de planeación para promover cambios sociales, tanto en Europa como en zonas denominadas “emergentes”. Éstas últimas, en muchos casos producto de procesos de descolonización que derivaron en el reconocimiento de nuevos países independientes, representaban, en el entorno de la guerra fría, un potencial foco de expansión del comunismo ruso y chino (Latham: 2000: 26).

La ideología de la modernización

La modernización, entendida como ideología, articuló una maquinaria de intervención social en las periferias que se fue consolidando entre las presidencias norteamericanas de Truman, Eisenhower y Kennedy. Esta ideología involucraba la puesta en marcha de un monumental proyecto sociológico y politológico inspirado en las ideas de organización

jerárquica, estratificación y “control social” que proponía el funcionalismo de los años treinta, una teoría que encontró solvencia como política de Estado con los trabajos del sociólogo Daniel Lerner durante los años cincuentas (Lantham, 2000). No puede desestimarse la participación de otros autores en esta gran empresa, como el economista Walt Rostow y su teoría de las etapas de crecimiento, o los sociólogos Paul F. Lazarsfeld y Harold Lasswell, ambos reconocidos estudiosos de la propaganda y la comunicación de masas después de la década de 1940. La teoría de la modernización, que se impulsó en forma de una “teoría social unificada”, unía la narrativa anticomunista con los tradicionales discursos sobre el tránsito de los pueblos tradicionales a la modernidad –occidentalizada, por supuesto, circunscrita a las sociedades de consumo– y del gran peligro de un retroceso debido a la nociva influencia “premoderna” del comunismo, cuya expansión hacía necesaria y legítima la creación de campañas de propaganda y de “guerra psicológica” contra todo modo de vida o estructura social opuestos al liberalismo económico.

En cuanto al tercer objetivo, Armand Matterlart (2009) sostiene que la retórica sobre la defensa de la libertad en el “nuevo evangelio” de la seguridad nacional, catapultó la creación de un grupo de organismos e instituciones dedicados a la formación de élites militares de vanguardia y a servir de matriz productora de una agresiva ideología anticomunista que, para funcionar, debía desplegar “un vasto dispositivo institucional que vincula a civiles con militares” (2009: 69). El discurso de seguridad nacional justificaba el combate frontal contra el comunismo o la subversión regional por cualquier medio disponible –militar, económico, político, ideológico o psicológico– a la vez que incitaba a las organizaciones militares a convertirse en agentes de modernización, así como en fuerzas legítimas de reconstrucción nacional (Matterlart, 2009: 88). Según Comblin (1979), la propuesta de que las clases militares se transformaran en constructoras de naciones, una idea que se gestó en las teorías sociológicas funcionalistas de Lucian W. Pye, Edward Shils, Edwin Lieuwen o John J. Johnson, y que sugería que el paso del subdesarrollo al desarrollo era posible precipitando transformaciones radicales en los sectores económico, político, tecnológico y social, a partir de un proceso que introduciría la industria, la democracia y, finalmente, el cambio social y el desarrollo en fases sucesivas (1979: 101).

¿Por qué tenían que ser las fuerzas armadas las que llevaran a cabo este proceso de modernización y no algún otro agente gubernamental o civil? Ensayemos tres posibles

respuestas, que estamos seguros se complementarán entre sí: 1) porque la guerra adquirió en el siglo XX una modalidad del todo más técnica, científica e industrial que otras actividades humanas, volviendo a los ejércitos en “empresas” complejas y centralizadas y, a los militares, en agentes portadores de una función empresarial (Comblin, 1979: 101); 2) porque el modelo de “empresa”, que había ganado sofisticación a mediados del siglo XIX con la implantación de modelos militares de organización, indicaba que la militarización de la sociedad civil era, no sólo viable, sino también algo en extremo funcional, como lo había demostrado la estructura piramidal que las grandes burocracias habían copiado, casi a calca, de los ejércitos (Sennett, 2007: 22); y 3) porque entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, las fuerzas armadas se habían convertido en “emblemas de progreso tecnológico y de modernidad” (Rouquié, 1997: 284). Todo esto pudo conducir a que las élites militares consideraran, como algo natural, ejercer ellas mismas la dirección de una sociedad civil que operaba con similares principios de racionalización que los ejércitos, haciendo de la monopolización del poder, so pretexto de emprender cruzadas modernizadoras, uno de los rasgos distintivos de la ideología de seguridad nacional adoptada por muchas dictaduras militares, como las que surgieron en América Latina durante los sesentas y setentas del siglo XX.

La doctrina de la seguridad nacional como “destino manifiesto”

Como era de esperarse, la ideología de la seguridad nacional comenzó a materializarse primero en los Estados Unidos, con la implantación del Strategic Air Command estadounidense en 1946 –factor crucial para el empoderamiento aéreo o “American Air Power”– y con la creación del Pentágono en 1947. Estados Unidos comenzó una rápida expansión militar intercontinental legitimada por la recién promulgada *National Security Act*, que tenía como prioridad la convergencia de los objetivos de la política interior con los de la política exterior (Mattelart, 2009: 70). La conformación de una red estratégica de servicios de inteligencia militar y de espionaje derivó en la creación de tres nuevas instituciones: la National Security Council (NSC), la Central Intelligence Agency (CIA), ambas fundadas en 1947, y la National Security Agency (NSA), creada en 1952. Finalmente, los servicios de administración militar – los departamentos de Guerra y Marina– se fusionarían para crear el Departamento de Defensa,

también en 1947. Todos estos organismos fueron piezas de un ajedrez denominado “doctrina de la seguridad nacional”, que moldeará la geopolítica global durante los siguientes treinta años.

Estudiosos de la seguridad nacional, como Joseph Comblin, estimaron que esta doctrina, encabezada por el gobierno de los Estados Unidos, sólo era parte de una estrategia de mayor envergadura, una “guerra total” que se libraba contra el comunismo desde cuatro frentes interconectados: “el económico –clave del binomio ‘seguridad-desarrollo’– el psico-social (incluida aquí la religión), el político y el militar” (Calvo, 1979: 35-36). Una cuestión que cruzaba de manera trasversal todos los frentes era el estrechamiento de vínculos ideológicos entre las élites militares norteamericanas y sus similares extranjeras, principalmente a través de asistencias regulares a programas de “actualización” y seminarios dentro de las instalaciones norteamericanas que, en menos de una década, se habían multiplicado por todo el mundo.

Una mención aparte debería tener el recién creado US National War College (1946), un instituto de instrucción y propaganda oficial, hospedado en Fort Lesley J. McNair, Washington, que servirá de modelo para otras instalaciones semejantes, como la Escola Superior de Guerra (ESG) de Brasil, fundada por Cordeiro de Fariás en 1949 para formar castas militares con un reforzado *esprit de corps* (Ramírez, 2012: 259). Según nos explica Comblin (1979), había ciertos antecedentes históricos en los militares brasileños que los hacía susceptibles de aceptar la ideología de seguridad nacional norteamericana: 1) una herencia industrialista devenida del positivismo de finales del siglo XIX y 2) un par de intentos de golpe de Estado, entre 1935 y 1938, orquestados por movimientos comunistas. Así, el industrialismo y el anticomunismo ya existentes, incorporados a una ideología de la superioridad de los gobiernos militares sobre los civiles para impulsar el desarrollo, provocará que la milicia brasileña le imprima a la doctrina de la seguridad nacional un sello peculiar, en torno a la idea del “destino manifiesto” de Brasil como potencia mundial, discurso que proliferará durante el periodo de dictadura militar entre 1964 y 1984.

3.6. DEL MODELO DESARROLLO-SEGURIDAD A LA SOCIEDAD GLOBAL

En el caso de Brasil, la ideología de la seguridad nacional –que los militares brasileños elevaron al grado de “doctrina”– cobrará matices extremos a los inicialmente proyectados por el gobierno de Washington. Se sumará a la exigencia de contención del comunismo y al posicionamiento del ejército como agente de modernización –entiéndase occidentalización– la necesidad de construir la “nación” bajo la guía y protectorado militares, estableciéndose una nueva relación entre las fuerzas armadas y la sociedad civil, papel que en los Estados Unidos nunca le correspondió realizar al ejército. En Brasil, la función asignada a la Escola Superior de Guerra –que marcó la verdadera diferencia con respecto al National War College norteamericano– era no sólo velar por los asuntos de preparación bélica, sino también llevar a cabo la formación de elites “para la solución de los problemas del país en tiempos de paz” (Mattelart, 2009: 93). Pero incluso antes del golpe de Estado, ya había tierra fértil para la proliferación de estas ideas con la puesta en marcha, desde 1961, de algunos centros de investigación social que eran, en realidad, instrumentos para la desestabilización del gobierno del entonces presidente João Goulart, como el *Instituto Brasileiro de Ação Democrática* (IBAD) o el *Instituto de Pesquisas Econômicas e Sociais* (IPÊS), apoyados por el ejército brasileño y patrocinados, tanto por las élites oligárquicas, como por el propio gobierno estadounidense (Ramírez, 2007, 2012).

En este entorno intelectual, las ideas sobre seguridad nacional del General Golbery do Couto e Silva encontraron su madurez y viabilidad como política de gobierno, sintetizadas en su obra *Geopolítica do Brasil* de 1967 que se constituyó, además, como uno de los pilares del proyecto de supremacía regional, eco del “destino manifiesto” estadounidense, llamando a Brasil a establecerse como el gran poder hegemónico al sur del continente (Galeano, 2004: 333). Esta función “sub-imperialista” del gobierno militar brasileño, como la denomina Eduardo Galeano, estableció una política de Estado que, sin oposición ni contrapesos jurídicos o legislativos, llegó a legitimarse sólo porque invadía el imaginario militar con un discurso que resultaba en extremo persuasivo: que detrás de la defensa de Brasil contra los embates del comunismo y el subdesarrollo se encontraba la defensa misma de la civilización occidental. Para esta élite militar en el poder, neutralizar la gran amenaza comunista significaba poder movilizar recursos nacionales –tanto materiales como espirituales– y dirigirlos a una lucha sin tregua contra el enemigo global, siendo fieles a una mentalidad de corte industrialista. Otras dictaduras militares en Sudamérica, como la chilena o la argentina, nunca pudieron alcanzar el

grado de sofisticación ideológica a la que se llegó en Brasil, a pesar de los intentos de reformas económicas emprendidos por sus élites militares y las tecnocracias que les servían —por ejemplo, los *Chicago Boys* chilenos durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990)—, pero que simplemente carecían de una vocación industrialista (Guajardo, 2001). En el caso brasileño, la doctrina de seguridad nacional se tradujo en un proyecto de “reeducación cívica”, que buscaba exaltar el espíritu de la nación a través de agresivas campañas mediáticas y de propagandismo nacionalista, dirigidas a derribar el obstáculo de una mayoría poblacional escéptica al modelo de desarrollo propuesto por la dictadura y que operaba discrecionalmente en favor de las élites. Sostiene Armand Mattelart (2009: 98) que estas campañas de furor nacional carecían del apoyo que brindaban las “organizaciones de base”, piezas clave para poder enganchar esos discursos a las expectativas de las mayorías, que nunca dejaron de sentirse excluidas de los beneficios que prometía el proyecto industrialista militar. Como bien lo señala Fernando Henrique Cardoso (1985), por lo general este tipo de dictaduras tendía hacia un autoritarismo altamente institucionalizado, despersonalizado y burocratizado que, a diferencia de los regímenes totalitarios en Italia o Alemania, gustaba de reprimir la participación y la movilización ciudadana, generando así más apatía que aclamación.

El pensamiento de lo global: entre el consumismo y la ciudadanía

Pudiera resultar algo extraño que la doctrina de seguridad nacional dispensara tantos recursos en borrar la línea que dividía las estructuras militares de las civiles. No lo era tanto si consideramos que ello permitió el grado necesario de militarización de la sociedad civil para borrar otra línea de mayor importancia: la que separaba el tiempo de paz del tiempo de guerra (Mattelart, 2009: 95). El derrumbamiento de esta escisión sirvió de pretexto para que la dictadura brasileña impusiera una política más agresiva y de mayor competencia con respecto a los otros países del subcontinente. Eduardo Galeano (2004) ha resaltado cómo la relación conflictiva entre Brasil y sus vecinos se agravó con el papel interpretado por el primero como administrador de los intereses norteamericanos en la región. En este mismo sentido, Leonel I. Almeida (2002) sostiene que el pago por el alineamiento estratégico de Brasil con los Estados

Unidos y que, según Golbery de Couto e Silva, colocaría al país sudamericano en una posición de “negociación leal” y entre iguales con la potencia del norte, exacerbó la rivalidad entre los vecinos de la “cuenca de la Plata” –principalmente, entre Brasil y Argentina– por la irrevocable decisión de la dictadura brasileña a expandir su zona de influencia regional, creyendo cumplir así con “su supuesto derecho a un ‘destino manifiesto’ en el Atlántico Sur” (Almeida, 2002: 298). La política militar hacia el interior resultó, por otra parte, algo más que paradójica desde 1968. Con la entrada en vigor del decreto de ley denominado *Acto Institucional* No. 5 –o simplemente AI-5– del gobierno militar de Arthur da Costa e Silva, se legalizaron una serie de restricciones a los derechos y las libertades de los ciudadanos brasileños, otorgándole a las fuerzas armadas “carta abierta” para la supresión de cualquier resabio de comunismo en el país, esto como parte de la estrategia de defensa que se inscribía en la doctrina de seguridad nacional. En el marco de esta reforma constitucional, la AI-5 convertía a todos los individuos en responsables de la seguridad nacional y, al mismo tiempo, los consideraba potenciales agentes de subversión. Esta política de vigilancia y de sospecha contrastaba con la vocación industrialista y desarrollista de la milicia brasileña, que impulsaba animosamente la formación de un mercado interno, hambriento de nuevos consumidores.

La solución aparente para hacer confluir ambas tendencias –propaganda de Estado; publicidad para consumo– se encontraba en la creación de una novedosa y seductora industria cultural –en especial, la empresa televisiva¹¹– que, apoyada por la misma dictadura militar, conducía sin pretenderlo a una paradoja dentro de la cual quedaba atrapado el ciudadano brasileño común y corriente: éste tenía que ser un buen consumidor –lo que aumentaba su tendencia a la desmesura y su sensación de libertad para elegir– a la vez que quedaba conminado a ser un objeto de frecuente “reeducación cívica” –lo que profundizaba su condicionamiento al ideario de la seguridad nacional y radicalizaba los mecanismos gubernamentales de control y vigilancia sobre su persona. Esta posición dual y contradictoria de buen-consumidor/buen-ciudadano, que ha sido descrita con profundidad por diversos autores (Ortiz, 1998; Mattelart, 2009), empezó a desmoronar el edificio construido desde la ideología de la modernización que exaltaba la idea de lo nacional y que, de pronto, quedó

¹¹ Un hecho significativo a este respecto fue la apertura en 1965 de una de las cadenas de televisión más importantes de Iberoamérica, la *Rede Globo*. Aunque la concesión de este canal se había hecho en 1957, durante el gobierno populista de Juscelino Kubitschek, fue con el apoyo de la dictadura militar como se pudo materializar este proyecto televisivo.

opacada por las formas alternativas de consumo y por la atracción de los grandes auditorios a las experiencias visuales y auditivas provenientes de los medios de comunicación masiva, creadores de espectáculos virtuales –como lo era la industria de la telenovela–, modeladores de una imagen de lo brasileño que tenía como su gran cualidad poder insertar el imaginario colectivo en la fantasía seductora de una sociedad global.

Sobre la propagación mundial de este producto televisivo, Renato Ortiz añade que, en sus comienzos, las limitaciones técnicas habían imposibilitado la cobertura de la señal de televisión en las principales ciudades, pero que una vez superado este escollo, ejemplos de expresión local o regional, como eran las telenovelas, se habían convertido en verdaderos símbolos de identidad nacional (Ortiz, 2004b: 66). Surge de pronto una toma de conciencia masiva que, si bien fue exacerbada por la aspiración al consumo de finales de los setentas y comienzos de los ochentas, logró concretar posteriormente, al interior de las ciencias sociales brasileñas, una serie de discusiones sobre la redefinición de la categoría de lo nacional como unidad de análisis. El repudio al concepto de lo nacional que había sido usufructuado por la dictadura militar, además del surgimiento de nuevos actores sociales, como sindicatos, movimientos sociales y partidos de trabajadores, empezaron a consolidar un ambiente de crítica a la retórica militar y sus conceptos de desarrollo. Dos grandes consecuencias de estos debates sobre lo nacional fueron: 1) un distanciamiento de las ciencias sociales brasileñas de teorías que estaban en boga o que tenían un fuerte acento latinoamericano, como la “teoría de la dependencia”, y 2) una renovación terminológica que intentaba escapar a la “centralidad de la categoría de nación” (Ortiz, 1998: xv). Con esto, el pensamiento crítico brasileño parecía ser el primero en Latinoamérica en abandonar la teoría de la modernización para iniciar un acelerado camino por las teorías de la globalización y de la sociedad global.

3.7. CONCLUSIONES

Las ciencias sociales paneuropeas, y en especial, las norteamericanas, se erigieron como las grandes productoras de mitos organizativos, a través de los cuales, fueron impuestos modelos de civilización, progreso y modernización en las regiones periféricas, operando o

sugiriendo reformas que incidieron en la historia de América Latina. Estas ciencias jugaron un papel principal en el tránsito de la modernización a la globalización, mediante la transformación de conceptos, como el desarrollo, en políticas económicas de orden global e inevitable. Observamos aquí cómo el modelaje, que aconsejaron organismos internacionales, como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, ambos, surgidos de los acuerdos de Bretton Woods en 1944, llegó a Latinoamérica de maneras disímboles, tanto como un proyecto de industrialización que como estrategia de pacificación y erradicación del comunismo, que llevaron a cabo las dictaduras militares al hacer suyo el credo de la “seguridad nacional”, apoyados directa o indirectamente por actores hegemónicos. En el caso brasileño, reconocimos la sofisticación de su dictadura militar para controlar a la sociedad civil mediante estrategias de consumo y reeducación cívica, y cómo ello deriva en nuevas aspiraciones de ciertos grupos y clases sociales por superar la idea de lo nacional y orientarse hacia un pensamiento global.

CAPÍTULO 4

PERSPECTIVA REGIONAL SOBRE LA GLOBALIZACIÓN

4.1. INTRODUCCIÓN

Diversas voces críticas de la ciencia social contemporánea denunciaron que la obsesión latinoamericana que se contagió al pensamiento social de la región, que alentaba a amurallarse y establecer una suerte de “aduanas infranqueables” como estrategia proteccionista (García Canclini, 2008), había provocado el tipo de problemas que justo querían superarse mediante determinadas políticas económicas como la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Esto es: aislamiento regional, dependencia comercial y tecnológica, endeudamiento económico y desigualdad social. Néstor García Canclini (2007) aseguró que la andanada de discursos nacionalistas que aparecieron como oposición al imperialismo al finalizar la década de 1960, desconoció aquellos procesos de recambio social y cultural que se habían iniciado con la industrialización de las economías nacionales. Así, en tiempos de globalización, ese nacionalismo contestatario y poco propositivo volvía a resurgir, en especial, cuando los efectos de las políticas neoliberales se estaban confundiendo insistentemente con los efectos causados por la globalización (García Canclini, 2007a: 25), como si ambos fueran, necesariamente, expresiones del mismo fenómeno.

Como una premisa de trabajo para este capítulo, habremos de suponer que los estudios de la globalización en Latinoamérica injustificadamente tendieron a usufructuar taxonomías que obstaculizaron una apropiada interpretación del fenómeno e impidieron dotar a éstos de una mayor formalidad epistemológica en sus discursos. Esto habría sido a causa, en otros motivos, de la escisión artificiosa de los debates de la globalización en dos polos confrontados: el polo “hiperglobalista” y el polo “escéptico”, adoptándose estrictamente una distinción sugerida por Giddens a mitad de la década de 1990 (Gandarilla, 2004) –aunque hay quien la atribuye a Sigrid Arzt en una fecha posterior (Giménez, 2002)–, que realmente era más una guía que una norma, y que coincidía con los ejes discursivos que diferenciaban la primera ola

de la segunda en la teoría de la globalización (Bruff, 2005; Luke 2010). Así, en lugar de aprovechar la fecundidad de esta distinción y usarla como herramienta heurística, la investigación social latinoamericana dejó de explorar críticamente los matices que cobraba el fenómeno en la región e hizo, de la anterior distinción, una fuente de esencialización y enjuiciamiento moral, como lo intentaremos demostrar en este cuarto capítulo.

4.2 MAPAS DE LA GLOBALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

Después de la revisión que emprendimos en el capítulo primero sobre los discursos de la globalización desarrollados por las ciencias y los científicos sociales internacionales, podemos emitir algunos supuestos sobre la globalización que consideramos relevantes para efectos de este capítulo. Aquí asumiremos que:

1) la globalización no es una entidad –una cosa, un objeto–, sino un *proceso social* que se transforma en el tiempo y que es susceptible de ser modificado por la acción humana, tanto como ésta es capaz de ser modificada por dicho proceso. Los debates de la globalización son parte innegable de la globalización misma, sin que por ello pueda concluirse arbitrariamente que la globalización sea un mero discurso (ideológico o no).

2) la globalización es un proceso simultáneamente material y simbólico, y reconocer su doble naturaleza nos permite eludir interpretaciones que exaltan antinomias restrictivas, tales como lo económico vs. lo cultural. Aunque pudiéramos aceptar que los enfoques económicos de la globalización fueron –y siguen siendo– predominantes en determinados foros, negamos categóricamente que la dimensión económica haya sido capaz de explicar absolutamente el comportamiento de la globalización.

3) la globalización hace confluir elementos de diversa índole, tanto subjetivos como objetivos, es decir, universos simbólicos, creencias, ideologías e instituciones que se materializan a través de flujos de bienes y de personas, y cuya sola pretensión de análisis desbordaría cualquier categoría constrictiva con la que las ciencias sociales pudieran haber intentado comprender el fenómeno.

Dada a la polarización como creemos que fue la ciencia social de América Latina, es posible entender porque ésta obvió señalamientos de que había múltiples formas de imaginar la

globalización, así como una enorme diversidad de posiciones intermedias entre los extremos que llamamos hiperglobalista y escéptico de la globalización (Giménez, 2002, 25). Sin embargo, nosotros intentaremos demostrar que un rasgo muy característico de los debates nacionalistas producidos en el pensamiento social latinoamericano terminó traspasándose a los de la globalización, esto es, la exhortación –implícita o explícita– al rescate y fortalecimiento de las identidades, nacionales o étnicas, como medios de autodefensa contra la propagación del imperialismo y de sus efectos perniciosos. Creemos que el debate sobre la naturaleza económico-política de la globalización se dirimió en nuestra región particularmente en términos identitarios y socio-culturales, lo que evidenció de paso que existían todavía algunas cuestiones sobre la definición de la “identidad latinoamericana”, que habrían quedado históricamente inconclusas, siendo una asignatura pendiente para nuestra ciencia social. Los efectos de esta inconclusión identitaria, resucitada por los debates de la globalización de la década de 1990, eran especialmente reaccionarios a ciertas ideas que parecían trastocar las categorías del Estado nacional, tales como la globalización o el cosmopolitismo.

En cierto sentido, era lógico suponer que el cosmopolitismo en ciertos enfoques sociológicos, como la “tercera vía” de Giddens o la “modernidad reflexiva” de Beck, merecieran fuertes críticas desde diversos puntos de la periferia económica. Si consideramos la compilación de artículos coordinada por John Saxe-Fernández en 2004, titulada *Tercera vía y neoliberalismo*, vemos a autores como Jeremy Lester –en “El sentido común, la realidad y la tercera vía: la ilusión a una alternativa al neoliberalismo”–, Atilio Borón y Julio Gambina –en “La tercera vía que no fue: reflexiones sobre la experiencia argentina”–, Jeff Faux –en “La tercera vía hacia ninguna parte: las lecciones de la presidencia de Clinton”– o José Gandarilla –en “¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización?”–, esforzándose en denunciar los estragos que causaba la libre operación de los actores transnacionales hegemónicos y “cosmopolitas” que, además, había sido encubierta por un cierto discurso neo-imperialista, propagando la idea de que “nadie estaba a cargo” de la globalización, una afirmación que fue popularizada por Anthony Giddens (Gandarilla, 2004: 38) o por Thomas Friedman (Steger, 2005:20). Si atendemos a los potenciales “efectos de realidad” que, según los análisis de Yeung (2002), producen algunas de las metáforas con las que se le describe –la globalización como *fuerza exterior*, como *flujo inevitable* y como *tendencia universal*–, sugerir la idea de una globalización “sin piloto” parecía la estrategia perfecta para ocultar la intervención, el control y

la depredación que las economías más industrializadas mantenían sobre las periféricas, tal como fue denunciado por los principales teóricos de la decolonialidad en África, Asia y América Latina desde finales de la década de 1960.

Al contrario de los efectos devastadores que el pensamiento hiperglobalista atribuyó a la globalización, como el derrumbe de las soberanías nacionales o el inicio de dinámicas masivas de desfronterización o desterritorialización, la retórica en defensa del Estado-nación, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, pareció encontrarse más fortalecida que nunca (Grüner, 2002), aún cuando la versión posmoderna de la globalización se había apresurado a sepultarla desde principios de la década 1990 (García Canclini, 2002). Además, las políticas sobreproteccionistas instauradas por las grandes potencias occidentales, como respuesta al terrorismo y la radicalización de las políticas de seguridad nacional, abonaban elementos de prueba a quienes acusaban a los Estados Unidos o a Gran Bretaña de sostener un doble discurso y difundir, por una parte, la inevitabilidad y bondades de la desregulación fiscal, la integración económica y el libre comercio para el resto del mundo (Ferrer, 2002; Saxe-Fernández, 2006) y, por la otra, el establecimiento de condiciones para el intercambio y la cooperación dentro de sus fronteras cada vez más estrictas y desiguales.

Alrededor de las críticas al cosmopolitismo, la supraterritorialidad, la globalización y, en general, a otras ideas que anticipaban la superación de las fronteras nacionales o el surgimiento de nuevas formas de espacialidad, se fue sedimentando una narrativa sobre la gran conspiración urdida por los poderes fácticos transnacionales, económicos y políticos –llamados por algunos, el “imperio” (Negri, 2004) y, por otros, la “presidencia imperial” (Saxe-Fernández, 2002 y 2006) –, para reimplantar modelos poscoloniales o neo-imperialistas –tanto de desarrollo como de industrialización– en las regiones menos desarrolladas y doblegar las barreras que las naciones periféricas habían levantado para proteger sus escasos recursos naturales, mantener el control de su territorio y preservar –como tanto lo insistía V.I. Lenin (1969)– su legítimo derecho a la autodeterminación. Todos estos supuestos, la mayoría de ellos verdaderos, corrieron paralelamente a la globalización y magnificaron su papel en la erosión de las fronteras nacionales y en la integración de las economías, las culturas, las tecnologías y los gobiernos en torno a un “macrosistema” de relaciones complejas e interdependientes, lo que imponía a las ciencias sociales nuevos desafíos, así como un doble objetivo: 1) entender la nueva realidad global sin detrimento del estudio de lo nacional y 2) procurar que las

metodologías fueran, en lo posible, rigurosas en sus procedimientos y poco ideológicas en sus resultados. Hacer de la globalización una variable para explicar las transformaciones negativas que sufrieron los estados nacionales durante la década de 1990, era algo muy distinto a considerarla un factor más de dichas perturbaciones, atribuibles a la implantación de las políticas neoliberales por todo el mundo.

Globalización y paradigma

Daniel Mato (1999) sugirió que el tema de la globalización en América Latina fue objeto de “fetichización” por parte de las ciencias sociales durante la década de 1990, lo que les orillaba a adoptar una de dos posturas extremas ante ella: su demonización o su apología. Si bien esta encrucijada podría interpretarse como la reelaboración de aquel viejo “maniqueísmo” latinoamericano que Edmundo O’Gorman evidenciará en el pensamiento del criollo colonial –y que habría tenido entre sus precursores a Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria o José Enrique Rodó, con sus discursos dirigidos contra el imperialismo francés, el colonialismo español y, en especial, contra el imperialismo norteamericano, junto a la defensa de la espiritual Ariel (América Latina) del acoso del materialista Calibán (los Estados Unidos) (Guajardo, 2007b: 233)–, resultaba evidente que estos textos se habían mezclado a lo largo del siglo XX con otros elementos literarios, políticos e ideológicos, derivando en un tipo de interpretación de la globalización más “acientífica” de lo prudente, que buscó compensar su carencia teórica con dosis de “cientificidad”, especialmente al finalizar el siglo XX.

Circunscribir la globalización a formas que la hacían pendular entre el paradigma y la ideología parecía el tipo de tratamiento generalizado que a la larga distorsionó la naturaleza del fenómeno, haciéndose notorio en el abordaje apasionado y polisémico del concepto en aquellos centros punteros de la investigación social en América Latina –la *Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales* (FLACSO) o el *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales* (CLACSO)–, o por las compilaciones académicas, como *Globalización, crítica de un paradigma* de 1999, coordinada por John Saxe-Fernández, o por ciclos de conferencias organizados por organismos privados a finales de la década de 1990, como el *Centro Latinoamericano de la Globalidad* (CELAG). Sabemos que en los discursos latinoamericanos, la globalización encontró muy

diversas conceptualizaciones. A veces se le asumió como un “proceso multiseccular de expansión internacional del capitalismo” (Gandarilla, 2004: 52); otras, como el proceso mundial que precipitó “la superación progresiva de las fronteras nacionales en el marco del mercado mundial” (Marini: 2008: 247) y, algunas más, como la etapa superior de “la división internacional del trabajo, caracterizada por una mayor interacción e interdependencia de los factores y actores que intervienen en el proceso del desarrollo mundial” (Romero y Vera, 2009: 433). Sin embargo, todas ellas suponían poder pensar la globalización como aquel tipo de fenómeno histórico capaz de expandirse e intensificarse progresivamente por cuestiones económicamente mesurables. Aunque en muchas ocasiones los discursos latinoamericanos, a diferencia de los de las ciencias sociales del mundo, caían en un marcado “panfletarismo”, creemos que esto los llevó a revestirlos con un aspecto de cientificidad, capaz de competir con el andamiaje cuantitativo de sus equivalentes internacionales. Creemos que ésta pudiera ser la razón por la que el concepto “paradigma” se volvió un invitado tan frecuente en los análisis latinoamericanos, y con el que se quería dotar a sus discursos de una legitimidad teórica de la que muy seguramente carecían.

El concepto de paradigma

Antes de intentar corroborar la hipótesis anterior, debemos recordar que el concepto contemporáneo de paradigma había quedado fijado en el pensamiento científico occidental gracias a la obra de Thomas S. Kuhn (2004), *La estructura de las revoluciones científicas* de 1962. No obstante, Robert K. Merton ya lo utilizaba desde 1949 para designar el “núcleo conceptual” que guiaba la investigación científica y que la protegía de toda propensión a ser influenciada por la política o por la ideología (Cordero Ulate, 2008: 27). A diferencia de Merton, Kuhn sostenía que el paradigma, como concepción científica de mundo, tenía un carácter convencional y disposición natural a impulsar determinadas “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica” (Kuhn, 2004: 13). Detrás de la formación de un paradigma, así descrito, estaba la decisión de una comunidad científica por preferir un

determinado sistema teórico a otros, mismo que permanecía operando hasta que diversas insuficiencias exigieran su abandono. Para Kuhn, los paradigmas establecían las restricciones necesarias para el entendimiento de la realidad, lo que le valía imponer criterios sobre lo que debía ser considerado como científicamente “normal”. Así, las explicaciones alternativas a los problemas que el paradigma resolvía consistentemente eran relegadas a ser una “ciencia anormal”, y sólo el advenimiento de *anomalías*, es decir, de sucesos inesperados que violaban la “normalidad” del paradigma vigente, era capaz de trastocar sus límites explicativos y colocarlo al borde de una crisis (Kuhn, 2004, 15). Si ésta se tornaba insuperable, entonces se al interior del paradigma se entraba en un proceso revolucionario para sustituirlo por otro. Al suponer inconmensurabilidad lingüística y teórica entre el paradigma que se reemplazaba y el que le sucedía, Kuhn dejaba claro que a la preferencia de la comunidad científica por un nuevo paradigma se le podían inferir razones “paracientíficas”, es decir, sociológicas, ideológicas o políticas.

¿A qué se debió que importantes teóricos sociales en Latinoamérica, como John Saxe-Fernández (1997: 39) echaran mano del concepto kuhniano de “paradigma” para explicar la globalización, cuando la interpretación de Robert K. Merton parecía mucho más adecuada para precisar la globalización desde una perspectiva más científica, más formal y menos ideologizada? Nosotros creemos que al convertir a la globalización en paradigma –cuestión que observamos en lecturas sociológicas o economicistas, como la del brasileño Octávio Ianni (1993) o de John Saxe Fernández–, el pensamiento social de la región intentó orientarse por criterios de mayor formalidad analítica, sin reparar en interpretaciones que disentían sobre la conveniencia de reclamarle a la globalización un supuesto carácter paradigmático. Por ejemplo, el sociólogo William Robinson (1998) argumentó que los paradigmas están conformados por “un conjunto de principios teóricos, que van incorporando presupuestos, tanto ontológicos como epistemológicos, y que generan un campo de investigación donde esos mismos principios pueden ser aplicados” (1998: 565) y, por tal motivo, el paradigma es capaz de generar su propia oferta y demanda de conceptos, así como de explicación científica. La anterior descripción es más consistente con el aparato analítico que rodeó al concepto de “estado-nación” durante un siglo y medio que el que envolvió a la globalización, lo que nos hace pensar si no habría sido más fructífero y coherente para aquéllos que buscaban amalgamar el concepto de “paradigma” con el de “globalización”, asumir a esta última más como una anomalía –o una

serie de ellas– experimentada por el paradigma de los estados nacionales que ella propiamente uno.

Además, estudiar la globalización como un paradigma, incluso a la manera de Kuhn, amerita poder contar con un instrumental teórico y metodológico capaz de hacer diagnósticos rigurosos y que impida caer en análisis redundantes, algo que no parece haber caracterizado al pensamiento crítico latinoamericano, que mostró una marcada tendencia a hacer diagnósticos ostentosos, disquisiciones complejas, pero siempre llegando a conclusiones simplistas y de poca riqueza teórica. Ese defecto que, según Boaventura de Sousa Santos (2010), no se debía a una ausencia de complejidad teórica, sino a la carencia de objetivos claros de la teorización, por la exhibición de mínimos estándares de formalización del problema –desvarío metodológico que el jurista portugués denominó “subteorización”–, pudiera ser especialmente arraigado en el pensamiento social latinoamericano, sobre todo, en el de izquierda. La cuestión es la siguiente: si la subteorización es una explicación plausible de la falta de formalización en el estudio de la globalización, entonces debería ser posible confirmarla en otros objetos de estudio de la ciencia social latinoamericana, cuya investigación haya padecido de insuficiencias teóricas semejantes. En ese sentido, consideramos que en la investigación sobre movimientos sociales y acciones colectivas en Latinoamérica pudieran estar presentes los síntomas para diagnosticar también lo que hemos llamado, siguiendo a De Sousa Santos, la subteorización.

Un caso de insuficiencia teórica: los movimientos sociales

Desde la década de 1960, el interés que despertó el tema de los movimientos sociales en la sociología mexicana, convocó a teóricos y teorías sociales de las más diversas orientaciones a ensayar potenciales paradigmas. ¿Con qué efectividad el pensamiento social latinoamericano, en especial, el sociológico, logró abarcar este fenómeno? Un diagnóstico realizado por la investigadora Margarita Favela (2005) sobre la condición de los estudios de movimientos sociales en México, publicado con el título “Panorama actual del estudio de los movimientos sociales en México”, arroja reflexiones nada alentadoras para la cuestión que pensaremos como sintomáticas, aun con el riesgo de trasplantarlas indebidamente a nuestro tema. En su investigación, Favela sostiene que la sociología mexicana que estaba dedicada a estudiar

movimientos sociales, careció por lo general de un debate abierto entre sus investigadores, así como una mayor apertura de canales de comunicación con los diversos centros académicos nacionales e internacionales, lo que redundó en una incapacidad para conformar comunidades académicas estables, capaces de forjar una tradición de pensamiento y de construir una perspectiva propia del problema, aunque sin aislarse del intercambio con otras tradiciones. Añade Favela que, en el caso del estudio de los movimientos sociales, el abordaje de la sociología evidenció dos grandes despropósitos: 1) una mínima formalidad académica en la investigación y 2) una homogeneidad metodológica, en forma de moda teórica, para el tratamiento del fenómeno.

Si bien la propagación de estos “defectos” podría comprenderse por la juventud de la investigación social en México, cuyo formato profesionalizado y separado de las humanidades y del derecho tenía apenas sesenta años de existencia, Favela juzga que al ubicar a la Revolución Mexicana como el paradigma de explicación y justificación de las ciencias sociales del país, esto se tradujo en disciplinas y comunidades académicas poco consolidadas. A esto se agregó que

... en lugar de abocarse a la construcción de sistemas explicativos a partir de la elaboración de hipótesis, conceptos, categorías, indicadores, etcétera, es decir, de un aparato lógico coherente –con aspiraciones explicativas universales–, la sociología se dedicó a justificar o a criticar al régimen, convirtiendo la enunciación de juicios sobre éste en su principal tarea (Favela, 2005: 150).

A este carácter Estado-céntrico de la investigación sobre movimientos sociales, se añadió el uso y sustitución de diversas corrientes sociológicas, desde el positivismo, el funcionalismo, el marxismo o la teoría crítica, para llegar a planteamientos no ortodoxos como el neo-estructuralismo, el postmarxismo, la posmodernidad. El abuso en las metodologías distorsionó el sentido de la investigación social sobre este tópico, al preferirse ver en la sociología a una ciencia más interpretativa que descriptiva. Una crítica similar a la de Favela la realizó Ruy Mauro Marini (1974) a las metodologías marxistas aplicadas a la sociología. Marini sostenía que los obstáculos en la adaptación de categorías analíticas a realidades para las cuales no estaban concebidas, condujo a los sociólogos marxistas a probar enfoques alternativos que naufragaron en el eclecticismo ante “la falta de rigor conceptual y metodológico” (Marini,

1974: 14). Debido a la recepción dogmática de enfoques como el marxista, otro gran crítico de las ligereza metodológica en la investigación social, el italiano Alberto Melucci (1999), subrayó que el andamiaje metodológico marxista resultó además incapaz de entender las movilizaciones del proletariado revolucionario, pues si el marxismo buscaba ser una teoría científica de la crisis y agotamiento “natural” del modo de producción capitalista, entonces una teoría política de la revolución resultaba innecesaria; pero si, en cambio, quería convertirse en la teoría de la revolución proletaria, entonces se evidenciaban sus limitaciones científicas para indicar en qué condiciones dicha movilización podía incidir positivamente a la concreción de ese propósito revolucionario.

Aunque insistimos que estas insuficiencias no debilitaron los intentos por dotar a las ciencias sociales de mayores herramientas analíticas para el estudio estos temas, era obvio que las determinantes político-ideológicas que rodearon el trabajo de estos científicos sociales, les orillaba a aplicar desordenadamente muchas metodologías, desviándose de una orientación más crítica en la investigación social. Esto nos dirige hacia otra cuestión, misma que consideramos central de nuestro análisis: la inseparabilidad entre la formalización científica y el compromiso ideológico de los científicos sociales, entendiendo esto último de una manera mucho menos radical que la aceptada por el sentido común. Pasemos a considerar los problemas intrínsecos en la intención de ver la globalización como una ideología o, peor aún, como un mero “discurso ideológico”.

4.3. LA GLOBALIZACIÓN COMO IDEOLOGÍA

Ningún estudio que consideró la globalización como paradigma excluyó echar mano de la simiente ideológica para explicar el fenómeno (Saxe-Fernández, 2007; Vilas, 1999). Sin embargo, “ideología” es otro de esos términos de la ciencia social cuyo estudio ha requerido multidisciplinariedad (Dijk, 2006) y cuya polisemia fue origen de constantes malentendidos y redefiniciones (Eagleton, 1997), desde Destutt de Tracy, Hegel y Marx hasta Gramsci, Lukács y Althusser (Larraín, 2008). Las ciencias sociales latinoamericanas rayaron en el extremismo y pendularon entre el paradigma –lo que implicaba concederle a la investigación sobre el tema

una incuestionable formalidad académica– y la ideología. En especial, se interpretaba la ideología desde una postura que sostenía, como en el estructuralismo althusseriano, la antinomia “ciencia/ideología”. Recordemos que Althusser (1976) consideraba que el quehacer de la ciencia implicaba la emergencia de dos elementos que deberían estar, en el papel, bien diferenciados: uno intracientífico de carácter materialista, que involucraba aquellas creencias y experticias derivadas del trabajo científico cotidiano, y otro extracientífico de carácter ideológico, que expresaba el criterio político-social desde el cual se gestionaba la producción científica (1976: 101). En una postura más acentuada aún, el físico norteamericano P. B. Medawar (1985) creyó que parte de una buena actitud científica consistía en reconocer que “la dirección del esfuerzo científico queda determinada por decisiones políticas o, en todo caso, por actos que quedan fuera de la propia ciencia” (1985: 143). Poco a poco, parecía irse imponiendo la hipótesis que subrayaba el “carácter ideológico” de la producción científica, una interpretación cuyas consecuencias eran, además, muy disputadas en el medio académico.

A medida que la década de 1990 avanzaba, la posición del pensamiento social en Latinoamérica se iba radicalizando y convirtiendo a la ideología de la globalización en el nuevo engaño del imperio. Pensemos, por ejemplo, en una nota editorial escrita por Alan Touraine (1996), exageradamente difundida en círculos académicos latinoamericanos, donde éste definió la globalización como un “espantajo ideológico”. Touraine sostenía ahí que la imagen de la globalización, como fuerza de desintegración económica y debilitamiento de las instituciones políticas, considerada, además, como la responsable de la circulación masiva de capitales, acabó seduciendo a un mundo que apenas iniciaba su proceso de interconexión. La globalización llegaba a ser un producto narrativo que inoculaba la ilusión de lo global en el imaginario social, todo “sobre las ruinas de los proyectos integrales de desarrollo nacional de posguerra” (Touraine, 1996). Pero en el fondo –aseguraba Touraine– era el engaño orquestado y difundido por los poderes económico-políticos transnacionalizados, quienes llamaban a aceptar acríticamente la sociedad liberal y la economía de mercado como los únicos caminos para alcanzar la prosperidad global.

Creemos que los análisis de ciertos autores, como John Saxe-Fernández (1999, 2006) o Aldo Ferrer (2002), sólo presentaron variaciones de esta interpretación “touraineana” de la globalización como ideología. En su momento, John Saxe-Fernández (1999) argumentó que la

globalización podía leerse de dos maneras, como categoría científico-histórica y como discurso sociológico. En la primera forma, la globalización resultaba equivalente a la internacionalización del capitalismo, que incluía a sus expresiones coloniales e imperialistas. Así, la globalización implicaba una economía internacional en base al aumento de la circulación del capitales, por lo que no se trataba de un fenómeno sin precedentes y, mucho menos, irreversible (Saxe-Fernández, 1999: 10). Sin embargo, la segunda manera hacía énfasis en que la globalización era, más bien, una estratagema retórica de los grandes poderes globales que no dejaba otra alternativa que posicionarse en una perspectiva crítica capaz de identificar a la globalización como lo que realmente era: un producto de la ideología proveniente de los países industrializados. Este posicionamiento se reproducía en importantes críticas latinoamericanas al globalismo, por ejemplo, la del “capitalismo mágico” de Aldo Ferrer (2002) o la del “globalismo pop”¹² de John Saxe-Fernández (1999). Revisaremos estas dos interpretaciones en las líneas que siguen.

La interpretación de la globalización de Aldo Ferrer

Aldo Ferrer (2002) llama “capitalismo mágico” al discurso ideológico que minimiza los efectos del desarrollo científico y tecnológico sobre el desbordamiento de las fronteras nacionales, el aumento de las transacciones reguladas en un “mercado global” y el debilitamiento del poder operativo de los estados, exceptuando el de las grandes potencias. Este discurso nace, en primer lugar, como respuesta al traspaso de los controles de acumulación y distribución de los capitales desde agentes nacionales a “actores globales”; y en segundo lugar, como el llamado de adhesión a políticas de libre comercio y de liberación de las inversiones financieras, que determinan la asignación de recursos y la cooperación entre unos países y otros. Así, como una propuesta que los países industrializados diseminaron en las regiones periféricas, el “capitalismo mágico” encontró en América Latina una mayor reproducción que en otras zonas, como las asiáticas, que habían consolidado tempranamente sus propias visiones

¹² Ni el concepto “capitalismo mágico” o de “globalismo pop” son nuestros. Son caracterizaciones que hacen Aldo Ferrer y John Saxe-Fernández respectivamente de las formas acrílicas y ligeras de entender el globalismo, construidas y esparcidas principalmente por los medios de comunicación masiva, que promueven una imagen aséptica de la globalización, de la sociedad, global o de la conexión global, obviando las consecuencias perniciosas del fenómeno, principalmente de carácter económico.

de la globalidad. Japón, por ejemplo, demostró que existían distintas formas de “globalización”, cuando la colaboración entre Estado y empresa ayudó a rediseñar su modelo de expansión capitalista (Saxe- Fernández, 1997). Por el contrario, el tipo de política económica que difundía el discurso del “capitalismo mágico” fue seguido con exagerada obediencia en Latinoamérica, terminando por generar atraso social, hecho explicable no sólo por factores económicos, sino también por cuestiones culturales, como la “subordinación mental” ante los ordenamientos del exterior o la “incapacidad histórica” para encarar el reto de sociedades y mercados que están globalizándose (Ferrer: 2002: 34), dos fuentes del subdesarrollo y la dependencia en América Latina.

Asegura Aldo Ferrer que no deben desestimarse ciertos rasgos de la globalización que hacen muy comprensible la emergencia del “capitalismo mágico”: 1) Que la globalización era selectiva y, por lo tanto, que los países desarrollados –o los centros de poder mundial– blindaban a sus propios mercados, a la vez que urgían a las economías periféricas a la implementación de acciones globales en aquellas esferas que consideraban de su propio interés; 2) que la globalización no era un hecho nuevo, aunque sí presentaba características inéditas, como la capacidad para acumular bienes con mayor valor agregado y de mayor relevancia tecnológica; 3) que había una globalización real y una globalización virtual, la primera, identificada con los cambios tecnológicos que posibilitaban la acumulación de capital y, la segunda, de carácter financiero, que refería a la transacción de valores y la generación de ganancias mediante el arbitrio de las “diferencias entre las tasas de interés, tipos de cambios y variaciones de precios en los mercados inmobiliarios” (Ferrer, 2002: 50-51); y finalmente, 4) que la globalización era también un proceso político, en el que eran los estados más poderosos y las organizaciones económicas y financieras multinacionales quienes tomaban las decisiones de mayor relevancia económica global.

Tanto la globalización real como la virtual –aseguraba Aldo Ferrer– contribuyeron a propagar una “visión fundamentalista” de la globalización, que poseía dos rasgos distintivos: primero, la creencia de que las transacciones materiales y financieras provocarían el surgimiento de espacios inéditos a escala planetaria, por ejemplo, una aldea global dominada por los grandes organismos transnacionales; y segundo, la exaltación de las capacidades de los mercados como operadores del crecimiento, el desarrollo, la asignación adecuada de capitales y

la retribución equitativa de la riqueza. Se suponía que esta visión fundamentalista propagaba una serie de ficciones sin sustento, como la inminente erradicación de las constricciones nacionales, que disuadían acerca de las virtudes del desarrollo como medio de transformación del espacio nacional, que ahora se gestaba “de adentro hacia afuera” (Ferrer, 2002: 59). Era la manera de responder a la globalización de lo que dependía el éxito o el fracaso en el desarrollo nacional, pues finalmente sólo eran exitosos “los países capaces de poner en ejecución una concepción propia y endógena del desarrollo y, sobre estas bases, integrarse al sistema mundial” (2002: 59).

La interpretación de la globalización de J. Saxe-Fernández

Según Saxe-Fernández (1999), el discurso globalista proveniente en particular de los Estados Unidos de América, que predicaba la muerte futura del Estado nacional a mediados de la década de 1990, se había servido de la integridad y del reconocimiento de pensadores críticos del gran capital, como el brasileño Octávio Ianni, para difundirse y encubrir la dilapidación de los recursos naturales y económicos por parte del imperialismo, sojuzgando, a su vez, a cualquier movimiento social de resistencia regional como si éstos se trataran de una expresión de anacronismo político. Esta versión del globalismo, difundida y popularizada por medios de comunicación masiva, posibilitó el empoderamiento de actores hegemónicos globales, quienes creaban la ilusión de que se estaba viviendo en una época de recambio tecnológico cuyas transformaciones simplemente carecían de alternativas (Saxe-Fernández, 1999: 12). Otra de las consecuencias de la retórica de este globalismo mediatizado o “globalismo pop” –como llama Saxe-Fernández a esta “ideología del poder”, lanzada desde los centros más conservadores del capitalismo mundial– se podían observar en el abandono paulatino de las ideologías nacionalistas y antiimperialistas, dando paso al avance del corporativismo estadounidense sin muchas resistencias, así como a la apropiación de grandes cantidades de recursos naturales y económicos regionales. Saxe-Fernández (1999) insiste en que la emergencia de un mercado autorregulado, capaz de integrar las economías nacionales en una red global de procesos y transacciones masivas de capital, resultó otra de las tantas ficciones que produjo este discurso hiperglobalista, pero que, en realidad, sólo sirvió para justificar el incremento de la desigualdad

social y la “hiperconcentración” de la riqueza en unas cuantas manos. Resultó un factor especialmente efectivo para la propagación de estas “mitificaciones”, la creencia de que se estaba produciendo un nuevo orden político a finales de la década de 1990, cristalizándose en torno a empresas y corporaciones transnacionales que estaban lideradas por industrias de la información, del entretenimiento y de las altas tecnologías, encargadas de hacer pasar aquello que eran opciones políticas como si se tratara de necesidades económicas inevitables (1999: 35).

Por su parte, Carlos M. Vilas (1999) discute algunas ideas que corresponden a lo que Saxe-Fernández denominó el “globalismo pop” y cuya refutación contribuiría a desinstalar un “paradigma imperialista” predominante en América Latina, que era responsable de expandir la ficción de que “la globalización es algo extraordinariamente poderoso, que obliga a actuar a los países de la región y a su gente de un modo que no deja alternativas” (1999: 69). Así, Vilas nos presenta seis proposiciones que conforman esta ideología de la globalización, proposiciones que él quiere demostrar como falsas en un examen minucioso. Las proposiciones que discute Carlos Vilas (1999: 70) son las siguientes: 1) Que la globalización es un fenómeno sin precedentes; 2) que la globalización es un proceso que es homogéneo; 3) que la globalización es un proceso homogeneizador; 4) que la globalización conduce al bienestar universal; 5) que la globalización de la economía globaliza los sistemas democráticos y, finalmente, 6) que la globalización vulnera a los estados o les resta gran parte de su poder.

A pesar del sustento argumental económico y político que Vilas pone al servicio de la desmitificación de las seis proposiciones anteriores, su discurso se monta sobre tres supuestos – los dos primeros, de un cierto raigambre “althusseriano”– que ni Vilas, ni Saxe-Fernández o Touraine clarifican en absoluto: 1) que la ideología, como la que integra el “globalismo pop”, es portadora del engaño que concibe la globalización como algo nuevo, homogéneo, homogeneizador, etcétera; 2) que hay una línea divisoria, más o menos clara, entre lo ideológico y lo no ideológico, reconocida y respetada por él; y por último, 3) que el rechazo de los enunciados que conforman la ideología del “globalismo pop” generan, a su vez, la “desideologización” del discurso globalista. Carlos Vilas no niega que haya efectos reales causados por algo llamado globalización, sino aquello que los enunciados del “globalismo pop” nos hacen creer de ella y que impele necesariamente a la refutación de esa ideología.

En su discurso anti-globalista, Carlos M. Vilas no desenmascara en absoluto a los autores intelectuales de esta ideología y, por ello, carecen a nuestro juicio del mismo peso de los argumentos que el pensamiento social latinoamericano esgrimió contra quienes diseñaron y propagaron la teoría de la modernización o la doctrina de la seguridad nacional desde los Estados Unidos, ambas, puestas en marcha y operadas en Latinoamérica por dictaduras militares entre las décadas de 1960 y 1970. Pese a que se presumió que el discurso del “globalismo pop” tenía un propósito similar al de la modernización, se ofrecieron muchas menos pruebas al respecto. Esto refuerza nuestra hipótesis de que los repertorios retóricos anti-imperialistas que se conformaron como réplica a la ideología del desarrollo, se fusionaron con otros enfoques, como el de la “dependencia” (Guajardo, 2007b: 233) de Marini, Vambirra y Dos Santos, o con lecturas eclécticas de la poscolonialidad –como las de Aime Cesaire, Amín Samir, Gayatri Spivak, Rahanit Guha o Walter Mignolo–, sin lograr precisar convenientemente las características de lo que se denominaba globalización en estos estudios. Se podría esperar que todos esos recursos teóricos provenientes de los estudios culturales o poscoloniales se integraran con los de otras disciplinas, para evaluar las afectaciones de la globalización sobre Latinoamérica. ¿Eso fue lo que sucedió? Nosotros creemos que la tendencia a considerar la globalización como “espantajo ideológico”, aunada a una cuestión identitaria que no había sido resuelta, fueron las raíces del prejuicio que pesó en la lectura latinoamericana de la globalización. Revisaremos de manera más detallada esta segunda cuestión –la cuestión identitaria irresuelta– en el siguiente apartado.

4.4. GLOBALIZACIÓN E IDENTIDAD

En América Latina, la cuestión de la identidad regional o subcontinental ha aparecido como prioritaria desde México hasta Argentina durante los últimos 150 años. Pero el interés por la cuestión identitaria se vio reforzado, después de 1989, por otras razones de carácter internacional, como los procesos de descolonización, la desintegración del bloque socialista o el aumento en los niveles de inmigración desde países periféricos a países industrializados, o desde zonas rurales a zonas urbanas. En lo que respecta a la identidad latinoamericana, Jorge Larraín (1994) sugirió que a lo anterior se agregaron los festejos por los quinientos años del

descubrimiento y conquista de América, alentando revaloraciones de las culturas originarias como prototípicas de la identidad latinoamericana. En muchos trabajos de principios de la década de 1990, se reprodujo un clamor esencialista que propagó la creencia en una “matriz cultural sepultada y olvidada”, dispuesta para ser recobrada por el pensamiento social (Larraín, 1994: 32). Además, el debate sobre esta matriz identitaria se polarizó entre aquéllos que exaltaban la superioridad de lo indígena sobre lo europeo –o viceversa–, y quienes consideraban los procesos de hibridación o de mestizaje como parte constitutiva de nuestra identidad. De una u otra forma, la pregunta por la identidad se tornaba inevitable ante los encuentros que se estaban produciendo en las últimas décadas entre culturas y comunidades de vida diferentes.

Siguiendo todavía a Jorge Larraín, advertimos claramente que las preguntas sobre la identidad en América Latina encontraron sus puntos más álgidos en cuatro momentos fundamentales de su historia: 1) el momento posterior a la conquista, 2) el momento posterior a las luchas independentistas, 3) el momento entre la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de 1929, que marcó el final de muchas de las oligarquías latinoamericanas, y 4) el momento que siguió a las crisis de los setentas, con el subsecuente fin de los populismos y la expansión de las políticas neoliberales. Es en este último momento cuando el problema de la identidad y el de la globalización se entrecruzan, quedando el primero de ellos constreñido a las cuestiones del nacionalismo y las identidades nacionales. Por si fuera poco, el fracaso del neoliberalismo y de sus promesas de bienestar montadas en el ensueño del libre comercio y en la empequeñecimiento de ese “Leviatán” que era el Estado interventor, precipitó en América Latina un resurgimiento o, mejor dicho, un remozamiento (Guajardo, 2007b) de los viejos discursos nacionalistas, antiimperialistas y anticapitalistas que se producían en los círculos más influyentes del pensamiento social latinoamericano. Como señala Guillermo Guajardo, “el pensamiento crítico y nacionalista no encuentra sus ideas en la globalización –que rechaza–, sino más bien en una tradición literaria de ensayo y especulación la cual se conformó durante el periodo histórico del imperialismo británico y del ascenso de los Estados Unidos” (2007b: 232). No sólo es el eclecticismo de los enfoques metodológicos lo que Guillermo Guajardo está en realidad criticando, sino la acusada tendencia a especular, propia de la tradición ensayística latinoamericana, aunque ésta también forma parte innegablemente de los discursos y debates de la globalización.

Más que el remozamiento de los discursos del pasado, de su eclecticismo o su tendencia a la especulación, a nosotros nos parece oportuno resaltar algo diferente: la propensión de la ciencia social de América Latina a desconocer el carácter ideológico de sus propios discursos contra la globalización. Volviendo a la cuestión del “globalismo pop”, Carlos M. Vilas jamás explica por qué las seis ideas que establece como premisas de la globalización forman parte de una “ideología”, pero no los argumentos que él usa para refutarla. ¿Cómo es que Vilas exorciza de ideología a su propio discurso? A nuestro parecer, todos los discursos expresan una perspectiva que es siempre de carácter histórico y que está comprometida con los requerimientos de un espacio y un tiempo determinados. Especialistas en análisis del discurso, señalan que el propósito de las ideologías es modelar la forma como “los seres humanos viven sus vidas como actores conscientes y reflexivos en un mundo estructurado y significativo” (Therborn, 2005: 13).

De la postura anterior, podemos obtener tres conclusiones: 3) Que no hay conocimiento –y eso incluye al de la globalización– que no esté irrigado por alguna clase de ideología, 2) que las ideologías no reflejan necesariamente una “falsa conciencia” o una conciencia engañadora y 3) que su contrario –el pensamiento crítico, social o científico– tampoco expresa por necesidad una conciencia desideologizada. Ni el “globalismo pop” o el “capitalismo mágico” parecen ser ideologías –como lo han insistido Saxe-Fernández, Carlos Vilas o Aldo Ferrer–, sino creencias ante las cuales nadie, incluso el pensador más crítico, puede sustraerse, pues forman parte de su propia identidad. Attendamos, entonces, a algunas de estas creencias, cuando menos las que nos parecen más relevantes.

Los mitos de la globalización

Hasta aquí nuestra investigación se había preguntado sobre qué cosas había detrás de los debates de la globalización, primero en general y, posteriormente, en América Latina. No habíamos reparado, sin embargo, en qué asuntos estaban detrás de los discursos *contra* ella. Avanzaremos un poco más en una hipótesis que habíamos considerado: lo que probablemente hubo fue una cuestión identitaria, históricamente irresuelta, que se amalgamó a los mitos criollos sobre la nacionalidad latinoamericana. Los grandes especialistas en mitos revelan que éstos no corresponden al pensamiento que llamamos racional, sino que transitan por caminos

del inconsciente (Campbell, 2005: 18). En los mitos siempre es relatada una historia acontecida en un “tiempo primordial” que separa lo sagrado de lo profano (Eliade, 2003), así que éstos imponen sistemas de referencia valorativa sin excepción, es decir, que nos persuaden sobre lo bueno, lo malo, lo peligroso, lo trascendente y separan al conocido del extraño. Franz Hinkelammert (2003) va más allá de estas apreciaciones y declara que los grandes mitos del presente tienen un solo propósito: la dominación del Occidente hegemónico por medio de la “violencia sagrada”. Esta violencia –según Hinkelammert– instauro el miedo a lo diferente y convierte a los adversarios en “enemigos absolutos”. Los mundos míticos construidos por la modernidad occidental, y reconstruidos por los Estados Unidos de América en torno a una serie de “mistificaciones seculares”, como las del progreso, la razón instrumental y la globalización, se transformaron en una “técnica social” para promover la religión imperial (Hinkelammert, 2003: 13). Nos percatamos aquí cómo un tipo de discurso contestatario fue también reproducido en obras como la de Hinkelammert y que, entre 1990 y 2005, posicionaron una línea histórica que terminó conectando el colonialismo y el imperialismo paneuropeos con el neoliberalismo o la globalización actuales. ¿Se trataba sólo de mitos? ¿Y qué cuestiones culturales estaban detrás de ellos?

Recordemos que el historiador Edmundo O’Gorman sugirió en su obra *La invención de América* de 1958 que la historia de Latinoamérica estaba cruzada no sólo por acontecimientos, ya que también incorporó mitos e invenciones alrededor de la cuestión identitaria regional. Grandes mitificaciones estaban, pues, detrás de las paradojas y contradicciones relativas a pensarse “latinoamericano”, “hispanoamericano” o “iberoamericano”, transmitidas en las páginas escritas por una larga procesión de pensadores de América Latina desde las primeras décadas del siglo XIX hasta nuestros días. Entre ellos figuraban José Martí, Simón Bolívar, Andrés Bello, Michel Chevalier, José María Torres y Caicedo, Francisco Bilbao, Pedro Henríquez Ureña, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Edmundo O’Gorman, José Luis Romero, Leopoldo Zea, Arturo Ardao, Eduardo Galeano, Rodolfo Kusch, Walter Mignolo, Mauricio Tenorio Trillo, Miguel Rojas Mix y José Rabasa. Creemos que la mayoría de ellos reelaboró la excepcionalidad latinoamericana, o el lugar de América Latina en el mundo, abrevando de mitos que se habrían infiltrado en las obras de sus predecesores, en un préstamo lingüístico y semiótico que iba incorporando elementos contradictorios que vemos resurgir en los debates acontecidos en Latinoamérica sobre la globalización durante la década

de 1990, donde resurgieron formas de pensar Latinoamérica que entremezclaban la América de la “raza cósmica” de Vasconcelos, la América “en peligro” de Bilbao, la “Nuestra América” de Martí o la América “barroca” de los jesuitas criollos. ¿Cómo amalgamar todas estas visiones de América Latina sin producir, de paso, identidades nacionales contradictorias, a veces volcadas sobre sí mismas y, otras, abiertas al mundo? O’Gorman encuentra un nombre para la sintomatología que manifiesta la cuestión identitaria en la región: el “tropicalismo del alma iberoamericana”.

La hipótesis del tropicalismo

El “tropicalismo”, tal como fue propuesto por Edmundo O’Gorman, era una hipótesis que requirió precisiones sobre su significado exacto, para que ésta no pudiera degradarse tan fácilmente en un instrumento de “esencialización” del alma latinoamericana. Bien sabemos que, por lo general, las explicaciones sobre la identidad nacional o regional han terminado oscilando entre lecturas que van del psicologismo al ontologismo (Hurtado, 2011: 15). Por el primero se llegó a interpretar el carácter nacional, como el del pueblo mexicano, abstrayendo rasgos que eran pertenecientes a una clase o a un grupo, pero generalizándolo indebidamente a la población entera. Por el segundo, algunas condicionantes históricas eran elevadas al grado de pensárselas como si fueran “rasgos universales” de la identidad. En México, algunos casos de psicologismo o de ontologismo se dieron a raper en obras de amplia difusión, durante las décadas de 1940 y 1960, tales como *El perfil del hombre y de la cultura en México* de Samuel Ramos, *El mexicano: la psicología de sus motivaciones* de Santiago Ramírez, *Análisis del ser del mexicano* de Emilio Uranga o *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Como nosotros reconocemos lo sencillo que es caer en alguna de las tipologías señaladas, sólo nos limitaremos a enunciar los elementos característicos que Edmundo O’Gorman describió como tropicalismo, haciendo hincapié en las similitudes entre la “retórica tropicalista” y la que se utiliza en los discursos contra la globalización. Antes, es necesario volver a subrayar que nuestros objetos de estudio son los debates, y no tanto las realidades que éstos encubrieron, revelaron o legitimaron. Entendemos perfectamente que muchos discursos latinoamericanos se produjeron como formas de resistencia o defensa regional contra el posicionamiento, en muchas ocasiones destructivo y violento, del Occidente europeo. Como dice Immanuel Wallerstein:

La historia del sistema mundo moderno, ha sido en gran medida una historia de la expansión de los estados y los pueblos europeos hacia el resto del mundo, y ésta es una parte esencial de la construcción de la economía-mundo capitalista. En la mayoría de las regiones del mundo esta expansión ha conllevado conquistas militares, explotación económica e injusticias en masa (2008: 15).

Nuestro objetivo es aclarar qué consecuencias tuvo para el discurso social latinoamericano de la globalización el hecho de ocultar, tras la cruzada contra el “imperio”, la irresolución de importantes cuestiones sobre la identidad, así como destacar las similitudes entre una cierta retórica proteccionista, palpable en los debates latinoamericanos “escépticos” contra la globalización y la retórica que se deriva de las tesis del tropicalismo, tal como las expuso Edmundo O’Gorman. En términos generales, O’Gorman (2002: 23) llama “tropicalismo” al legado ontológico de la Colonia que explica la soberbia extrema que exhibió el criollo colonial ante el indígena y, sobretodo, ante el español peninsular, como la forma de “sobrecompensar” psicológicamente su carencia de originalidad. A esta soberbia, producto de su propia indefinición, de su relación idolátrica con el conquistador –que involucró una relación amor-odio, cimiento de la identidad nacional guatemalteca según Severo Martínez Peláez (1994)– y de resentimiento contra el advenedizo peninsular, procedió

... un afecto desmesurado e indiscriminado a la exageración en lo bueno y en lo malo, y muy particularmente en la expresión verbal, tan propicio a la ocultación de la verdad y al halago de sentimientos y virtudes supuestamente poseídos en grado altísimo como rasgos característicos del espíritu nacional (p. 23).

Edmundo O’Gorman va desgajando así la personalidad tropical, yendo desde la pureza de la abnegación femenina hasta la sobredimensionada temeridad masculina, incluyendo, entre otras cosas, la fascinación del criollo colonial por los héroes y los santos, que legaron sus ejemplos de sacrificio y de patriotismo a las generaciones futuras. También la defensa del territorio –“la joya más preciada de la creación”– forma parte del ensueño tropicalista, por lo que es frecuente la alusión a los inagotables recursos naturales, cuya apropiación era “objeto de perpetuas y arteras maquinaciones” (2002: 24) por parte de fuerzas extranjeras oscuras. Esas

mismas fuerzas –se decía– también se encargaban de obstaculizar el desarrollo de los países de América Latina, al impedirles alcanzar su máximo potencial económico y social.

Si bien todas las características que lista Edmundo O’Gorman como tropicalismo le hacen suponer rasgos del criollismo colonial –o el latinoamericanismo– que pueden resultar esclarecedoras, podemos mesuradamente concluir lo siguiente: 1) que con estos discursos, el criollo colonial construyó para sí una imagen autoconsoladora de su condición subalterna, la que atribuyó más a la injerencia del exterior que a su propio desempeño y 2) que a través de ellos se impuso una “superioridad espiritual” del ser latinoamericano con respecto al angloamericano, al que se pensaba como perverso e inmoral. Sin embargo, debemos ser mesurados al dar seguimiento de estas conclusiones, pues a pesar del elemento crítico en la retórica de Edmundo O’Gorman, es innegable que éste tenía una imagen de la *otra América* –la Angloamérica– que rayaba en una admiración exagerada y que nosotros no compartimos.

4.5. HACIA UNA GLOBALIZACIÓN SIN FETICHES

¿Cómo poder entender la globalización más allá de los “mitos identitarios” que pudieran estar complicando su justa comprensión? Sabemos que la globalización se encumbró como un tema popular, ocupando espacios académicos y mediáticos de gran importancia. Hay autores, como Daniel Mato (1999), que aseguran que el tema comenzó muy pronto a llenarse de fetiches, convirtiendo a la globalización en el “remedio para” o la “causa de” los grandes males de fin de milenio. Nosotros nos centramos en aquellas perspectivas de la globalización que intentaron romper con los fetiches. Este aprendizaje de la globalización –como lo pensó el argentino Daniel Mato– planteaba la “desfetichización” como una prioridad y una exigencia que pudiera evitar, en lo sucesivo, las explicaciones esencialistas y generalizadoras que impedían poder considerarla dentro de una *microfísica de procesos*, y en cuyo estudio se enfatizara “cómo se dan estos procesos que globalizan, es decir que crean, extienden, y/o intensifican las interconexiones a nivel planetario” (1999: 135). El argumento central de la “desfetichización” que propone Mato consiste en operar nueve modificaciones en los enfoques acostumbrados (1999: 132-134), para generar un acercamiento más fértil y productivo a la

globalización. Estas modificaciones impondrían, además, explicaciones más cualitativas que cuantitativas, por ejemplo: 1) Que es claro que en la globalización se presenta la intensificación de la interconectividad a un nivel global; 2) que ésta se encuentra aún en desarrollo, pero que su historia es muy antigua; 3) que sus interconexiones entrañan múltiples dimensiones (económica, política, cultural y social); 4) que todas sus formas de interconexión parten de procesos sociales e históricos entre individuos; 5) que detrás de las interconexiones está la preexistencia de relaciones que son tanto internacionales como transnacionales; 6) que ellas se expresan en la conciencia de cada individuo formando una “conciencia de la globalización” en un determinado momento histórico; 7) que el presente se caracteriza por hacer coexistir diversas formas de “conciencia de la globalización”; 8) que el alcance planetario de las interconexiones en el presente no es sólo algo que es pensado o imaginado, sino totalmente posible y 9) que el desarrollo de algunas “nuevas organizaciones” de orden internacional y transnacional, con la finalidad de incrementar las interconexiones, son la expresión –nos guste o no– de la(s) conciencia(s) de la globalización en el presente histórico. Sin embargo, esta forma de replantear la desfetichización de la globalización no era, por supuesto, la única posible.

El encogimiento del mundo

Algunos autores latinoamericanos propusieron modos alternos para exorcizar la globalización de todos sus demonios. Hugo Fazio Vengoa (2008) nos plantea como una alternativa “globalizar la historia”, que es una cuestión muy distinta a producir una historia planetaria, tentación en la que han incurrido las ciencias sociales con gran frecuencia. Fazio Vengoa parte del supuesto de que la era global ha producido la idea de un “encogimiento del mundo” en el imaginario social. Esta imagen no sólo dependía de las representaciones que se hacían del mundo como “volviéndose más pequeño”, sino de que realmente el mundo ahora era *más pequeño*, debido a por lo menos tres causas: 1) que cada vez hay más personas, 2) que cada vez viajan más rápido y 3) que cada vez hay mayor conexión mediática o –en términos de Daniel Mato– de interconectividad global.

La hipótesis del “encogimiento del mundo” involucraba un aumento de la convergencia y la comunión en los distintos colectivos humanos. Todos estos cambios requerían poder ser

consignados en una nueva historia universal, que pudiera entenderse como “la construcción de una cosmología que recupere el desarrollo no occidental y lo integre creativamente dentro de una nueva gran narrativa” (Fazio, 2009: 305). Esta hipótesis estaba en clara oposición con la idea de “desarrollo” tal cual se diseminó en el siglo XX, pues consolidaba una forma inédita de representar la realidad mundial, que

... denota una complejización de la realidad contemporánea, debido a la comprensión de lo local y lo global a través de los fenómenos de transnacionalización y al entrelazamiento de disímiles itinerarios de modernidad que se sincronizan y traslapan (Fazio Vengoa, 2008: 72).

Desde la perspectiva de Fazio Vengoa, la creencia en la globalización como tendencia inevitablemente homogeneizadora de los espacios locales era una cuestión superada. Sin embargo, los procesos de des-fetichización de los discursos de la globalización en América Latina parecían estar en constante riesgo de generar cada vez nuevos fetiches. Recordemos que los intentos de depuración histórica y cultural emprendidos durante el siglo XIX para consolidar la “historia nacional” de la mayoría de los países latinoamericanos, derivaron en esencialismos y mitificaciones, como sucedió, por ejemplo, con el proyecto encabezado por eminentes liberales mexicanos, quienes buscaban concretar la redacción del primer compendio general de historia nacional –*México a través de los siglos* de 1884– que anhelaba articular en una misma línea histórica, pero sin lograrlo del todo, “la civilización precortesiana, la conquista, el periodo colonial, la independencia, la república y la reforma, más un capítulo final dedicado al Porfiriato” (Florescano, 2002: 371). Otro caso más, resultó ser el debate entre Andrés Bello y José Victorino Lastarria de 1844 acerca de la adecuada interpretación histórica de la Independencia chilena. Obras como las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* de Lastarria, inundaron el imaginario criollo chileno de ese siglo con toda clase de nuevas mitologías, como la del “gran araucano”, que permitió al criollo exculparse de los maltratos que él mismo infligía a los pueblos originarios.

Es posible argumentar a final de cuentas que las limitaciones intrínsecas de las ciencias sociales latinoamericanas para abordar la globalización no obstaculizaron otras formas de

interpretación del fenómeno mucho más adecuadas, incluso más que aquellas que eran propuestas por las ciencias sociales eurocéntricas. Así que la próxima parada de nuestro trayecto tiene que ser la revisión de estas otras ciencias sociales regionales que sí intentaron ir más allá de los límites que imponían los factores internos y externos que las vieron surgir y ante los cuales el pensamiento social latinoamericano estaba sobre-reaccionando, sin evadir necesariamente la reproducción de nuevas fetichizaciones sobre la globalización.

4.6. CONCLUSIONES

Muchos debates latinoamericanos de la globalización, a diferencia de aquéllos que se produjeron en inglés, tendieron a agotarse en el enfrentamiento entre los llamados “hiperglobalistas” y los “escépticos”. Esto tuvo consecuencias que ahora percibimos como adversas para la adquisición de una mayor formalización académica. La subteorización sometió a estas ciencias a procesos de pérdida paulatina de rigurosidad y de precisión terminológica. Además, el uso de conceptos como los de “ideología”, con la que se quería denotar engaño o “falsa conciencia”, cuando el sentido del término era mucho más amplio que eso, aunado a una fe injustificada del “pensamiento crítico” como lo opuesto a un pensar “ideologizado”, condenaron a las ciencias sociales latinoamericanas a definir, criticar y resistir el fenómeno de la globalización sólo usufructuando categorías de análisis destinadas al estudio de otros fenómenos que, si bien resultaban discursivamente similares, eran diferentes en términos de su observación y análisis, como el poscolonialismo, el eurocentrismo, el intervencionismo imperialista o el neoliberalismo.

Todo lo anterior sólo revelaba algo fundamental: que detrás de los discursos de la globalización había un dilema identitario irresuelto que, a pesar de los muchos intentos por romper con la fetichización del fenómeno, condenaba a estas ciencias a reproducir justas moralistas que impidieron su total maduración. Sin embargo, había condicionantes exteriores que acentuaban el problema y que, efectivamente, podían considerarse como formas de imperialismo, del tipo que analizamos en los dos capítulos anteriores.

CAPÍTULO 5

NUEVOS HORIZONTES DE LA TEORÍA DE LA GLOBALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

5.1. INTRODUCCIÓN

En el prólogo a la versión castellana del libro *Por uma outra globalização* de Milton Santos, el filósofo Jesús Martín-Barbero presenta su diagnóstico sobre la frágil posición de las ciencias sociales latinoamericanas con respecto a un fantasma que las recorre y que se llama *globalización*. Martín-Barbero afirma que

...confundida por muchos con el “viejo” y persistente imperialismo, asimilado a la transnacionalización o, mejor, a la expansión acelerada de las empresas y las lógicas transnacionales, e identificada por otros con la “revolución tecnológica”, la globalización no parece dejarse atrapar ni en los esquemas académicos ni en los paradigmas científicos tradicionales (citado de Santos, 2004: 9).

Sin embargo, sólo un país merece el título de “excepción a la regla” y ese es Brasil, pues ahí comenzó a gestarse tentativamente un genuino “horizonte de comprensión” de las implicaciones económicas, políticas y culturales asociadas a la globalización. Los discursos brasileños de finales de la década de 1980 parecieron menos prejuiciados y de mayor riqueza conceptual que otros que se produjeron en la región, según señala Martín-Barbero. Nosotros argumentaremos que muchos teóricos sociales de otras nacionalidades también se comportaron a la altura de las circunstancias y que no sólo en Brasil se pensó la globalización sin fetiches. Sin embargo, indagar aquello que en los discursos brasileños llamaron tanto la atención de Martín-Barbero resulta sumamente interesante, pues todos los datos parecen indicar que, el brasileño, fue un caso que se movió a contracorriente del resto de Latinoamérica, debido a que sus ciencias sociales tendieron a repensar la globalización sin repetir obviedades, ni reiterar lugares comunes, como la lucha contra el imperialismo, la defensa de la nación, la protección

de las identidades regionales, etcétera. Además, Brasil aportó algunos de los teóricos más distinguidos sobre el tema, como el sociólogo Octávio Ianni, el geógrafo Milton Santos y el antropólogo Renato Ortiz. El diagnóstico de Jesús Martín-Barbero sentencia algo más: que el ánimo de renovación epistémica de las ciencias sociales de Brasil no logró o no pudo contagiarse al resto de América Latina.

Una hipótesis a comprobar es que la insatisfacción y el escepticismo que empezaron a mostrar los teóricos sociales brasileños sobre sus propios métodos, sobre todo desde la década de 1970, los habría empujado más tempranamente a la renovación de sus ciencias, y, en especial, aquellas relacionadas con cuestiones espaciales que en otros países. Encabezada por Milton Santos en la geografía y Oscar Niemeyer en la arquitectura, esta conciencia de un mundo en transición concedió ventajas a los teóricos de este país para entender la globalización en términos de desplazamientos, de movimientos y de flujos. En ese sentido, Santos (1990) sostiene que los estatutos epistémicos de las ciencias sociales y, en su caso, el de la geografía previos a su etapa de renovación, habían condenado al científico social brasileño a quedar preso de sus propias taxonomías, hasta el grado de olvidarse de los objetos que eran clasificados con ellas.

En el resto de Latinoamérica pareció contarse una historia diferente. Algunas visiones de la globalidad permitieron una ideologización extrema de la globalización así como el empoderamiento de algunos grupos del pensamiento social latinoamericano que, buscando “desfetichizar” el fenómeno, originaron nuevas mitificaciones. Ciertamente, muchos discursos mediáticos tendieron a elevar a la globalización hasta convertirla en lo que el filósofo Karl Jaspers (1980) llamó un “tiempo axial”, es decir, una era de cambio social y cultural, al que procede una nueva fase de “espiritualización” del hombre y del mundo. Por supuesto que si el contexto en que se desplegó la globalización hubiera sido otro al que fue descrito por teóricos escépticos, ésta se hubiera materializado como el medio histórico propicio para forjar nuevos equilibrios económicos, políticos y sociales, capaces de revocar un orden lesivo al interés de los países más pobres y victimizados. La defensa de América Latina del “terror imperialista” supuestamente montado en la globalización, hacía necesaria la instrumentación de formas de contrahegemonía que no sólo recurrieran a una exhortación nacionalista, sino que cobraran conciencia de la circunstancia, principalmente geográfica y espacial, en que se estaban operando los cambios económicos, políticos y socioculturales a final de la década de 1990. En

este capítulo, nosotros queremos revisar cuatro formas como la globalización intentó comprenderse en toda su complejidad espacial:

- a) En términos de espacios banales (Milton Santos).
- b) En términos de espacios desterritorializados (Ianni, Ortiz)
- c) En términos de espacios híbridos (Mato, Fazio Vengoa)
- d) En términos de espacios contrahegemónicos (De Sousa Santos)

Sin menoscabo a las críticas que cada una de estas vías pudo haber recibido, las líneas de investigación que ellas despuntan resultan de un considerable valor epistémico. Veamos cada una de ellas a continuación.

5.2. LA GLOBALIZACIÓN Y LOS ESPACIOS BANALES

Las reflexiones del geógrafo brasileño Milton Santos (1990) sobre las limitaciones de la investigación geográfica, resultan fundamentales para comprender lo que tuvo que movilizarse para superar la perplejidad causada por la globalización. Zusman (2002) describió que los obstáculos que, en su momento, Santos denunció en la geografía brasileña podrían ser distinguidos en tres: 1) La “fascinación nomotética” y, junto con ella, la institucionalización del conocimiento espacial, que deshistorizó la geografía y cosificó el espacio de la interacción humana; 2) el “empirismo abstracto”, que sustituyó las relaciones sociales por conexiones entre objetos en un espacio reificado; y 3) el “aislamiento metodológico”, que cerró las puertas a los esfuerzos interdisciplinarios que querían instaurar una “ciencia unificada” del espacio. Tentativamente, la proliferación de estos obstáculos habría incapacitado a cualquier ciencia social para adaptarse a un mundo que desbordaba su ortodoxia académica, sus categorías fijas o su autonomía disciplinaria como, por ejemplo, la idea de un “espacio global” que, desde la *geografía crítica*, impulsada por Santos, estaría conformado por incesantes redes de flujos – tanto de objetos como de personas– superpuestos en distintas escalas y a distintos niveles (Santos, 1993: 72-73).

Para Santos (1993), la globalización era el “estadio supremo de la internacionalización”. Ella mundializó el espacio geográfico y produjo desigualdades diversas (Santos, 1993, 2004), dado que nunca se operó a través de ella la distribución uniforme de las cosas, las relaciones y las informaciones a escala mundial. Surgieron así “zonas luminosas” y “zonas opacas” que crearon espacios hegemónicos y subespacios subalternos; espacios de producción y espacios de producto; espacios de resistencia y espacios de docilidad. Entre ellos, corrieron flujos constantes de materia y símbolos a diferentes niveles y con diferente intensidad. Santos afirma que sólo los “actores hegemónicos” llegaron a acceder a todas las redes y a usufructuar la totalidad de los territorios (1993: 73). Así, se hicieron distintivas la horizontalidad y la verticalidad entre los espacios. La horizontalidad abarca todas aquellas formas de vecindad, asociación y complementariedad entre los individuos, las colectividades, las empresas y las instituciones, que son la base real de todo proceso productivo. La verticalidad, en cambio, está constituida por agrupamientos de actores hegemónicos que dislocan geográficamente los momentos de la producción, del control y del consumo, tensionando las formas de regulación históricamente producidas por la horizontalización. Mientras más violentamente impuestas sean las “regulaciones verticales nuevas a las regulaciones preexistentes, más fuerte es la tensión entre globalidad y localidad, entre el mundo y el lugar” (Santos, 1993: 75). Para Santos, la sujeción de lo horizontal por lo vertical es una cuestión de poder y ésta depende de la información que poseen los actores hegemónicos, así como de su acceso a ciertos tipos de discursos ideológica e institucionalmente relevantes. El teórico del discurso, Teun A. van Dijk (1997) denuncia las enormes diferencias de acceso a ciertos discursos que hay entre la gente común y las élites en el poder. Así, por ejemplo,

... los políticos controlan el discurso gubernamental y parlamentario y disponen de un acceso preferente a los medios de comunicación de masas [...]. Los empresarios controlan el discurso de la capacidad de toma de decisiones (por ejemplo, asambleas ejecutivas), los informes corporativos y muchas otras modalidades de texto y habla en un contexto de negocios. Los jueces no solamente controlan quién puede decir qué durante un juicio, sino que además gozan de un acceso especial a géneros de discurso tales como pueden ser los fallos de un veredicto (Dijk, 1997: 19).

La globalización –piensa Santos– incrementó los flujos de información, estableciendo nuevas jerarquías y polarizaciones, sustituyendo los flujos materiales como los “organizadores de los sistemas urbanos y de la dinámica espacial” (Santos, 1993). A nosotros nos parece que esta afirmación no es del todo correcta. En base a los primeros trabajos del filósofo posestructuralista francés, Jean Baudrillard, ambos flujos, materiales y simbólicos, resultan inseparables entre sí, pues la materia que fluye a través de los espacios descritos por Santos lo hace sólo a merced de que ha sido previamente informada. Esto es: ella envuelve signos que se expresan en formas de vida, pautas de conducta, patrones de consumo, lógicas de racionalización, lazos de pertenencia y, finalmente, dinámicas de desarraigo muy particulares.

Una lectura geo-filosófica del espacio global

El pensamiento de Jean Baudrillard instauro toda una ontología objetual, que se gesta con la aparición y la reproducción masiva de objetos técnicos después de la llamada “segunda revolución industrial”, entre 1870 y 1914. El precepto manifestando que “cambia el objeto, y con él cambian los sujetos” (Ferraris, 2008: 41), describe los rasgos de la nueva relación entre los objetos y los sujetos dentro del espacio. Es importante advertir que la caracterización del espacio como sustrato natural y, a la vez, como producción técnica humana, no es ajena al pensamiento latinoamericano. Sergio Bagú (2008) afirmó que las sociedades humanas no sólo actúan dentro del espacio entendido como condición geofísica, sino en un espacio que es “esa distancia física que media entre los hombres y entre las piezas del instrumental que participan de un ordenamiento social” (2008: 121). Milton Santos (1999) califica a este tipo de espacios con el adjetivo “banal”, reapropiándose de un concepto acuñado por el geógrafo François Perroux. Mediante éste, Santos designó a ese espacio de la totalidad de las relaciones entre los sistemas de objetos y seres humanos. Como sabemos, la espacialidad es una construcción social que demarca la frontera entre lo natural y lo técnico, formada esta última por sistemas de objetos y sistemas de acciones sociales (Santos, 1993: 70). Cada cambio de época es la sucesión de un espacio objetual por otro distinto en materialidad y en producción simbólica, a través de una dinámica que va reduciendo históricamente el número de sistemas técnicos disponibles, hasta llegar a uno solo: el impuesto por el capitalismo como cimiento material de

la mundialización (Santos, 1993: 70). Baudrillard centra justamente sus reflexiones en este sistema único de objetos, lo que le posibilita responder, con mucha más contundencia que Milton Santos, a la pregunta sobre qué características sobresalen en los objetos para que éstos puedan circular con fluidez a través de las fronteras de un espacio que se globaliza.

Sabemos que el “objeto técnico” fue un motivo de la fascinación baudrillardiana en sus primeras obras, pero –como él mismo dice– no era tanto “el objeto fabricado en sí mismo como lo que los objetos se decían entre sí, el sistema de signos y la sintaxis que elaboraban” (2002: 13). Influenciado por las obras de Roland Barthes y George Simondon, Baudrillard identifica un paralelismo existente entre el sistema de los objetos y el sistema de los signos. Esto significa que para Baudrillard no hay objetos técnicos desprovistos de sentido o que carezcan de valor de alguna clase (de uso, de cambio, de goce estético, etcétera). Dicho en palabras de Octávio Ianni (2010):

Ninguna mercancía es inocente. También es signo, símbolo y significado. Tiene un valor de uso, valor de cambio y de comunicación. Viene a poblar el imaginario del público, auditorio, audiencia, multitud. Divierte, distrae, irrita, ilustra, ilusiona, fascina” (Ianni, 2010: 30).

Baudrillard describe la lógica hiperconsumista al interior de la sociedad post-industrial, que derivó en una relación enfermiza entre el hombre contemporáneo y sus objetos de uso cotidiano. Si la apropiación y el uso eran las formas habituales de la interacción entre sujetos y objetos, en la era de la técnica la acción humana había quedado reducida a una actividad informadora del sistema objetual o, en otras palabras, el hombre estaba ahora al servicio de los objetos que creaba. Según Baudrillard, los objetos de antaño cumplían una doble función: eran muebles o instrumentos de trabajo, al tiempo que receptáculos de un orden histórico. Así, el exterior material-funcional de los objetos tenía como propósito conservar a salvo y oculto un interior simbólico, altamente significativo para un colectivo espacialmente establecido. En la sociedad de consumo, los objetos se transfiguraron en su más “pura exterioridad” (2012: 16). Baudrillard sostiene que la capacidad del objeto de transportar universos simbólicos o de ser “vasos del imaginario”, los protegió en el pasado de quedar reducidos a meros objetos de consumo, es decir, objetos vacíos, objetos singulares y objetos genéricos.

La ilusión de la globalidad

Para Baudrillard, el consumo en las sociedades posmodernas es el modo de relación social sobre “el cual se funda todo nuestro sistema cultural” (Baudrillard, 2012: 223). La consecuencia directa que puede derivarse del vaciamiento simbólico, descrito por Baudrillard, es que un objeto sólo puede ser globalizado, esto es, a circular espacialmente por el globo, a condición de que se le despoje de rasgos que conciernen a su “interioridad”. Para ello, deben operarse sobre él tres modificaciones por lo menos: 1) una material, por la que el objeto se vuelve más ligero y más pequeño, dispuesto para ser recolocado, intercambiado, reciclado o, simplemente, desechado; 2) una simbólica, por la que se disuelve la asociación del objeto con su historia, su tradición o cualquier otro tipo de arraigo que le impida insertarse en un flujo de comercio globalizado y 3) una social, por la que el objeto se vuelve tan deseable como para engendrar formas vacías de convivencia, exaltar el individualismo y crear en el consumidor la ilusión de estar “globalmente conectado” con el mundo.

Esta ilusión de circulación material y simbólica sólo pudo producirse –sugiere Milton Santos– porque el capitalismo se volvió planetario y se materializó en centros hegemónicos regionales, que expandieron su influencia en virtud de su relación con los sistemas económicos, científicos, tecnológicos, políticos y militares del mundo (Carvajal, 2012: 229). Santos dedica parte de su obra a denunciar la mentira que hay detrás de la fábula del “espacio planetario”, entendido como ese espacio absolutamente incluyente, en el cual, por el libre acceso a los sistemas de comunicación, todas las personas y todas las opiniones tendrían cabida sin distinción alguna. Según Patricio Carvajal (2012), la ilusión de la libre comunicación en una sociedad global, escondió el hecho de que la globalización privatizaba los espacios públicos y limitaba el ejercicio de la acción política, ampliando *ipso facto* las formas de exclusión social ya existentes (2012: 232). En ese sentido, la encrucijada entre modernizarse o democratizarse, tal como había sido planteada por el politólogo Norbert Lechner (1998), resultaba ser un falso dilema en los tiempos de globalización. La postura de Milton Santos contra esta “globalización perversa” es de clara desobediencia, principalmente ante la retórica predominante que sugiere que el planeta se unifica y deviene en un solo mundo, un espacio geográfico mundializado, técnica, científica y comunicativamente, por la conversión de los territorios nacionales cerrados en espacios abiertos de la economía internacional (1993: 71).

5.3. LA GLOBALIZACIÓN Y LOS ESPACIOS DESTERRITORIALIZADOS

Los procesos de transacción e intercambio a gran escala parecían anticipar la llegada de una sociedad global (Ortiz, 1994; Ianni, 2010) capaz de trascender las diferencias entre los grupos étnicos, las clases sociales y los estados nacionales. Solo que estas transformaciones pusieron de manifiesto que la globalización no era semejante a ninguna otra manifestación de la actividad económica con la cual usualmente era confundida –internacionalización, caso de Milton Santos, o con transnacionalización, según de William Robinson–, pues éstas hacían referencia a aumentos de la expansión geográfica en la actividad económica a través de las fronteras soberanas de los estados y no a la presencia de un nuevo fenómeno. Renato Ortiz (2004) consideró que la globalización era una etapa más avanzada de internacionalización, que correspondía a “un nivel y a una complejidad de la historia económica, en la cual las partes, antes internacionales, se funden ahora en una misma síntesis: el mercado mundial” (2004b: 25). La sociedad global debía entenderse, en primera instancia, como una vivencia mundializada, que atravesaba las membranas que separaban las sociedades y las comunidades de vida, para congregarse en una totalidad interconectada mediante “relaciones sociales planetarias”. Según Ortiz, esta idea desbordó las categorías usuales en la investigación social, como afuera/adentro o centro/periferia, al resultar insuficientes para entender nuevas configuraciones sociales en el espacio (Ortiz: 1998: xix). Sólo era posible determinar los alcances y límites de esta inédita sociedad global posicionándose en un “otro territorio”, más allá de la categoría de lo nacional-popular que impidió evaluar acciones, relaciones sociales o intercambios objetuales “desterritorializados”.

Bajo ninguna circunstancia, la sociedad global se podía considerar como una extensión, ni cualitativa ni cuantitativa, de la sociedad nacional, pues su realidad, original y desconocida, exigió para su estudio que 1) colaboraran entre sí las diversas corrientes de las ciencias sociales que solían operar aisladamente, como el evolucionismo, el funcionalismo, el estructuralismo, la teoría sistémica, el marxismo y la sociología comprensiva; 2) que no se estigmatizara o juzgara alguna dimensión de la globalización como si fuera su único horizonte de explicación, y 3) que se depuraran las categorías de análisis de las ciencias sociales, sobre todo cuando fueran desbordadas por un fenómeno que resistía a ser clasificado como moderno,

posmoderno, desarrollado, industrializado o post-industrializado. Esto no significaba, ni para Ortiz ni para Ianni, el abandono de conceptos tales como “nación” o “identidad nacional”, y menos de las realidades que éstos representaban. La sociedad nacional seguía siendo “el escenario en el cual sus miembros se mueven, viven, trabajan, luchan, piensan, imaginan, mueren” (Ianni, 1994: 148). En su obra *Otro territorio*, Renato Ortiz expuso las razones de la renovación del paradigma de los estados nacionales, es decir, la exigencia de construir nuevos objetos sociológicos dispuestos en una era global.

La desterritorialización y sus críticos

Entender la globalización involucró el revisionismo de los fundamentos de la geografía, la sociología o la antropología brasileñas. La caracterización adecuada de la sociedad global en estas ciencias sólo pudo plantearse –según Ortiz– rompiendo con las ataduras materiales y simbólicas propias de un habitar “territorializado”. En sus propias palabras, Ortiz nos dice:

Realicé un gran esfuerzo por desterritorializarme, inclusive en mi escritura. En este sentido, no hablo como brasileño o latinoamericano, aunque sepa, en el fondo, que es imposible e indeseable liberarme de esta condición (2004b: 19).

La desterritorialización, según la concibe Ortiz, es una idea que se confrontó desde el principio con todas las otras formas de existencia social que establecían lazos de pertenencia comunitaria, y que reproducían mecanismos psicosociológicos de cohesión social, como la nacionalidad o la identidad étnica. Una primera tendencia contra este concepto fue considerarlo como una de tantas metáforas espaciales que se popularizaron en la ciencia social de fin de milenio, tales como el “no lugar” de Marc Augé (2000) o la “supraterritorialidad” de Jan Aart Scholte (2000, 2006). Es evidente que, cuando menos en un segmento del pensamiento social brasileño, este concepto dejó de ser una “curiosidad terminológica”. Según Octávio Ianni (2010), se podía explicar la gestación de formas de vida desterritorializadas por la emergencia de flujos masivos de capital, de mercancías y de personas, considerados como efectos de la globalización, y cuya tendencia era a desarraigar personas, cosas e ideas para facilitar su desplazamiento, su transporte o su reconstitución cosmopolita. Ianni insistió que, en tiempos

recientes, “todo tiende a desplazarse más allá de las fronteras, de las lenguas nacionales, de los himnos, las banderas, tradiciones, héroes, santos, monumentos, ruinas” (Ianni, 2010: 60).

La desterritorialización ocasionó que los objetos, las personas o, incluso, las ciudades se comprendieran en toda su complejidad sólo a condición de trasladarse más allá de sus fronteras, es decir: que su constitución dejó de requerir un punto estacionario de interpretación como lo era la identidad o la soberanía territorial. Nada quedaba desconectado de las demás cosas dentro del espacio global, según lo expresa Ulrich Beck con su concepto de “globalidad”. Siguiendo las reflexiones de Saskia Sassen sobre la “ciudad global”, Ortiz sostuvo que, si bien en el espacio global había centros geográficos bien localizables –Nueva York, Londres o Tokio–, que fungieron como núcleos articuladores del capitalismo mundial, ninguna de estas ciudades globales se pudo comprender dentro de sus propios límites. Ortiz agrega que “internamente, ellas se dilatan y abarcan el área metropolitana de sus respectivos países; externamente, constituyen una red, un conjunto dinámico, compuesto de polos interactivos” (1998: 28). Ahí se organizaron los flujos que debían aligerarse para poder instalarse, de manera indiferenciada, en los flujos materiales acontecidos entre las ciudades desterritorializadas.

No todos vieron la desterritorialización del mismo modo que Octávio Ianni o Renato Ortiz. Tres fuertes críticos de este concepto fueron los argentinos Daniel Mato (2007) y Eduardo Grüner (2002), así como el brasileño Rogerio Haesbaert (2005). Nos interesan en especial las críticas hechas por Eduardo Grüner al concepto por una sencilla razón: éstas se dirigieron particularmente contra la formulación de Ortiz. Una de las principales objeciones de Grüner consistía en negar a la idea de “desterritorialización” un estatuto epistémico, pues ésta se asemejaba más a una metáfora seductora que acabó por capturar la imaginación de pensadores tan disímiles como Antonio Negri o Renato Ortiz. El primero propagó el mito del “imperio”, mismo que aludía a una formación global descentrada, en sustitución de los imperialismos anteriormente conocidos. Grüner hizo un extrañamiento mayor a la obra de Renato Ortiz por considerar que su postura era demasiado “complaciente” y acrítica de la idea “según la cual el proceso globalizador habría vuelto obsoleta toda reflexión realizada desde la afirmación de un espacio [...] particular” (2002: 42). Si bien este concepto aparentó ser un *ex abrupto* discursivo y, en el peor de los casos, una falacia, la desterritorialización expresó el síntoma histórico de que algo estaba aconteciendo en el mundo: el retorno de los grandes

relatos. Según Grüner, el atentado del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York derribó varios “ideologemas” impuestos por la posmodernidad, que había sido entendida como la “lógica cultural” del capitalismo tardío. Algunos de estos ideologemas (2002: 43-45), como la “globalización”, la “fragmentación”, la “democracia global” o el “multiculturalismo”, prometían la supervivencia de las “pequeñas historias”, de pequeños relatos que cobraban vida a una escala local o, en términos de Robertson, “glocal”, pero sólo a condición de que algo de la totalidad pudiera expresarse en el fragmento. La apreciación de Grüner nos ayuda a entender el interés que suscitaron los conceptos e ideas que exaltaban el sincretismo, la simbiosis o la fusión, entre las décadas de 1970 y 1990, por ejemplo: el pensamiento mestizo (S. Gruzinski), el *ethos* barroco (B. Echeverría), la era neobarroca (O. Calabrese), el pensamiento fronterizo (W. D. Mignolo), el bricolaje (P. Bourdieu), la hibridación (J. N. Pieterse), la simbiogénesis (L. Margulis) o la glocalización (R. Robertson).

Para Grüner, justificar la desterritorialización como lo hace Ortiz, representaba sostener tres grandes equívocos jurídicos, sociológicos e históricos, que por comodidad llamaremos “falsas creencias”: 1) La que considera que los estados nacionales desaparecen con la desterritorialización, cuando en realidad las fronteras jurídicas nacionales se están fortaleciendo, 2) la que afirma que un “mundo desterritorializado” sólo puede concebirse desde un “pensamiento desterritorializado”, cuando el pensamiento es siempre pensamiento desde una posición particular o no lo es (2002: 44); y 3) la que sostiene que, al pensar un “territorio de flujos”, con ello se evade *ipso facto* de toda forma de esencialismo, cuando lo que provoca es la deshistorización del pensamiento y su inminente desarraigo.

5.4. LA GLOBALIZACIÓN Y LOS ESPACIOS HÍBRIDOS

La fascinación por los híbridos y por los procesos de hibridación no era tampoco una novedad latinoamericana. Ideas sobre mestizajes, cruces, transformaciones o transmutaciones del espacio o en el espacio, compartieron el imaginario en América Latina reiteradamente. Por lo general, se entendió por hibridación a los modos en que ciertas formas se separaban de sus prácticas originales, recombinándose con nuevas formas en nuevas prácticas (Pieterse, 2006:

662). Este principio se aplicaba a los aspectos culturales como a los criterios organizativos de la acción humana. En su momento, la tesis de la hibridación intentó ser una respuesta a los esencialismos que se vinculaban a la globalización, tales como estandarización cultural, coca-colonización o mcdonalización. Para Jan Nedeerven Pieterse, la globalización reforzó los regionalismos supra y subnacionales, significando “*el incremento en la disponibilidad de modos de organización: trasnacional, internacional, macrorregional, nacional, microrregional, municipal, local*” (2006: 663). Surgieron así formaciones híbridas que se manifestaron dentro de recién creados “espacios híbridos”.

Cabe señalar, que este tipo de reflexiones sobre la hibridación de los espacios –por ejemplo, la ciudad– tampoco era nuevo. Los estudios sobre las urbes latinoamericanas, como producto de constantes hibridaciones, ya venían realizándose en los trabajos de historia social o cultural tales como los del historiador José Luis Romero (2001). En ellos, Romero interpretó a la “ciudad latinoamericana” como el agente portador de diversas configuraciones espaciales a lo largo de siglos, hasta llegar a convertirse en las grandes urbes del siglo XX que conocemos. Romero describe cómo los primeros conquistadores españoles buscaron edificar ciudades al más fiel estilo del Nuevo Mundo, con la consigna de cancelar toda forma de espontaneidad: debían ser reproducciones y no invenciones. La implantación de una forma supuestamente estable sobre las ruinas de otra ciudad, sólo generó contradicción interna y una dinámica de cambios al interior de ellas. En poco tiempo, las ciudades empezaron a mutar, reconfigurando los espacios, convirtiéndolos en algo distinto a su modelo europeo. Así, se alteró su distribución geográfica y su disposición territorial, modificándose las determinaciones existenciales y estructuras económicas, políticas y sociales en su interior. Al acto fundacional de las ciudades de los conquistadores, siguieron diseños inéditos en la historia urbana: a las ciudades hidalgas, herencia de los primeros fundadores, les sucedieron las ciudades criollas, que los anhelos de identidad nacional de finales del siglo XVIII transfiguraron en ciudades patricias. La relación conflictiva entre América y Europa durante toda la Colonia, trasmuto las ciudades patricias en ciudades burguesas entrado el siglo XIX, preparando las condiciones económicas y productivas para su urbanización, misma que corrió al parejo de explosiones demográficas sin precedentes, materializándose en las ciudades masificadas del siglo XX.

No sólo los espacios, sino también las formas de relación social y la creación de identidades se vieron transformadas por la hibridación globalizada. Daniel Mato (1993)

describió la estrecha conexión entre la globalización y el surgimiento de nuevas identidades – con sus respectivas comunidades de vida–, es decir, la *etnogénesis*, en un momento en que eran muy populares las interpretaciones que acusaban a la globalización de causar lo opuesto, es decir, *etnofagias* (Díaz Polanco, 2006) o *epistemicidios* (De Sousa, 2009). Según Mato, la globalización estimuló las revitalizaciones étnicas y los particularismos, constituyendo identidades que, si bien estuvieron lastradas a un espacio local, pudieron finalmente vincularse a muchos lugares sin una pertenencia exclusiva a ninguno de ellos. Eran identidades *deslocalizadas* o *trans-locales* (Mato, 1995: 23). Los factores que favorecieron la génesis de este tipo de identidades fueron: 1) el aumento y la diversificación de los flujos migratorios, 2) la difusión de nuevas tecnologías de procesamiento y transferencia de la información, las imágenes y los sonidos; 3) el surgimiento de nuevas redes de comunicación masiva global; 4) la instauración de redes que relacionan lo gubernamental con lo no gubernamental; 5) la mercantilización de símbolos étnicos y politización tanto de las etnicidades como del ecosistema. Desde una postura menos conciliadora a la de Mato, Manuel Castells (2001) reclamó una mayor oposición entre globalización e identidad, pues era la primera quien estaba reconfigurando el mundo contemporáneo, induciendo una nueva forma de sociedad, la sociedad- red, que

... se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes” (2001: 23).

Esto nos llevaría a considerar que la globalización era tan contradictoria e imperialista como muchos teóricos latinoamericanos la habían descrito. ¿Indicaba que la globalización homogenizaba los espacios y las identidades más de lo que Jan Aart Scholte, Jan N. Pieterse, Daniel Mato, Hugo Fazio Vengoa, Octávio Ianni o Renato Ortiz estuvieron dispuestos a reconocer? A principios de la década de 1980, un neologismo hizo su aparición, estableciendo un puente entre lo global y lo local: la glocalidad.

Identidades globales e identidades globales

La *glocalización* es el concepto que acuña Ronald Robertson en 1990 para referir a “la interpenetración de lo global y lo local, con resultados únicos, que dependen de las áreas geográficas donde la fusión se realiza” (Ritzer y Ryan: 2002: 55-57; Robertson y White, 2007: 62-63). A pesar de las desigualdades existentes, mediante la *glocalización* el mundo se había vuelto más plural y sensible a las diferencias; los individuos y los grupos locales tenían mayor poder de adaptación, de innovación y de capacidad operativa; y la implantación de modelos culturales en el tránsito del siglo XX al XXI, más que coercitiva, había dotado de infraestructura e ideas a los individuos y a los grupos para establecer modos de vida únicos. La dimensión de lo “glocal” alentaba a la reproducción de modos de existencia heterogéneos e híbridos dentro de espacios locales.

George Ritzer (2000) argumentó que el concepto de Robertson no era tan representativo del tipo de relaciones sociales en el mundo actual como se decía, debido a que lo global y lo local difícilmente encontraban puntos de equilibrio dentro de un mismo territorio. En sus estudios sobre lógicas de racionalización aplicadas a sistemas productivos, Ritzer distinguió una en especial, la *mcdonalización*, que definió como proceso operativo de “los restaurantes de comida rápida, se trasplanta a cada vez más sectores de la sociedad americana y a un número creciente de sociedades a través del mundo” (Ritzer 2000, 99). Si bien esta lógica que favorecía la eficiencia, el cálculo, la previsibilidad y el control de los procesos tenía como precursores a la organización burocrática del siglo XIX, al taylorismo y al fordismo, su éxito se había basó en la habilidad para sumar innovaciones, ejercer control a distancia, sustituir actividad humana por sistemas tecnológicos y, en un sentido metafórico, globalizar la nada.

Con el concepto “globalización de la nada”, Ritzer aludía a la distribución eficiente de formas vacías, centralmente concebidas y relativamente carentes de contenido diferenciado. Pensando en los efectos perniciosos provocados por la globalización, Ritzer (1999, 2002) acuñó otro neologismo que servía de contrapeso al de Robertson: la *grobalización*. Con éste, Ritzer identificó a las

... ambiciones imperialistas de las naciones, corporaciones, organizaciones y su tendencia de imponerse a sí mismas sobre diversas áreas geográficas con el fin de incrementar su poder, influencia y beneficios (Ritzer y Ryan, 2002: 56).

La globalización –término que englobó a la macdonalización, al capitalismo y a la americanización– engendró una lógica homogeneizadora que supuestamente expandió la similaridad y minimizó las diferencias entre los individuos y los grupos, incapaces ya de operar creativamente en un mundo “globalizado”. Dado que los modelos económicos, políticos y sociales terminaban imponiéndose a las formas locales de existencia, era de suponer que la desterritorialización se interpretara como un efecto de la globalización y no como un atributo emergente en una época que se desfronteriza. En otras palabras: desterritorializada sería la condición de toda persona, cosa o idea que perdió su capacidad para ser local o, en su defecto, para “glocalizarse”.

5.5. LA GLOBALIZACIÓN Y LOS ESPACIOS CONTRAHEGEMÓNICOS

Algunos teóricos de la globalización en América Latina, como es el caso de Alberto Romero, señalaron que lo que había habido no era una, sino dos globalizaciones operando conjuntamente: una globalización para los de “arriba” y otra para los de “abajo” (Romero y Vera, 2009: 434 y ss.). La hipótesis de dos globalizaciones simultáneas parecía confirmarse por la proliferación de las diferencias abismales, tanto de progreso como de desarrollo, entre unas zonas marginadas con respecto a otras zonas de bonanza. Pero si la globalización hubiera sido todo aquello que los hiperglobalistas afirmaban, ésta ya se hubiera materializado en esas grandes transformaciones históricas sin precedentes, que forjarían los equilibrios económicos, políticos, sociales y culturales necesarios para revocar los efectos lesivos contra los países más empobrecidos y marginados. Si la globalización hubiera sido, en cambio, todo aquello que insistían los escépticos en América Latina, la resistencia hubiera sido imposible, dada la capacidad expansionista de los países hegemónicos y de sus burguesías transnacionales, los que fomentarían imparablemente la desigualdad social, la dilapidación de los recursos naturales, el poscolonialismo socio-cultural y el neo imperialismo económico. Eso haría imposible o ilusorio consolidar un pensamiento “contrahegemónico”. Sin embargo, en base a las cuestiones que abordaremos a continuación, la contrahegemonía no sólo es algo posible, sino que necesario.

Para el seguimiento de esta idea, empezaremos revisando el contenido de la “novena tesis” de la globalización de William Robinson, misma que habíamos dejado pendiente desde el primer capítulo de esta investigación. En ella, Robinson sugiere que la globalización terminó por dividir a sus más severos críticos en dos posturas que resultaban ingenuas ambas: 1) en los que creían poder impulsar variantes de democracia liberal y de justicia retributiva, defendibles en un mundo que se globalizaba y 2) los que consideraban inevitable radicalizar la resistencia, pero sin poseer una agenda clara sobre las alternativas al capitalismo transnacional. Robinson (1996) aseguró que sólo un proyecto contrahegemónico de alcances globales, capaz de conectar lo local con lo nacional y lo nacional con lo global, que instrumentara un modelo socioeconómico dispuesto a aprovecharse de las contradicciones operativas de esta nueva fase del capitalismo, podrá contener el impacto nocivo de la globalización sobre las personas y los grupos desprotegidos (Robinson, 1996: 26-28). Sólo en el uso de las potencias de la globalización en contra suya para revertir los efectos negativos que causa, en lugar del desgaste en luchas de resistencia sin proyecto ni objetivos claros, está una verdadera “contrahegemonía”.

Sin embargo, parece que la globalización, el imperialismo, el colonialismo y el neoliberalismo son componentes fundamentales del expansionismo de los grandes poderes transnacionales, económicos y políticos. ¿Es posible pensar otros tipos de globalización que no sean el neoliberal, el imperialista, el eurocéntrico o el poscolonial, como, por ejemplo, una globalización igualitarista o humanista? Hugo Fazio Vengoa (2002) consideró que, en efecto, había muchas maneras de participar en la globalización que aquellas que imponían medidas de desregulación y liberalización de los mercados, propuestas por organismos internacionales circunscribiendo la globalización bajo un falso principio de uniformidad. En la dinámica de la globalización bien pudieran quedar expresados la uniformidad y la diferencia simultáneamente. Esto es así —explica Fazio Vengoa— debido a que, por una parte, la globalización es una forma de socialización del espacio y el tiempo y, por la otra, la expansión de la globalización en ese espacio nunca llega a ser uniforme, al igual que el tiempo globalizado tampoco fue capaz de sincronizar a los habitantes en un único tiempo mundial (Fazio, 2002: 9-10).

A diferencia de lo sucedido en el Brasil de las décadas de 1960 y 1970, Néstor García Canclini (1995) consideró que la globalización sí podía hacer coexistir al ciudadano y al consumidor, con la condición de que los estados realizaran reformas privilegiando el desarrollo de las comunidades y garantizando acceso igualitario a los “bienes de la globalización”. Para

García Canclini, la globalización es una tendencia irreversible, donde ni lo global es capaz de sustituir a lo local, ni la neoliberal es la única modalidad de globalización. Por su manera de interactuar con las naciones, con los sectores nacionales y sus fronteras, la globalización no exhibió nunca una tendencia general y única a la homogenización, aun cuando las visibles modificaciones que reconfiguraron la “escena sociocultural”, al final de la década de 1990, pudieron sintetizarse, según García Canclini (1995: 24-25), de la siguiente manera: 1) La pérdida de influencia de las instituciones estatales nacionales con respecto a organismos transnacionales; 2) la “diseminación policéntrica” de los espacios urbanos, que sometió a las personas y a las cosas a constantes y largos desplazamientos, 3) la recomposición de la idea de “lo propio” o “lo nuestro” como reacción a un mayor intercambio de bienes simbólicos globalizados, 4) la búsqueda de un sentido de pertenencia alrededor de “comunidades transnacionales” de consumo y, por último, 5) el tránsito de una ciudadanía que expresa pasivamente su opinión a una ciudadanía que demanda activamente mejores mecanismos de participación y nuevas formas de consumo, buscando un incremento sustancial en su calidad de vida. Sin embargo, con el predominio de la interpretación neoliberal de la globalización,

... según la cual los derechos son desiguales, las novedades modernas aparecen para la mayoría sólo como objetos de consumo, y para muchos apenas como espectáculo. El derecho de ser ciudadano, o sea, de decidir cómo se producen, se distribuyen y se usan esos bienes, queda restringido otra vez a las élites. (García Canclini, 1997: 26)

La globalización contrahegemónica

Las formas de exclusión económica y social originadas por relaciones desiguales de poder (De Sousa: 2009: 180), negaron el acceso a millones de personas a condiciones materiales mínimas de la existencia en los últimos sesenta años, marcados por las teorías del desarrollo y de la globalización. Si la globalización impuso accesos privilegiados a estas condiciones de sobrevivencia, incluyendo a otras condiciones de tipo simbólico, como el conocimiento, una de las propuestas para disminuir la desigualdad causada por la marginación de grupos a escala global, involucraba gestionar un cierto tipo de “globalizaciones contrahegemónicas”. Muy cercano al planteamiento de William Robinson, De Sousa Santos

caracteriza este tipo de globalizaciones como un sistema de redes, establecidas entre “organizaciones y movimientos que luchan contra la exclusión económica, social, política y cultural generada por la encarnación más reciente del capitalismo global, conocida como globalización neoliberal” (De Sousa, 2009: 180). Sabemos que a partir de las décadas de 1970 y 1980, se produjeron confrontaciones entre diferentes “líneas abismales” de carácter global, lo que abrió paso a una forma muy peculiar de cosmopolitismo en las zonas periféricas: el cosmopolitismo subalterno. Sólo desde este cosmopolitismo, que llama a adquirir conciencia de un mundo pensable y cognoscible más allá de los cánones epistémicos de la ciencia occidental, la globalización contrahegemónica llega a ser una alternativa posible. Esto explicaría, en parte, por qué la ciencia social eurocéntrica nunca pudo proporcionar una idea de la globalización unánime, porque imaginar la globalización implicaba “pensarla globalmente”, es decir, escapándose al pensamiento abismal que imponía la lógica de descubrimiento y la racionalidad instrumental que el Occidente europeo había creado como herramientas para pensarse sí mismo. Pensar la globalización reclamaba, pues, la aceptación de modos de conocer “no occidentales”, bajo el entendido de que “las comprensiones híbridas, mezclando elementos occidentales y no occidentales, son virtualmente infinitas” (De Sousa Santos, 2009: 181).

Para Boaventura de Sousa (2010), las ideas “contrahegemónicas” de la globalización debían ser reconducidas hacia cuestiones más terrenales, como el respeto por los territorios originarios, el control de los recursos naturales, la distribución equitativa de los beneficios por su explotación o el reconocimiento de las “autonomías asimétricas”, principalmente causadas por las diferencias étnicas. Todas estas cuestiones podían integrarse en un nuevo tipo de solidaridades nacionales, capaces de eliminar la ignominia de vivir miserablemente en zonas de abundancia. En Bolivia, por ejemplo, el concepto de “plurinacionalidad” fue el que mejor sintetizó el espíritu de inclusión de una auténtica globalización contrahegemónica, en el sentido de William Robinson y Boaventura de Sousa. A decir de este último, la plurinacionalidad no era algo fijo o estático, sino un medio para consolidar “mestizajes emergentes” en tiempos de globalidad, ampliando la diversidad y los procesos de hibridación cultural y étnica, con la tendencia a reconfigurar el mapa de las identidades culturales en dos principales sentidos: 1) transformando las relaciones entre las culturas, de verticales a horizontales y 2) evadiendo el relativismo político, mediante marcos constitucionales que logran abrazar y proteger nuevas manifestaciones identitarias (De Sousa Santos, 2010: 102).

Pocos resabios encontramos de un pensamiento oclusivo y mitificador en el discurso de la globalización contrahegemónica, aunque parte de una lectura crítica sobre aquellos aspectos negativos de la globalización, haciendo impugnaciones a la ligereza que puede representar un pensamiento desterritorializado o híbrido, como se evidencia en la matriz que sigue la pauta supraterritorial o cosmopolitista de enfoques defendidos por Jan A. Scholte o Ulrich Beck. Mismos diagnósticos, pero diferentes conclusiones.

5.6. CONCLUSIONES

En este capítulo nos propusimos poner a prueba el supuesto de que fue en Brasil donde la globalización encontró formulaciones mucho más coherentes y rigurosas, cuando menos comparándolas con las de cualquier otro lugar de Latinoamérica. Sin embargo, también estos debates sudamericanos presentaron posicionamientos acrílicos o teorizaciones asistemáticas sobre el fenómeno, que llegaron a caer en lo obvio, salvo quizás por la obra de Milton Santos. Lo que sí observamos en lo general es una mayor sensibilidad hacia las cuestiones espaciales, que marcó una diferencia entre los discursos brasileños con respecto a los demás. Entre los conceptos más discutidos encontramos los de “espacio banal” y “desterritorialización” como asuntos paradigmáticos. Nos parece que estas ideas entrañan en sí mismas un cuestionamiento y una revaloración de la idea de frontera, espacio social y de arraigo a un espacio.

Recuperamos el llamado de científicos sociales a asumir posicionamientos capaces de revalorar la condición del encuentro, el mestizaje, la hibridación y el intercambio cultural a los que la globalización orillaba, sin olvidar los intentos de exhibir y afrontar los males de la globalización mediante la articulación de actores no hegemónicos a través de canales globales, lo que daba la posibilidad de iniciar “globalizaciones contrahegemónicas”. Era necesario entreverar la formación de espacios banales, desterritorializados, híbridos o contrahegemónicos retomando a los autores latinoamericanos que los impulsaron y que los llevó a dialogar con pensamientos de otras latitudes para entender sus limitaciones, pero también su potencial para encaminar investigaciones futuras.

CONCLUSIONES FINALES

Durante esta investigación circunscribimos la globalización a sus debates e iniciamos nuestra revisión sin el deseo de proponer una definición unánime de globalización, pues nos impulsaba el interés de “mapear” la manera en que sus definiciones habían sido trabajadas en otras latitudes, a través de qué tópicos y asumiendo qué tipo de preguntas. Con esto queríamos hacer notorios los excesos que pudieran haber lastrando a los debates de la globalización regionales y que los conducía a imprecisiones terminológicas, falta de formalización o una marcada “subteorización”, defectos que se reproducían al interior de la ciencia social latinoamericana. Uno de los puntos principales que quisimos demostrar es que los debates sobre la globalización en las ciencias sociales anglófonas lograron integrar con mayor eficacia las dimensiones económica y política, planteándose en muchos estudios el asunto de cómo la integración económica dentro del mercado global impactaría la soberanía y las capacidades operativas de los estados nacionales. Sólo de manera tangencial, la dimensión socio-cultural se equiparó en importancia a las otras dos dimensiones.

Interrogamos a las ciencias sociales latinoamericanas buscando reconocer algunas de las herramientas metodológicas y categoriales que usaron para comprender la globalización y justificarla como escenario de flujos materiales y simbólicos, que transitan a través de espacios supuestamente desterritorializados. Sin duda, los efectos de la globalización sobre las soberanías nacionales es un tópico recurrente de los discursos económico-políticos que dividió las interpretaciones sobre el fenómeno en, por lo menos, tres olas. Hemos puesto especial interés en reconocer el alcance de esta metáfora, no solo porque, como tal, ha sido expuesta a innumerables reinterpretaciones. En este sentido, distinguimos entre olas de la globalización y olas de la teoría de la globalización, lo que nos permitió reconocer diferencias discursivas de la globalización entre autores llamados hiperglobalistas, escépticos y transformacionistas, quedando abierta la posibilidad de una cuarta ola. Fue el estudio de las olas en la teoría de la globalización en las ciencias anglófonas lo que nos permitió reconocer una cierta pobreza conceptual en los discursos latinoamericanos, cuyas diferencias terminaron en resolverse con la distinción arbitraria de sólo dos polos: el hiperglobalista y el escéptico. Además, vimos que esto tuvo consecuencias que nosotros percibimos muy adversas, tales como: 1) el uso

inadecuado y desproporcionado del concepto “paradigma”, como sobrecompensación de una carencia de formalización teórica, o “ideología” como medio de denotar engaño o “falsa conciencia”; 2) una fe injustificada en el “pensamiento crítico” como lo opuesto a un pensar “ideologizado”, sin demostrar en qué consiste la diferencia; y 3) la reiteración de que la “falsa conciencia”, promovida por la ideología, era inevitablemente imperialista y colonialista.

Al preguntarnos sobre las razones de la propensión que padecieron las ciencias sociales latinoamericanas por definir la globalización intentando, al mismo tiempo, criticarla como una forma de expansionismo paneuropeo, encontramos varias cuestiones interesantes: 1) que había un serie de mitos expresando una sintomatología acerca de una cuestión identitaria irresuelta, que moldeaba y exageraba las condicionantes negativas perceptibles en el fenómeno de la globalización; 2) que las ciencias sociales de la región no eran las únicas que estaban entrando en una etapa de incertidumbre e indefinición por la incursión inevitable en un mundo globalizado, así como el supuesto debilitamiento de los estados nacionales, que eran la razón de la existencia y el desarrollo de las ciencias sociales en el siglo XIX; 3) que estas ciencias sociales eurocéntricas o paneuropeas, como el ariete teórico del Estado-nación, gestaron diversas imposiciones lingüísticas –el afán nomotético, el imperialismo lingüístico mediante el inglés y la imposición de conceptos como el “desarrollo” o la “seguridad nacional”– que en buena medida dejaban fuera de los principales circuitos de conocimiento científico-social a las naciones y territorios considerados como periféricos. Esto nos llevó a concluir que detrás de la debilidad metodológica y teórica de las ciencias sociales latinoamericana se encontraban también razones externas, que si bien no justificaban su indisciplina y su “panfletarismo”, hacían comprensible los logros conseguidos, uno de ellos, la “teoría de la dependencia” como forma de resistencia ante la gran maquinaria teórica norteamericana –con Lerner, Rostow, Lazarsfeld, Pye y Lasswell a la cabeza– que difundía el ideal de la modernización y el progreso en las periferias como medio de superación de las sociedades tradicionales en crisis, focos de potencial expansión comunista.

La revisión que emprendimos sobre el tránsito entre la teoría de la modernización y la teoría de la globalización nos resultó altamente productiva. A través de ella, pudimos apreciar el papel jugado por las ciencias sociales en la transformación de un mero concepto, como el “desarrollo”, en toda una política pública de cambio y control social. Observamos cómo este modelaje eurocéntrico llegó a Latinoamérica de maneras disímbolas, tanto como un proyecto

de industrialización que como una estrategia de pacificación y erradicación del subdesarrollo, llevado a cabo por parte de dictaduras militares que habían hecho suyo los credos de la seguridad nacional y de la modernización. En el caso brasileño, nos percatamos de la sofisticación de su dictadura militar para controlar mediante el consumo y el nacionalismo brotes de subversión, y de cómo ello derivó en nuevas aspiraciones de las clases sociales que se alejaron del ideal de lo nacional y se enclavaron en la ilusión de una sociedad global, modificando inevitablemente los supuestos teóricos de sus ciencias sociales, especialmente las estudiosas del espacio, ante el advenimiento de la globalización.

Podemos afirmar que los capítulos de esta investigación cumplieron una función relevante: con el primero se concretó una línea base de los debates internacionales de la globalización como punto de comparación con los discursos latinoamericanos; el segundo recorrimos la historia de las ciencias sociales, su génesis, sus estatutos epistémicos y la tendencia a imponer sus modelos lingüísticos y sus categorías de análisis; el tercer capítulo consignó las formas y consecuencias que cobró la imposición de los modelos de modernización desde los Estados Unidos, así como el tránsito del concepto desarrollo al de la globalización; a través del cuarto capítulo, se hizo una revisión de las condiciones científicas e ideológicas en que las ciencias sociales de América Latina afrontaron la globalización y cuáles fueron sus límites y, finalmente, en el quinto capítulo, se mostró que sí fueron posibles debates latinoamericanos de la globalización que abordaron cuestiones complejas sobre el espacio, el tiempo, el cambio tecnológico o el surgimiento de nuevas identidades híbridas que, si bien no estuvieron libres de crítica, se evidenciaron una alta capacidad de analizar el fenómeno.

Cinco cuestiones creemos que quedaron demostradas con respecto a los procedimientos empleados por las ciencias sociales para el estudio de la globalización, tanto en términos regionales como internacionales: 1) que no hubo una ciencia social en el mundo que no encontrara en la globalización un motivo de perplejidad, por la superación que representaba para sus categorías de análisis, sin importar el horizonte interpretativo o la dimensión de la globalización que se asumiera como punto de partida; 2) que las ciencias sociales paneuropeas se desarrollaron como productoras de mitos organizativos, no sólo para entender la configuración de sus propios estados nacionales, sus mercados y sus sociedades, sino también como medio de imponer modelos de civilización, progreso y modernización; 3) que las ciencias sociales de los países hegemónicos operaron modelos y reformas que incidieron en la historia

latinoamericana, confabulándose con las élites económicas y militares de una buena parte de los países de la región, por lo que no se les puede tildar de disciplinas eminentemente descriptivas, 4) que después de los procesos de descolonización asiática y africana, y de las políticas proteccionistas y de industrialización en América Latina, las ciencias sociales de la periferia económica hicieron de la identidad la cuestión más importante desde la cual se interpretaron los cambios políticos y económicos, sin que ésta quedara necesariamente explícita; y 5) que las disquisiciones identitarias, que estuvieron en el centro del análisis de las ciencias sociales de Latinoamérica, las volvió inocuas para oponer una resistencia genuina e instrumentada a los modelajes impuestos por el exterior, y aprovechar nuevas oportunidades de inserción en circuitos globales de conocimiento social, debido a las dicotomías esencialistas y mitificaciones, de las nunca se despojaron, y que fueron un factor clave para explicar su inoperancia analítica.

Dos cuestiones nos propusimos esclarecer convenientemente. La primera fue evaluar como el “mito tropicalista”, de acuerdo a la interpretación de Edmundo O’Gorman, fue recuperado históricamente entre los siglos XIX y XX como el medio discursivo de defensa contra la vocación expansionista del Occidente europeo y de su maquinaria económica y militar, la que, además, incluía diversos mitos organizativos orquestados por sus ciencias sociales, como la teórica de la modernización o de la seguridad nacional. De este modo, pudimos reconocer las similitudes entre el contenido de los debates latinoamericanos de la globalización con ese discurso que O’Gorman reclama como “tropicalista”, y que en el fondo expresó una relación amor-odio del criollo americano colonial con su coterráneo peninsular. La otra cuestión era corroborar o desmentir la afirmación de Martín-Barbero en el sentido de que el pensamiento brasileño sobre la globalización había sobrepasado a sus similares regionales. Aunque encontramos en la ciencia social brasileña algunos excesos metafóricos, discursos de reificación, posicionamientos acrílicos o teorizaciones asistemáticas sobre el fenómeno, que lo hicieron caer en obviedades, encontramos pensadores como Milton Santos –al que consideramos como el teórico más medido e interesante sobre el tema en América Latina–, cuya sensibilidad hacia las cuestiones espaciales mostró una gran diferencia con respecto a quienes desarrollaron discursos adentro y fuera de Brasil. Tampoco podemos restar importancia a otros autores que, si bien no llegaron a ser completamente originales en su análisis del estatuto espacial globalización, sí acuñaron conceptos como el de desterritorialización que, en

el sentido circunscrito por Octávio Ianni o Renato Ortiz, entrañaba todo un cuestionamiento y una revaloración de la idea misma de frontera geográfica o simbólica, que tangencialmente empató con el llamado a romper con categorías de pensamiento obsoletas que, a mediados de la década de 1980, hacían importantes científicos sociales, principalmente de aquellas categorías provenientes del paradigma de las sociedades nacionales, las identidades nacionales o los estados nacionales. Nos parece que hablar de formas de habitar y de pensar desterritorializadas o híbridas era adecuado para analizar problemas globales que estaban sobrepasando los fundamentos epistemológicos de las ciencias sociales en general.

Una conclusión sobre los debates latinoamericanos de la globalización tendría que ser, entonces, la siguiente: que las ciencias sociales latinoamericanas intentaron, sin suerte y salvo por las ciencias sociales brasileñas (y eso con algunas objeciones), definir, criticar y resistir – sin reparar en las diferencias entre los tres objetivos– el fenómeno de la globalización, usufructuando categorías de análisis destinadas al estudio de otros fenómenos que resultaban discursivamente similares, pero diferentes, en el orden de su observación y análisis, como el poscolonialismo, el eurocentrismo, el intervencionismo imperialista, el neoliberalismo, etc., reavivando subrepticamente la pugna histórica sobre la identidad latinoamericana a través de una serie de mitos como el del “tropicalismo”. El pensamiento social latinoamericano exhibió, pues, fuertes dicotomías en sus debates, casi del mismo tipo que éste reclamaba en los discursos de las ciencias sociales eurocéntricas. Además, sus análisis carecían parcialmente de los objetivos que le hubieran permitido encauzar los estudios producidos, hacia resultados más prolíferos y originales, por ejemplo, los de una real y sólida resistencia al expansionismo europeo o norteamericano.

Los intentos de maduración de las ciencias sociales, tanto las que perfeccionaron el pensamiento abismal consolidado por la ciencia económica, la ciencia política y la sociología, flanqueadas por las ciencias naturales y el derecho, como aquéllas que se les resisten, manifestaron imposiciones lingüísticas, como 1) la exigencia de cierta estructura lógico-científica y de carácter nomotético para los discursos científicos y sociales como garantía de objetividad, 2) la imposición del idioma inglés como “lengua franca” de la globalización, reglamentando los procesos de transferencia de conocimientos entre las ciencias sociales mundiales y dictando qué conocimiento se volvía internacional y 3) la implantación de conceptos, como el desarrollo, como manifestación de un poder hegemónico.

Sin embargo, la reiterada idea de mantener la defensa legítima de América Latina contra el “terror imperialista” montado en la globalización, condenó en alguna medida a las ciencias sociales latinoamericanas a seguir un itinerario de exaltación nacionalista, de furor patriótico o de una cruzada de recuperación de la identidad ancestral perdida, reencendidos por los festejos de los quinientos años de la llegada de los españoles a tierras americanas, por los efectos del fin de la Guerra Fría y por la implantación del modelo neoliberal a escala global. La recepción de la globalización fue un motivo de rechazo más que de análisis del fenómeno, cuestión que hubiera servido como punto de inflexión para el revisionismo riguroso de la propia condición latinoamericana, encadenada al pasado e incapaz de posicionarse a la altura de los tiempos.

Podríamos sintetizar la situación y el actuar de las ciencias sociales de Latinoamérica con respecto a la globalización en una conclusión final que, a la vez, podría expresarse en una frase sencilla, pero lapidaria: diagnósticos impresionantes, mediana formalidad académica y pobres conclusiones.

BIBLIOGRAFÍA

Almeida Mello, Leonel I. (2002) “Brasil y Argentina en perspectiva: competencia, distensión e Integración”, en Atilio A. Borón y Álvaro de Vita (comps.), *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, CLACSO, Buenos Aires.

Althusser, Louis (1994). *La filosofía como arma de la revolución*. Siglo XXI. México.

_____ (1976). *Curso de filosofía marxista para científicos*. Editorial Diez, Buenos Aires.

Ammon, Ulrich (2010). “La hegemonía del inglés”, en UNESCO, *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo: Las brechas del conocimiento*. Foro Consultivo Científico y Tecnológico, México.

Arès, Mathieu (2010). “El Estado empresario: Nacional Financiera durante la industrialización por sustitución de importaciones (1934-1994)”, en *Foro Internacional* 188, XLVII, pp. 201-244

Arriarán, Samuel (2007). *Barroco y neobarroco en América Latina. Estudios sobre la otra modernidad*. México, Editorial Itaca.

Augé, Marc (2000). *Los no lugares: Espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona.

Ayer, A. J. (1981). “Introducción”, en A. J. Ayer (comp.), *El positivismo lógico*. FCE, México.

Bagú, Sergio (2008). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. Siglo XXI, México.

Bajoit, Guy (2008). *El cambio social*. Siglo XXI, Madrid.

Banco Mundial (2009). *Informe de Desarrollo Mundial 2009: Una nueva geografía económica*. Banco Mundial, Washington, D. C.

_____ (2000). *Informe de Desarrollo Mundial 1999-2000: En el umbral del siglo XXI*. Banco Mundial, Washington, D. C.

_____ (2002). *Globalization, growth, and poverty: A World Bank policy research report*. Banco Mundial/Oxford University Press.

Barthes, Roland (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Paidós, Barcelona.

Baudrillard, Jean. (2012). *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México.

_____. (2002). *Contraseñas*. Editorial Anagrama, Barcelona.

_____ (1978). *Cultura y Simulacro*. Edit. Kairós, Barcelona,

Bauman, Zigmunt (2010). *La globalización, consecuencias humanas*. FCE, México.

Beck, Ulrich (2008). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós.

Beck, Ulrich y Nathan Sznaider (2006). "Unpacking cosmopolitanism for the social sciences: a research agenda", en *The British Journal of Sociology*, No. 1, Vol. 7.

Bell, Duncan S. A. (2003). "History and globalization: reflections on temporality", en *International Affairs*, No. 79, Vol. 4, pp. 801-814.

Berger, Peter y Thomas Luckmann (1997). *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Paidós, Barcelona.

Bilbao, Francisco (1864). *La América en peligro*. Bernheim y Boneo, Buenos Aires.

Bruff, Ian (2010). "European varieties of capitalism and the international", en *European Journal of International Relations*, No. 16(4), pp. 615–638

_____ (2005). "Making sense of the globalisation. Debate when engaging in political economy analysis". *BJPIR*, Vol. 7, pp. 261-280

_____ (2001). "Globalisation and convergence. The ascendancy of small states in an era of monetary union and globalization". Paper for the 51st political studies association conference 10-12, Abril, Manchester, United Kingdom.

Bueno, Gustavo (2002), "Mundialización y globalización", *El Catoblepas*, No. 2, Mayo, [URL: <http://www.nodulo.org/ec/2002/n003p02.htm>]

Calvo, Roberto (1979). *La doctrina militar de la seguridad nacional*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

Campbell, Joseph (2005). *Mitos de la luz, Metáforas orientales de lo eterno*. Editorial Marea, Buenos Aires.

Camus, Albert (1997). *El mito de Sísifo*. Madrid, Alianza Editorial.

Cárdenas, Enrique, J. A. Ocampo, y R. Thorp (2003). *Industrialización y Estado en América Latina. La leyenda negra de la posguerra*. FCE, México

Cardoso, Fernando Henrique (1985). "Sobre la caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina" en D. Collier (comp.), *El nuevo autoritarismo en América Latina*, México, FCE.

Carnap, Rudolf (1969). *Fundamentación lógica de la física*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Carvajal Aravena, Patricio (2012). “El discurso geopolítico de Milton Santos como crítica de la globalización”, en *Sociedade e Território*, V. 24, No. 2, jul./dic. 2012, pp. 223-234.

Castells, Manuel (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial, Madrid.

_____ (2001). *La era de la información*. (Tomo II). Siglo XXI, México.

Cimadamore, Alberto D. (2010). “Perspectiva de las regiones/ CLACSO”, en UNESCO, *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo: Las brechas del conocimiento*. Foro Consultivo Científico y Tecnológico, México.

Cochrane, Allan y Kathy Pain (2000), “A globalizing society?” en David Held (edit.) *A globalizing world? Culture, economics and politics*. The Open University, Nueva York.

Comblin, Joseph y Alberto Methol (1979). *Dos ensayos sobre seguridad nacional*. Arzobispado de Santiago/Vicaría de la Solidaridad, Santiago de Chile.

Cordero Ulate, Allen (2008). *El paradigma inconcluso: Kuhn y la sociología en América Latina*. FLACSO, Guatemala.

Costa Ribeiro, Wagner (2002). “Globalização e geografia em Milton Santos”, en *Scripta nova/Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. 6, No. 24, [en línea: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-124h.htm>]

Crystal, David (2005). *La revolución del lenguaje*. Alianza Editorial, Madrid.

Dahl, Robert (1992). *La democracia y sus críticos*. Paidós, Barcelona.

De Sousa Santos, Boaventura (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Instituto Internacional de Derecho y Sociedad/PDTG, Lima

_____ (2009). *Una epistemología del Sur*, México, CLACSO / Siglo XXI, México.

_____ (1995). *Um discurso sobre as ciências*. Edições Afrontamento, Porto.

Díaz Polanco, Héctor (2006). *El laberinto de la identidad*. UNAM, México.

Dollar, David (2005). *¿Puede la globalización beneficiar a todo el mundo?* Banco Mundial/Alfaomega Colombiana. Colombia.

Dos Santos, Theotonio (2002). *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. Plaza & Janés, México.

Eagleton, Terry (1997). *Ideología, una introducción*. Paidós, Buenos Aires.

Eliade, Mircea (2003). *Mito y realidad*. Kairós, Barcelona

Elias, Norbert (1993). *Sobre el tiempo*. FCE, México.

Fazio Vengoa, Hugo (2009), "La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente", en *Historia crítica*, noviembre, Universidad de los Andes, pp. 300-319

_____ (2008). *La historia y el presente en el proceso de la globalización*. UNIANDES/CESO, Bogotá.

_____ (2002). *El mundo frente a la globalización. Diferentes maneras de asumirla*. Alfaomega/UNIANDES, Colombia.

Favela Gavia, Margarita (2005), "Panorama actual del estudio de los movimientos sociales en México", en N. de los Ríos Méndez y I. Sánchez Ramos (eds.), *América Latina: aproximaciones multidisciplinarias*, UNAM, México, pp. 147-170

Faynzylber, Fernando (1988). *La industrialización trunca de América Latina*. Centro de Economía Transnacional, México.

Ferguson, Niall (2006). *El imperio británico: Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*. Debate, Barcelona.

Ferraris, Maurizio (2008). *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil*. Maarbot Ediciones, Barcelona.

Ferrer, Aldo (2002). *Vivir con lo nuestro: Nosotros y la globalización*. FCE, Buenos Aires.

Feyerabend, Paul (2001). "Cómo defender a la sociedad de la ciencia", en *Polis, Revista Latinoamericana* [En línea], No. 1. Disponible en URL: <http://polis.revues.org/8230>.

Florescano, Enrique (2002). *Historia de las historias de la nación mexicana*. Taurus, México.

French-Davis, Ricardo, Oscar Muñoz y J. Gabriel Palma (1997). "Las economías latinoamericanas, 1950-1990" en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 11: *Economía y sociedad desde 1930*, Crítica/Grijalbo-Mondadori, Barcelona, pp. 83-161

Galeano, Eduardo (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI Editores, México.

Gandarilla Salgado, José G. (2004). "¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización?: Una incursión metodológica desde América Latina", en John Saxe-Fernández (coord.) *Tercera vía y neoliberalismo*, Siglo XXI/CEIICH, pp. 35-69.

García Canclini, Néstor (2007a). *Lectores, espectadores e internautas*. Paidós.

- _____ (2007b). *Culturas populares en el capitalismo*. Grijalbo, México.
- _____ (2005). *La globalización imaginada*. Paidós, México.
- _____ (2002). *Latinoamericanos buscando un lugar en este siglo*. Paidós, Buenos Aires.
- _____ (1995). *Consumidores y ciudadanos. Mapas multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México.
- Giddens, Anthony (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus, Madrid.
- _____ (1999). *Las consecuencias de la modernidad*. Alianza Editorial, Madrid.
- Giménez, Gilberto (2002). "Globalización y cultura", en *Estudios Sociológicos* XX, No 58, pp. 23-46.
- Grüner, Eduardo (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Paidós, Buenos Aires.
- Gruzinski, Serge (2010). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. FCE, México.
- Guajardo Soto, Guillermo (2012). "Dal decennio perduto al continente perduto: riforme, paradossi e nuovi attori in America Latina dopo la fine della Guerra Fredda", en *Ventunesimo Secolo* 27, pp. 11-31.
- _____ (2007a). "México y Chile en el tránsito de las políticas de desarrollo al neoliberalismo", en *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos*, Vol. 1, No. 1, pp. 165-178.
- _____ (2007b). "Remozando el nacionalismo y antiimperialismo latinoamericano", en *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública*, No. 7, segundo semestre, pp. 229-252.
- _____ (2001), "¿Por qué los militares chilenos no fueron industrialistas?: Una visión del pensamiento económico de las Fuerzas Armadas", en *FASOC*, Año 16, No. 1, enero-marzo, pp. 48-55.
- Guillén, Mauro F. (2001). "Is globalization civilizing, destructive or feeble? A critique of five debates in the social science literature", en *Annu. Rev. Sociol.*, No. 27, pp. 235-260
- Hacking, Ian (2001). *¿La construcción social de qué?* Paidós, Barcelona.

- Haesbaert, Rogerio (2005). “Da desterritorialização à multiterritorialidade”, en *Anais do X Encontro de Geógrafos da América Latina*. [Disponible en línea: http://www.planificacion.geoamerica.org/textos/haesbaert_multi.pdf]
- Harvey, David (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Akal, Madrid.
- Hayek, Friedrich A. (2007). *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial, Madrid.
- Hermann Jennifer (2006). “Los bancos de desarrollo en la ‘era de la liberalización financiera’: el caso de BNDES en Brasil”, en *Revista de la CEPAL*, No. 100, Pp. 193-208
- Hinkelammert, Franz (2003). *El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del imperio*. Departamento Ecueménico de Investigaciones, Costa Rica.
- Hurtado, Guillermo (2011). *México sin sentido*. Siglo XXI, México.
- Ianni, Octávio (2010). *La sociedad global*. Siglo XXI, México.
- _____ (2006). *Teorías de la globalización*. Siglo XXI, México.
- _____ (2004). *La era del globalismo*. Siglo XXI, México.
- _____ (1996). “Las ciencias sociales y la sociedad global”, en *Perfiles Educativos*, No. 71, UNAM. [Disponible en línea: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/132/13207101.pdf>]
- _____ (1994). “Globalização: novo paradigma das ciências sociais”, en *Estudos Avançados*, No. 8 (21), pp. 147-163.
- Jaspers, Karl (1980). *Origen y meta de la historia*. Alianza Editorial, Madrid.
- Kaplan, Marcos (2008). *Estado y globalización*. UNAM/IIJ, México.
- Kerner, Daniel (2003). “La CEPAL, las empresas transnacionales y la búsqueda de una estrategia de desarrollo latinoamericana”, en *Revista de la CEPAL*, No. 79, pp. 85-99.
- Klein, Naomi (2007). *La doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*. Paidós, Barcelona.
- Kock, M. H. de (1955). *Banca central*. FCE, México.
- Kuhn, Thomas S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. FCE, México.
- Larraín, Jorge (2008). *El concepto de ideología. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*. Vol. II, LOM Ediciones, Santiago de Chile.
- _____ (1994). “La identidad latinoamericana: teoría e historia”, en *Estudios Públicos*, No. 55, pp. 31-65
- Lastarria, José Victorino (1909). *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*. Litografía y encuadernación Barcelona, Santiago de Chile.

- Latham, Michel E. (2000). *Modernization as ideology*. The University of North Carolina, USA.
- Leal Buitrago, Francisco (2003). “La doctrina de la seguridad nacional: materialización de la guerra fría en América del Sur”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 15, pp. 74-87
- Lechner, Norbert (1998). “Modernización y democratización: un dilema del desarrollo chileno”, en *Estudios Públicos*, No. 70, pp. 231-242
- Lenin, V.I. (1969). *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Editorial Grijalbo, México.
- Marini, Ruy Mauro (2008). *América Latina, dependencia y globalización. Fundamentos conceptuales*. Siglo del hombre/CLASO, Bogotá.
- _____ (1974). *La dialéctica de la dependencia*. Serie Popular Era, México.
- Martell, Luke (2010). *The sociology of globalization*. Polity Press, Cambridge.
- _____ (2007). “The third wave in globalisation theory”, en *International Studies Review*, Vol. 9, 2007, pp 173-196.
- Martínez Peláez, Severo (1994). *La patria del criollo*. Ediciones En Marcha, México.
- Mato, Daniel (2007). “Importancia de los referentes territoriales en procesos transnacionales. Una crítica de la idea de ‘desterritorialización’ basada en estudios de casos”, en *Estudios de Sociología*, Vol.12, No. 23, pp. 35-63.
- _____ (1999). “Sobre la fetichización de la ‘globalización’ y las dificultades que plantea para el estudio de las transformaciones sociales contemporáneas”, en *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. V, No. 1, Ene.-Jun., pp. 129-147.
- (1995). *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*. Universidad Central de Venezuela/Consejo de desarrollo científico y humanístico. Caracas,
- Mattelart, Armand (2009). *Un mundo vigilado*. Paidós, Madrid.
- Maturana Romesín, Humberto (1997). *Objetividad, un argumento para obligar*. Dolmen, Santiago de Chile.
- Medawar, P. B. (1985). *Consejos a un joven científico*. México, FCE, 1985.
- Melucci, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia*. Editorial Trotta, Madrid.
- Montory, María Elena (2009), “Los grandes ausentes del Informe de Desarrollo Mundial 2009”, *Equitierra*, núm. 4, septiembre, pp. 15-20
- Nayar, Deepak (2006), “Globalisation, history and development; a tale for two century”, en *Cambridge Journal of Economics*, No. 30, pp. 137-159

- Negri, Antonio (2004). *Guías, cinco lecciones en torno a Imperio*. Paidós, Barcelona
- Nietzsche, Friedrich (2006). *Segunda consideración intempestiva*. Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo (1994), "Delegative democracy" en *Journal of Democracy*, Vol. 5, No. 1, enero, pp. 55-69.
- O'Gorman, Edmundo (2002). *México: el trauma de su historia*. CONACULTA/Cien de México, México.
- Ohmae, Kenichi. (1997). *El fin del estado-nación*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Ortiz, Renato (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- _____ (2004a). *Taquigrafiando lo social*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- _____ (2004b). *Mundialización y cultura*. Convenio Andrés Bello, Santa Fe de Bogotá.
- _____ (1998). *Otro territorio*. Convenio Andrés Bello, Santa Fe de Bogotá.
- Parker, Phyllis R. (1993). *Brasil y la intervención silenciosa, 1964*. FCE, México.
- Penna Pieranti, O; F. dos Santos Cardoso y L. H. Rodrigues da Silva (2007). "Reflexões acerca da política de segurança nacional: alternativas em face das mudanças no Estado" en *RAP Rio de Janeiro*, No. 41, Ene./Feb., pp. 29-48.
- Phillipson, Richard (2011). "Americanización e inglesización como procesos de ocupación global", en *Discurso & Sociedad*, Vol. 5, No. 1, pp. 96-131.
- Pieterse, Jan Nedeerven (2012), "Twenty-first century globalization: A new development era", *Forum for Development Studies*. [URL: <http://dx.doi.org/10.1080/08039410.2012.688859>]
- _____ (2006). "Globalization as hybridization", en Meenakshi Gigi Durham y Douglas M. Kellner (edit.), *Media and cultural studies: keywords*, Blackwell Publishing, pp. 658-680
- _____ (2002). "Global inequality: Bringing politics back", en *Third World Quarterly*, Vol. 23, No. 6 (Dic., 2002), pp. 1023-1046
- Pollock, David; Daniel Kerner y Joseph L. Love, "Entrevista inédita a Prebisch: logros y deficiencias de la CEPAL", en *Revista de la CEPAL*, No. 75, pp. 9-24
- Popper, Karl R. (1991). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Paidós, Barcelona.

_____. (1989). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós, Barcelona

Ramírez, Hernán (2012). “La dictadura en Brasil, nuevos abordajes: El golpe de estado de 1964 en Brasil desde una perspectiva socio-política”, en *PolHis*, Año 5, No. 9, primer semestre, pp. 255-266.

_____. (2007). *Corporaciones en el poder. Institutos económicos y acción política en Brasil y Argentina: IPÊS, FIEL y Fundación Mediterránea*. Lenguaje Claro Editora, Buenos Aires.

Ritzer, George y Elizabeth L. Malone (2000). “Globalization theory: Lessons from the exportation of McDonaldisation and the new means of consumption”, *American Studies*, No. 41, Verano/Otoño, pp. 97-118

Ritzer, George y Michael Ryan (2002). “Globalization of nothing”, en *Social Thought and Research*, pp. 51-81

Ritzer, George (1999). *La globalización de la nada*. Editorial Popular. S.A. México

_____. (1996). *La McDonalización de la sociedad*. Ariel, Barcelona.

Rivas Nieto, Pedro (2010). “La insurgencia reprimida: Regímenes de seguridad nacional contra la revolución” en *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, Vol. XVII, No. 49, Sept./Dic., pp. 105-128.

Robertson, Ronald y Kathleen E. White (2007). “What is globalization?”, en George Ritzer (edit.) *The Blackwell companion of globalization*. Blackwell Publishing Ltd, Singapur, pp. 54-66

Robinson, William I. (2007), “Theories of globalization”, en George Ritzer (edit.) *The Blackwell companion of globalization*, Blackwell Publishing Ltd, Singapur, pp. 125-143

_____. (2003). “The debate on globalization”, en *Science & Society*, Vol. 67, No. 3, Otoño, pp. 353–360.

_____. (2002). “Remapping development in light of globalisation: from a territorial to a social cartography”, *Third World Quarterly*, Vol. 23, No. 6, 2002, pp. 1047–1071.

_____. (1998). “Beyond nation-state paradigms: globalization, sociology, and the challenge of transnational studies”, en *Sociological Forum*, Vol. 13, No. 4, 1998, pp. 561-594.

_____. (1996). “Globalisation: nine theses on our epoch”, en *Race & Class*, Octubre, Vol. 38, No. 2, pp. 13-31

Rodó, José Enrique (1993). *Ariel y Proteo Selecto*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Romero, Alberto y Mary A. Vera Colina (2009). "El proceso de la globalización y los retos del desarrollo humano", en *Revista de Ciencias Sociales* (Venezuela), Vol. XV, No. 3, Sep.-Dic., pp. 432-445.

Romero, Jose Luis (2001). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Rosenberg, Justin (2004). *Contra la retórica de la globalización: ensayos polémicos*. El Áncora Editores, Colombia.

_____ (2002). *The follies of globalization theory: polemical essays*. Verso, New York.

Rouquié, Alain y Stephen Suffern (1997). "Los militares en la política latinoamericana desde 1930" en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Tomo 12: *Política y sociedad desde 1930*, Crítica/Grijalbo-Mondadori, Barcelona, pp. 281- 341.

Rouquié, Alain (1994). *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*. Siglo XXI Editores, México.

Said, Edward W. (2008). *Orientalismo*. Debolsillo, Barcelona.

Salbuchi, Adrián (2004). *El cerebro del mundo. La cara oculta de la globalización*. Editorial Solar, Bogotá.

Santos, Milton (2004). *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Colección Agenda Iberoamericana/Convenio Andrés Bello, Bogotá [Versión original: Milton Santos. *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Editora Record, Rio de Janeiro, 2001]

_____ (1999), "El territorio: un agregado de espacios banales, en Miguel Panadero M. y Fco. Cebrián Abellán (coords.), *América Latina: Lógicas locales, lógicas globales*. Colección Estudios No. 54, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 31-40

_____ (1993), "Los espacios de la globalización" en *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, No.13, Madrid, pp. 69-77.

_____ (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1990.

Saxe-Fernández, John (2006). *Terror e imperialismo. La hegemonía política y económica de los Estados Unidos*. Debate, México.

_____ (2002) "La presidencia imperial en México. Globalización y seguridad" en *Nueva Sociedad*, 188, pp. 23-37

_____ (1999). "Globalización e imperialismo", en John Saxe-Fernández (coord.), *Globalización, crítica de un paradigma*. UNAM/Plaza & Janés, México, pp. 9-68.

_____ (1997), "Globalización y regionalización: ¿nueva etapa capitalista?", en *Política y Cultura*, primavera, No. 8, UAM-Xochimilco, México, pp. 39-64

Scholte, Jan Aart (2007). "Definiendo la globalización". CLM, Economía, No. 10, pp. 15-63.

_____ (2000). *Globalization: a critical introduction*. St. Martin's Press, Gran Bretaña.

Schutz, Alfred y Thomas Luckmann (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu, Buenos Aires.

Sennett, Richard (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona.

Silveira, María Laura (2009), "Espacio banal y diversidad: más allá de las demandas del príncipe", en *Huellas* n° 13, publicada por el Instituto de Geografía de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de la Pampa, 2009, pp. 18-36

Silveira Campos, Leonildo (2000). *Teatro, templo, mercado. Comunicación y marketing de los nuevos pentecostales en América Latina*. Ediciones Abya-Yala, Quito.

Sklair, Leslie (1999), "Competing conceptions of globalization", en *Journal of World-Systems Research*, Vol. V, No. 2, The Johns Hopkins University, Verano.

Skocpol, Theda (2002). "Bringing the State Back In: strategies of analysis in current research", en P.B. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, USA, pp. 3-43

Steger, Manfred B. (2005). "Ideologies of globalization", *Journal of Political Ideologies*, Vol. 10, No. 1, pp. 11-30

Stohl, Cynthia (2005), "Globalization theory", en Steve May y Dennis K. Mumby (edit.), *Engaging Organizational Communication Theory and Research. Multiple Perspectives*. Capítulo 10, Sage Publications.

Szul, Roman (2010). "The end or a new quality of the third wave of globalisation?", en *Beyond Globalisation: Exploring the Limits of Globalisation in the Regional Context*, Universidad Ostrava, República Checa, pp. 35-41. [En línea, URL: <http://conference.osu.eu/globalization/publ/04-szul.pdf>.]

Therborn, Göran (2005). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Siglo XXI, México

Touraine, Alain (1996). "La globalización: ¿espantajo ideológico?", en Diario *El País* del 29 de septiembre.

Van Dijk, Teun A. (2006). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa, Sevilla.

_____ (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Paidós, Barcelona.

Velásquez Rivera, Edgar (2004). "Historia de la doctrina de la seguridad nacional" en *Estudios Latinoamericanos*, U. de Nariño, Colombia, No. 14-15, pp. 74-82

Vilas, Carlos M. (1999), "Seis ideas falsas sobre la globalización", en John Saxe-Fernández (coord.) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, UNAM/Plaza y Janés, pp. 69-101.

Villoro, Luis (1960). *La significación del silencio*. Casa Jalisciense de Cultura, Guadalajara.

Viola, Andreu (2000), "Introducción: La crisis del desarrollismo y el surgimiento de la antropología del desarrollo" en Andreu Viola (comp.), *Antropología del desarrollo: Teorías y estudios etnográficos en América Latina*, Paidós, Barcelona, 2000.

Wallerstein, Immanuel (2010). *Impensar las ciencias sociales. Los límites de los paradigmas decimonónicos*. Siglo XXI/UNAM, México.

_____ (2008). *El universalismo europeo*. Siglo XXI, México.

_____ (2007). *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido: una ciencia social para el siglo XXI*. Siglo XXI, México

_____ (2006a). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Siglo XXI, México.

_____ (2006b), "Después del desarrollismo y la globalización, ¿qué?", *Polis*, 13, [URL : <http://polis.revues.org/5405>]

_____ (2005). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Siglo XXI Editores, México.

_____ (1999). *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*. Nueva Sociedad, Caracas.

Weaver, John C. (2003). "History, globalization, and globality: Preliminary thoughts", en *GHC Working Papers*, Marzo.

Weiss, Linda (1998). *The myth of the powerless state*. Cornell University Press, USA.

Wolf, Eric R. (1993). *Europa y la gente sin historia*. FCE, Buenos Aires.

Yeung, Henry Wai-chung (2002), "The B to globalization theory: A geographic perspective on global economic change", en *Economic Geography*, Vol. 78, No. 3, Julio-2002.

Zusman, Perla (2002), "Milton Santos. Su legado teórico y existencial (1926-2001)", en *Doc. Anàl. Geogr.* 40, pp. 205-219.